

Isidro Gil

**EL CASTILLO DE LOARRE
Y
EL ALCÁZAR DE SEGOVIA**

Burgos - 1905

Hijos de Santiago Rodríguez

G-F 9570



DGO
A

*Al Sr. D. José M. de la Puente y
Lopez de Heredia, en testimonio de
cordial afecto y buena amistad
el autor*

EL CASTILLO DE LOARRE

Y

EL ALCÁZAR DE SEGOVIA

CAPÍTULOS DE UN LIBRO INÉDITO

POR

Isidro Gil,

*Académico C. de la Real Academia de la Historia
y de la de Bellas Artes de San Fernando
y Abogado del Ilustre Colegio de Burgos.*

Con planos y dibujos originales del autor,
reproducidos al fotograbado por Alfonso Ciarán

BURGOS.—1905

Imp. y lib. de los Hijos de Santiago Rodríguez

C. 1202498

t. 120469

EL ESTADO DE LA NACIÓN

Y

EL ESTADO DE LA NACIÓN

ESTADO DE LA NACIÓN

Y

Estado Gil

El Estado Gil es un Estado de la Nación
que se encuentra en el Estado de la Nación
y que se encuentra en el Estado de la Nación

El Estado Gil es un Estado de la Nación
que se encuentra en el Estado de la Nación

ESTADO - 1901

El Estado Gil es un Estado de la Nación



R.122954

EL CASTILLO DE LOARRE

por

Isidro Gil.

MEMORIA PREMIADA

en concurso público

por el Ateneo de Madrid el 16 de Mayo de 1904.



El Castillo de Loarre.

I.

EL VIAJE.—LA VILLA DE LOARRE.—SUBIDA AL CASTILLO.

El viajero que sale de Huesca en el tren de la línea de Jaca, camino de la frontera, contempla por todas partes extensas campiñas de labor cuidadas con esmero, numerosos viñedos y olivares, montes de encinas y robles que con su verde sombrero acentúan el contraste de los vivos colores que salpican la llanura y sobre esta variada vegetación que alegra la vista y entretiene el ocio del que atraviesa aquellos fértiles campos al paso rapidísimo de la locomotora, se elevan en el fondo, cerrando el horizonte, altas montañas de accidentadas laderas, de perfiles caprichosos, con destellos y reflejos metálicos que brillan á los rayos del sol prestando mayor encanto al magnífico panorama.

Pronto llegan las estaciones de Alerre y Plasencia y el tren se detiene más tarde en Ayerbe, pueblo reclinado blandamente sobre el recuesto de un promontorio rodeado de árboles que crecen con profusión entre prados y viñedos. En lo alto del monte se destacan los restos de una antigua fortaleza; solitaria torre de piedra oscura, hendida desde la base al coronamiento por el peso de los siglos y que parece haber sido herida por el rayo.

En otro picacho que mira de frente al solitario torreón, con su

honda brecha que amenaza desplomarle por completo, se divisa el santuario de San Miguel, pintado cuidadosamente de blanco, tan alegre y risueño como triste y abatido aquel.

Sobre los tejados de las blancas casas que se agrupan en la ladera del promontorio, surgen los almenados muros del palacio del Marqués de Ayerbe y se eleva la cuadrada torre románica de la Iglesia de San Pedro, que llama la atención del viajero por su esbelta forma y venerable aspecto, como testimonio del ilustre y antiguo linaje señorial de esta villa.

Para visitar la población de Loarre y su famoso Castillo, objeto principal de nuestra expedición, tuvimos que volver la espalda á la villa de Ayerbe y remontando el río Vadillo, cuyo cauce vadeamos repetidas veces, emprendimos la marcha por un camino estrecho y pedregoso, verdadera senda bordeada de zarzales, alcanzando á divisar poco después una extensa llanura limitada á nuestra izquierda por grandes y elevadas sierras, últimas estribaciones de la cordillera pirenaica. A través de viñedos y arboledas, en las que abundan robles y encinas, proseguimos nuestra ruta bajo un sol espléndido que doraba la alegre campiña aragonesa, hasta llegar al cabo de una hora al término jurisdiccional de Loarre, con su modesto caserío emplazado en el fondo de un valle florido y sobre el que descuella la elegante torre ojival de la Iglesia, decorada con pináculos, chapiteles de espárrago y salientes frondas, inspirada en aquellas construcciones de transición del estilo gótico al renacimiento.

Domina el pueblo una elevadísima montaña con inmensas laderas tapizadas de verdura y altísimas, enormes agrupaciones de rocas, en cuya cima aparece enclavado el histórico Castillo, con su airoso perfil de torres, almenas y baluartes.

El pueblo de Loarre, la antigua *Calagurris Fibularia* de los Romanos, (1) denota bien pronto su remoto origen y la ilustre

(1) El P. Manuel Risco, en el tomo XXXIII de la España Sagrada. llama á Loarre *Calagurris Fibularia*. D. Rafael de Floranes, en su «Memorial de la ciudad de Calahorra», sostiene que Loarre era la Calagurris Nasica, llamada *Julia Nasica*, que pertenecía á la región de los Ilergetes y la otra á la de los Estipendiarios; pero en un manuscrito que cita Joseph Lopez Ayllón y Gallo, en una carta dirigida á D. José Cornide, su fecha en Madrid á dos de Agosto de 1799, sostiene que no estuvo situada en Loarre la famosa Calagurris Julia Nasica, sino en Calahorra y que la que allí existió fué la Calagurris Fibularia de los Ilergetes. Lo mismo opina Madoz en su Diccionario Geográfico, añadiendo después que de esta Calagurris era el famoso *Vigilanci*, contra quien escribió San Gerónimo ridiculizándole con el nombre de *Dormitanci*, lo cual se entiende, ya porque el Santo dice que este bodegonero era de Calagurris, pequeño pueblecito, y por la identidad del nombre con el pueblo de Quintiliano, le llama mudo-

alcurnia de su cuna, así como la importancia que en otros tiempos alcanzó, cuando fué teatro de los hechos históricos desarrollados en la frontera musulmana durante el periodo de la reconquista. Muchas de sus casas ostentan aun arcos semi-circulares de piedra, jambas vistosas labradas por artistas de mérito, portales con ingresos de buena línea que lucen blasones heráldicos sobre la clave, distinguiéndose entre todas la casa consistorial con su pórtico sostenido por tres robustos estribos de piedra y dos columnas á los extremos, elevándose sobre este primer cuerpo otro fabricado de ladrillo con grandes ventanas de dobles arcos redondos. A la salida del pueblo existen dos rollos, uno al Este y otro al Oeste, como signos de su jurisdicción y carácter de villa.

El Castillo de Loarre que lucía sus almenados muros y bella silueta allá en lo alto de la sierra, clavado como un nido de águilas en el pico de una roca abrupta, nos invitaba á contemplarle de cerca avivando la natural impaciencia que sentíamos por trasponer la distancia, nada pequeña, que separa aquel antiguo monumento de la histórica villa que le dá nombre.

Preparada nuestra excursión con todos los accesorios indispensables que exigía una larga visita en aquellas alturas inaccesibles y en medio de la soledad que rodea á las venerables ruinas del Palacio-Castillo de Sancho Ramírez, emprendimos el viaje de ascensión, que duró más de una hora, caminando unas veces por veredas trazadas en zig-zag sobre la formidable montaña; cruzando otras por espesos brezales y ásperas sendas en las que el pié se apoyaba en piedras sueltas rodeadas de espinos; descendiendo aparentemente por la depresión del terreno en ciertos puntos y ocultándose entonces á la vista el Castillo para reaparecer poco después más interesante, más artísticamente bello, ofreciéndose al fin á nuestros asombrados ojos en toda su imponente grandeza.

Fuertes muros flanqueados por redondas y cuadradas torres forman un inmenso circuito que rodea á la fortaleza en casi toda su extensión, dejando libre de murallas la parte Norte y Sudeste del Castillo por hallarse defendida de modo admirable por el peñasco mismo que la sustenta y sirve de cimiento; mejor dicho, por la agrupación de rocas puntiagudas cortadas á pico por la naturaleza y unidas á la cortina de murallas hasta dejar en el centro de este doble círculo defensivo toda la serie de construcciones extrañas que cons-

Quintiliano: *iste campo Calaguritanus, et inperversum propter nomen viculi mutus Quintilianus*: ya por añadir que era natural de las raíces del Pirineo: *et quia ad radices Pynendi habitant vicinus est Iberis*.

titufan la antigua mansión señorial del valeroso monarca que ciñó sobre su frente las coronas de Aragón y Navarra.

Pasado el primer momento de estupor que producen aquellas grandiosas torres y murallas, aquellos ventanales de dobles arcos y el gigantesco ábside románico de la capilla, la atención se va fijando en lo más saliente y característico, dándose cuenta del soberbio conjunto que ofrece este monumento medioeval, para descender luego al estudio de los detalles que acaso en ninguna otra construcción de su índole revisten tanta elegancia y belleza, ni despiertan interés tan grande, ni causan emoción tan intensa y justificada.

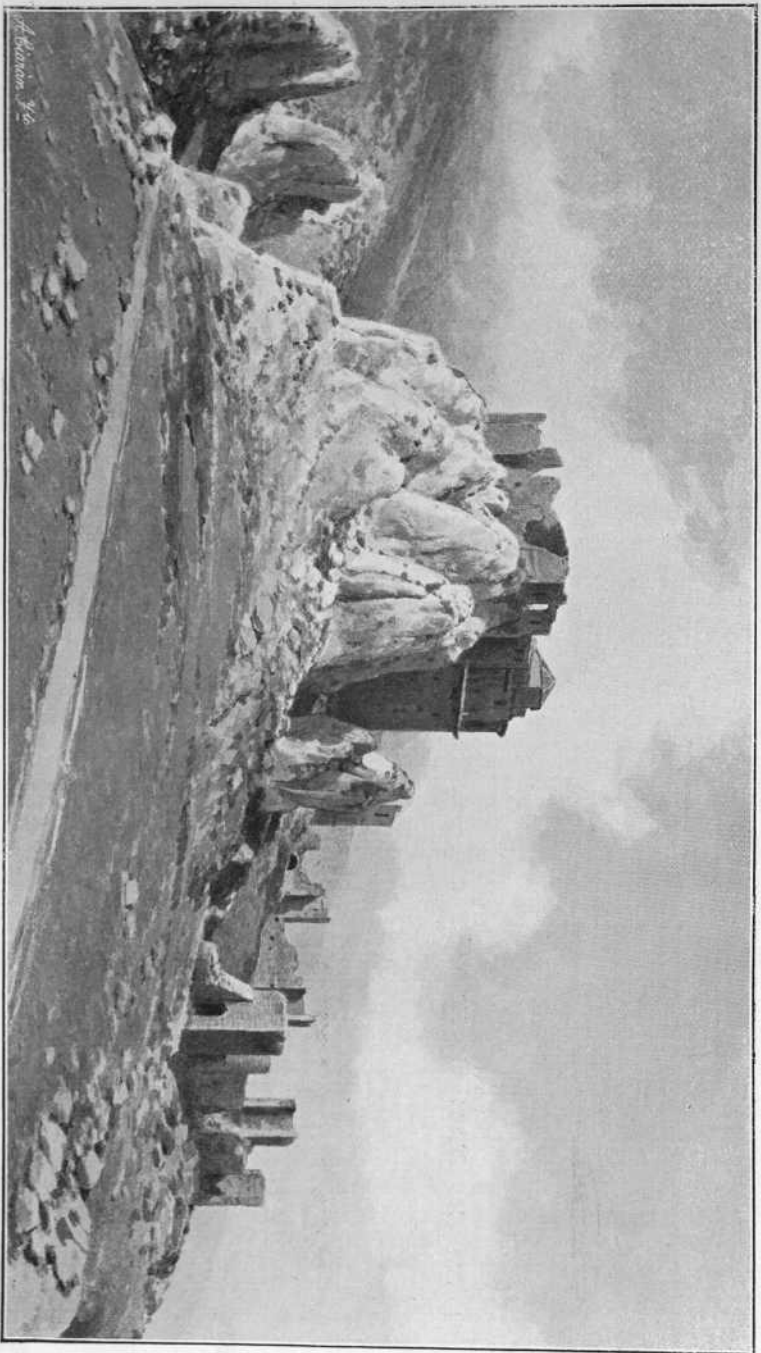
En efecto, teníamos ante nuestra vista un verdadero *castillo de Hadas*, un palacio encantado, pues difícil es imaginar nada más bello y pintoresco por su extraña posición, ni es posible soñar con mayores primores decorativos en ventanas y ajimeces, capiteles y columnas y regias portadas, realizado todo ello por una venerable antigüedad bien demostrada en historias y crónicas de lejanos siglos y justificada cumplidamente por el estilo arquitectónico del monumento y por la marca indeleble que el tiempo supo imprimir sobre los viejos muros de esta fortaleza.

Parece indudable, después de examinar con atención el color de los sillares y la distinta ejecución de los elementos allí reunidos, que son muchas generaciones las que han contribuido en épocas diversas á completar este edificio militar, fundado, acaso, sobre murallas romanas y visigodas, utilizadas más tarde por los árabes invasores hasta que, arrojados éstos por el empuje de las armas aragonesas, aprovecharon los cristianos la favorable posición del Castillo, construyeron nuevos bastiones y baluartes, aumentaron las torres defensivas y edificaron en el último recinto, al amparo de la Torre del Homenaje, un templo consagrado al Dios de las victorias, dando á todo el monumento el carácter y la belleza de aquel estilo románico que nació en España durante el siglo oncenso y se desarrolló en toda la plenitud de su esplendor en la inmediata centuria.

La tradición afirma que los sarracenos encerraron en un calabozo de este castillo al Conde D. Julián, castigando con prisión perpetua en horrible mazmorra al miserable traidor. (1)

(1) El P. Fr. Ramón de Huesca afirma que los moros encerraron en el castillo de Loarre al Conde D. Julián, donde le tuvieron preso entre cadenas hasta su muerte, cuya opinión sustentan también Jerónimo Blancas y Vasco, quienes suponen que murió el Conde en una fortaleza del territorio de Huesca. (*Teatro histórico de las Iglesias de Aragón*, Tomo VI).

El Padre Mariana en su Historia general de España, página 188, acoge esta tradición y dice... que á él mismo (el Conde D. Julián) condenaron á cárcel per-



NÚM. 1. VISTA GENERAL
DEL CASTILLO DE LOARRE

Prescindiendo de lo que la crítica ilustrada de la historia tiene mil veces repetido sobre los orígenes y causas de la caída del imperio visigodo, son varios los castillos de España en los cuales supone la voz popular que murió prisionero de los moros el famoso conde.

Los de Pancorbo y Gormáz entre otros, reclaman para sí, esta tradición vulgar con los mismos títulos que el de Loarre; pero no necesita este último de leyendas románticas para inspirar interés, ni es preciso evocar las mil historias de reyes y magnates que vivieron dentro de sus formidables muros; su propio mérito arquitectónico le basta para inspirar viva curiosidad al viajero y estímulo poderoso al artista considerándole ambos como tipo de las construcciones militares de la edad media, mitad palacio, mitad fortaleza, que tanto tiene de monasterio como de alcazar, y cuya necesidad social ha desaparecido para siempre merced á los progresos de nuestra civilización y al cambio de los medios de combate.

Un ilustre escritor (1) ha calificado esta construcción de *bizantina* y muchos otros autores han copiado sus palabras al hablar de Loarre, aceptando como buena dicha clasificación. En los tiempos en que Cuadrado y Parcerisa publicaron su famosa obra, pasaba como corriente y adecuada esa denominación arquitectónica; pero hoy no es posible confundir el estilo de los siglos XI y XII con el arte oriental á que dieron vida en *Bizancio Antelmo de Trelles é Isidoro de Mileto*.

Debe el estilo románico su origen al arte bizantino, es cierto, pero no pueden ser objeto de igual clasificación los monumentos del siglo V y los que algunos siglos después, merced á las nuevas corrientes que importaron los cruzados, se desarrollaron con rara uniformidad en Europa, tomando del templo de Santa Sofía los elementos principales de su decorativa á la vez que el tecnicismo de su construcción, más sin confundirse nunca ambos estilos, conservando su carácter oriental el bizantino y su sello distintivo y propio el románico.

pétua por mandato y sentencia de los moros, á quienes tanto quiso agrandar. En un castillo llamado Loharri, distrito de la ciudad de Huesca, se muestra un sepulcro de piedra fuera de la Iglesia del castillo, do dicen comunente estuvo sepultado.»

(1) D. José M.^a Cuadrado (Recuerdos y bellezas de España).

(1) Apuntes históricos sobre la arquitectura española en los siglos XIV y XV por D. José Arce y G. — 1882.

II.

EL RECINTO EXTERIOR Y LAS PUERTAS.

El recinto fortificado que rodea el castillo de Loarre abarca un perímetro de ciento setenta y dos metros lineales. Se halla formado por nueve torres formidables de planta semicircular y casi equidistantes, separadas por gruesas cortinas, destacándose entre todas, dos torres cuadradas erguidas y robustas. Su emplazamiento en la accidentada vertiente de la montaña aumenta la importancia estratégica de la «cerca», pues el enorme desnivel que existe entre la puerta vieja de los Reyes y el último cubo que se une al castillo por su lado de occidente, dificultaba más aún que los fosos y las trincheras los medios de ataque que pudieran emplear los sitiadores.

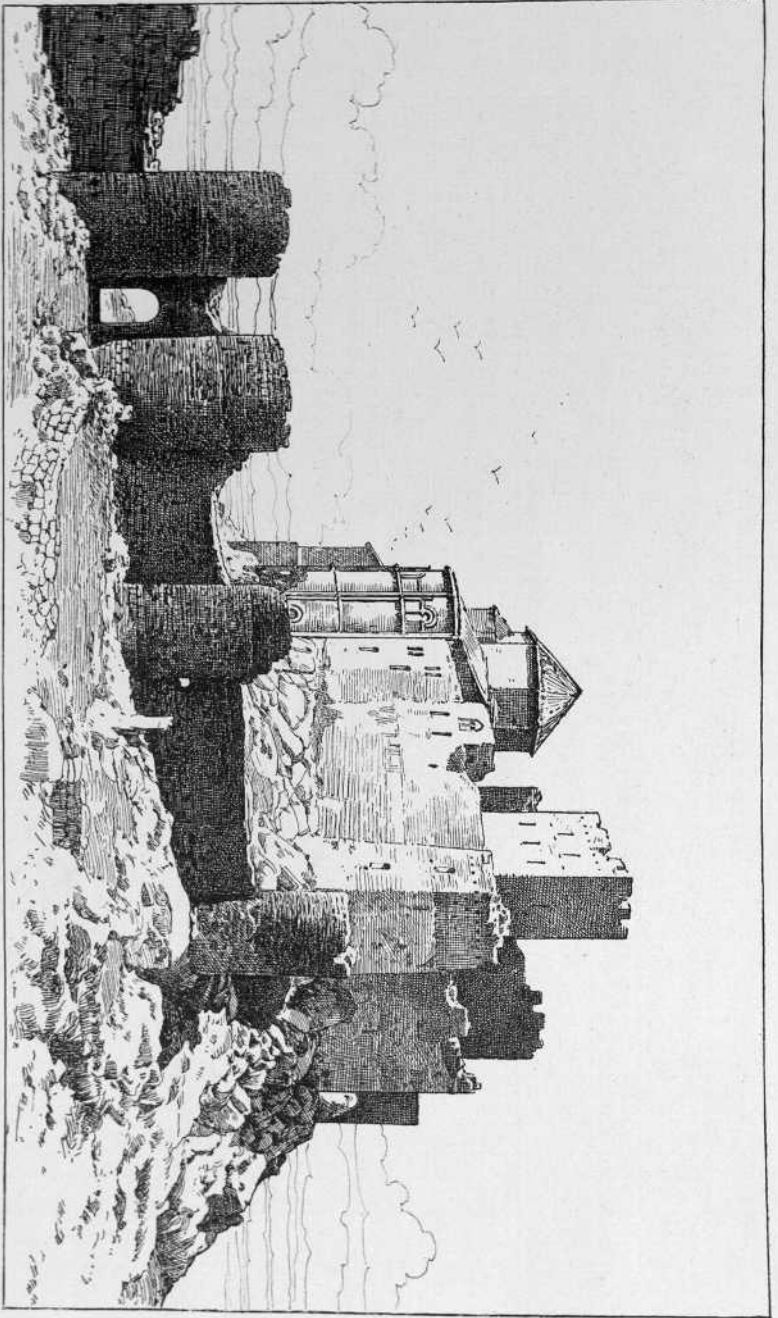
Las torres defensivas y las cortinas que las enlazan se hallan bien provistas de saeteras, dispuestas en todo el paramento, lo mismo en la parte alta que en la baja y distribuidas sin orden ni simetría aparente, de modo que los defensores de la fortaleza podían observar sin peligro los movimientos del enemigo y herir á los sitiadores por medio del tiro rasante de las saeteras bajas, lanzando también sus disparos á media altura del muro ó dominando al enemigo desde la cima del *adarve* y á través de las almenas.

Obedeciendo á este sistema propio de la época en que se construyó el castillo, los torreones son huecos para que permitiesen á los defensores emplazar sus máquinas de guerra á la altura que fuese más conveniente.

No existen hoy vestigios de *cavas*, pero es indudable que no escasearía este medio defensivo á pesar de las ventajas que ofrecía el emplazamiento de la fortaleza sobre un terreno tan accidentado. Tampoco tienen *matacanes* las torres, pues sabido es que en los siglos XI y XII se construían de madera y hasta el XIII no fueron sustituidas por los voladizos y ladroneras de sillería para evitar que fuesen incendiadas por el enemigo con las *faldricas* ó flechas de fuego, que consistían en un tubo hueco lleno de estopas preparadas, á las que se daba fuego antes de dispararlas (1).

Ofrecen, por lo tanto, las murallas exteriores de Loarre, un tipo perfecto de las fortificaciones del siglo XII, precursoras de las que

(1) Apuntes históricos sobre la Artillería española en los siglos XIV y XV, por D. José Arantegui y Sanz.—Pág. 28.



NÚM. 2. CASTILLO DE LOARRE
VISTA GENERAL DE LAS MURA-
LLAS Y DE LA FORTALEZA 8 8

desde esta época en adelante habían de adoptarse por los constructores militares, desarrollándose esta arquitectura á la par que la civil y la religiosa según los tiempos y las necesidades de la guerra, hasta llegar al periodo en que la aplicación de la fuerza expansiva de la pólvora y el perfeccionamiento de la antigua tormentaria produjeren una verdadera revolución en la táctica militar y en el asedio de las plazas fuertes.

Así se observa que las torres cuadradas ó redondas eran huecas en los siglos XI y XII y macizas á fines del XIII y durante todo el XIV para resistir, sin duda, con mayores probabilidades de éxito la fuerza destructora de los primeros disparos de cañón, llamado *trueno* ó *búzano*, como le designaban también los árabes (1). En este periodo se construyó el magnífico castillo de Peñafiel, en donde por ser todo sólido y fuerte son también macizos los matacánes y fingidas las ladroneas de la mayor parte de las torres. Igual aspecto de robustez presentan las cercas del siglo XIV que rodean á la ciudad de Burgos, con cubos macizos y redondos de gran diámetro y altura.

Mas tarde las mismas causas produjeron distintos efectos y los torreones volvieron á ser huecos y las aspilleras invadieron también la parte baja de los parapetos para defender la *cava*, como puede observarse en los emplazamientos de los castillos de Medina del Campo y de Coca en la provincia de Segovia.

No hemos de terminar este punto sin hacer observar, que muchas reglas que los autores citan como axiomáticas no se cumplieron al construir el castillo de Loarre. El principio de que las torres defensivas habían de colocarse á la distancia de un tiro de flecha, no fué respetado en esta fortaleza, pues el trayecto mayor entre dos torres es de 25 metros y existen espacios aun menores de 12, 11 y 10 metros. Es bien sabido por las experiencias que Napoleón III dejó consignadas, que los arqueros hábiles podían matar á un hombre á 219 metros de distancia. (2).

Igual sucedió en cuanto á la altura de las cortinas y torres, pues las ordenanzas prevenían que no excediese de lo que un ginete

(1) Zurita, en sus *Anales de Aragón*, al ocuparse de los sucesos ocurridos en el año 1331 dice: *ay puso en aquel tiempo grande temor una nueva invención de combate, que entre las otras máquinas que el rey de Granada (Mohamed IV) tenía para combatir los muros, llevaba pelotas de hierro que lanzaban con fuego.* (Libro VIII).

(2) «Le passé et l'avenir de l'artillerie»—Las ballestas de torno arrojaban dardos de medio quilogramo á una distancia de 832 metros, segun cálculo del General Dufour. Fué prohibida la ballesta en 1139 por el segundo Concilio de Letran y tardó mucho en generalizarse en Europa, donde apareció en el siglo XIV (Barro = Museo Militar.)

podiera alcanzar con el hierro de su lanza, y las murallas de Loarre, en la parte que el tiempo no ha destruido por completo, son mucho más elevadas y por consiguiente más inaccesibles; pero justo es convenir que esta regla establecida en el fuero general de Navarra debía entenderse respecto á los Castillos (1) de señorío, no á los de realengo como fué en su origen el de Loarre.

La tradición romana fué respetada en cambio, y como en el sistema clásico de los antiguos, podían también en el Castillo de Sancho Ramirez, pasar el adarve sin molestia dos hombres de armas á la vez. Evitaron los constructores el trazado de ángulos agudos sorteando con habilidad suma las asperezas de la roca y los accidentes del terreno, para favorecer por ese medio la defensa de las murallas según la táctica de entonces prescribía.

— Dos puertas dan ingreso á este gran recinto. La *de los Reyes*, abierta en la soberbia torre cuadrada que se encuentra la primera al llegar, y la moderna, emplazada entre dos cubos, como baluarte seguro para su defensa, que la estrechan amorosamente avanzando con gallardía para protegerla (2).

La puerta de los Reyes, llamada así porque la tradición supone que por ella entraban los monarcas en el Castillo, está trazada con aquel exquisito cuidado que los constructores militares empleaban en estas partes débiles de las fortalezas. El arco de ingreso se abre en el paramento que mira al Oriente y en vez de perforar la torre en línea recta para salir por el lado de Occidente, cambia bruscamente de dirección y formando ángulo recto conduce por otro arco al patio del recinto. Este sistema estratégico le hemos visto empleado en los castillos árabes de Niebla y Gormaz y en el muy famoso de Buitrago (3) precioso ejemplar este último de la arquitectura mudéjar, cuyas puertas son verdaderos pasadizos oscuros, hendidos por saeteras amenazadoras á más de los arcos unidos entre cuyas ranuras bajaba á torno el *peine* ú *órgano*, la antigua *cataracta* de los romanos, que cerraba con fuerte verja de hierro el tenebroso corredor impidiendo al enemigo penetrar en el recinto. Cuanto mayor fuese el golpe de

(1) Libro I. Título 3.º Capítulo 3.º

(2) Empleamos la palabra *baluarte* en el sentido vulgar de obra defensiva, no en su acepción *técnica*, pues no desconocemos que el sistema abaluartado atribuido por Jorje Vasari á su compatriota San Micheli empezó á usarse en los últimos años del siglo XV ó principio del XVI. Mariátegui, cita algunos documentos del archivo de Simancas para demostrar que el baluarte de la marina de Barcelona se levantó en 1526 un año antes que los de Verona.

(3) La puerta principal del Castillo de Maqueda tiene también igual disposición que las citadas.

gente de los asaltadores, mayor la confusión dentro del callejón abovedado y más difícil el ataque.

Desgraciadamente han desaparecido de esta interesante puerta todos los sillares de los arcos, pero aún subsisten los profundos agujeros, en que entraba el barrote de hierro ó madera chapeada que servía para asegurar por dentro los batientes. El desnivel del terreno aumentaba las seguridades de la entrada. Los escombros hacinados y las tierras que se han corrido por la vertiente del recinto han desfigurado hoy el aspecto que ofreciera en otro tiempo esta puerta de ingreso, pero lo que aún queda en pié es bastante para comprender que en esta fortaleza de Loarre todo era cálculo y previsión, sacrificándose el ornato, la comodidad y la belleza á la necesidad de evitar una sorpresa.

La puerta moderna tenía también, como todas las de su género, los caracteres distintivos de tales ingresos. Los batientes se unían y aseguraban con cerrojos y barras de hierro y en el grueso del muro, á derecha é izquierda, penetraban los dos extremos de una viga que afianzaba la puerta presentando doble resistencia al empuje de las máquinas de guerra, al ariete destructor, á los famosos *engennos* que lanzaban piedras enormes de ocho quintales de peso (1). Ofrece, sin embargo, esta puerta una singularidad que no hemos visto en ninguna otra. El *peine* manejado por el torno desde el piso superior, cuyo paramento enlazaba por la parte interior los dos torreones semicirculares que flanqueaban el arco de entrada, no descendía por la ranura que dejaban entre sí dos arcos casi unidos, según se observa en la mayor parte de los castillos y fortalezas, porque sobre el arco de entrada no existe bóveda, sino un techo plano que avanza sobre el primer paramento unos 80 centímetros y desde su extremidad interior descendía el peine cerrando todo el espacio que dejan libre los torreones defensivos que protegen la entrada. Puede hoy observarse perfectamente, tanto la ranura del techo plano como los dos agujeros en donde se introducía la viga ó travesaño para fortalecer los batientes forrados de hierro.

Compréndese desde luego el valor de estos muros y la impor-

(1) Estas antiguas máquinas de guerra tenían nombres diversos: Fenevol, brígola, honda, manganó y manganell, mantell, buzón, ariete, algarada, almojanque y trabuco. Diego de Monfar y Sors, en su *Historia de los Condes de Urgel*, dice que el *fenevol* era un ingenio terrible cuya fuerza bastaba para derribar muros y torres. Tiraba pelotas ó pellas de piedra á grandes distancias y alturas; otras que llamaban *molarres* por ser de igual naturaleza que las piedras de molino, otras *sepulcrales* por su forma y tamaño. Se hacían mil tiros de día, según el Rey D. Jaime, y quinientos de noche.

tancia militar de este recinto fortificado, considerando las dificultades inmensas que había que vencer para penetrar en la *cerca*. Los constructores, sin embargo, no juzgaron bien asegurada la fortaleza y todavía colocaron á manera de formidable baluarte una torre albarana entre la *puerta moderna* y la *puerta de los reyes*, emplazando su cuadrada planta delante de la entrada principal del castillo.

Allí está aún erguida y esbelta, pero robusta y fuerte, desafiando las inclemencias de los siglos, sin techumbre ni bóveda y desprovista de defensas.

Sobre las derruidas paredes de la parte alta todavía se divisan los elementos que el arquitecto empleó para dar paso de la planta cuadrada al polígono de ocho lados en que termina, pues lucen al aire, entre las plantas parásitas que la brisa mece dulcemente, las trompas en que se apoyaba en otra época la bóveda de cerramiento. Esta torre que guarda y vigila las dos entradas del recinto exterior y la puerta que da ingreso al alcázar, es una atalaya sobre la cual velaban sin cesar los centinelas con el arco en la mano, pudiendo comunicarse fácilmente con los hombres de armas de la fortaleza por su proximidad á las murallas y con los guardianes del primer recinto por la poterna abierta al pie de la torre.

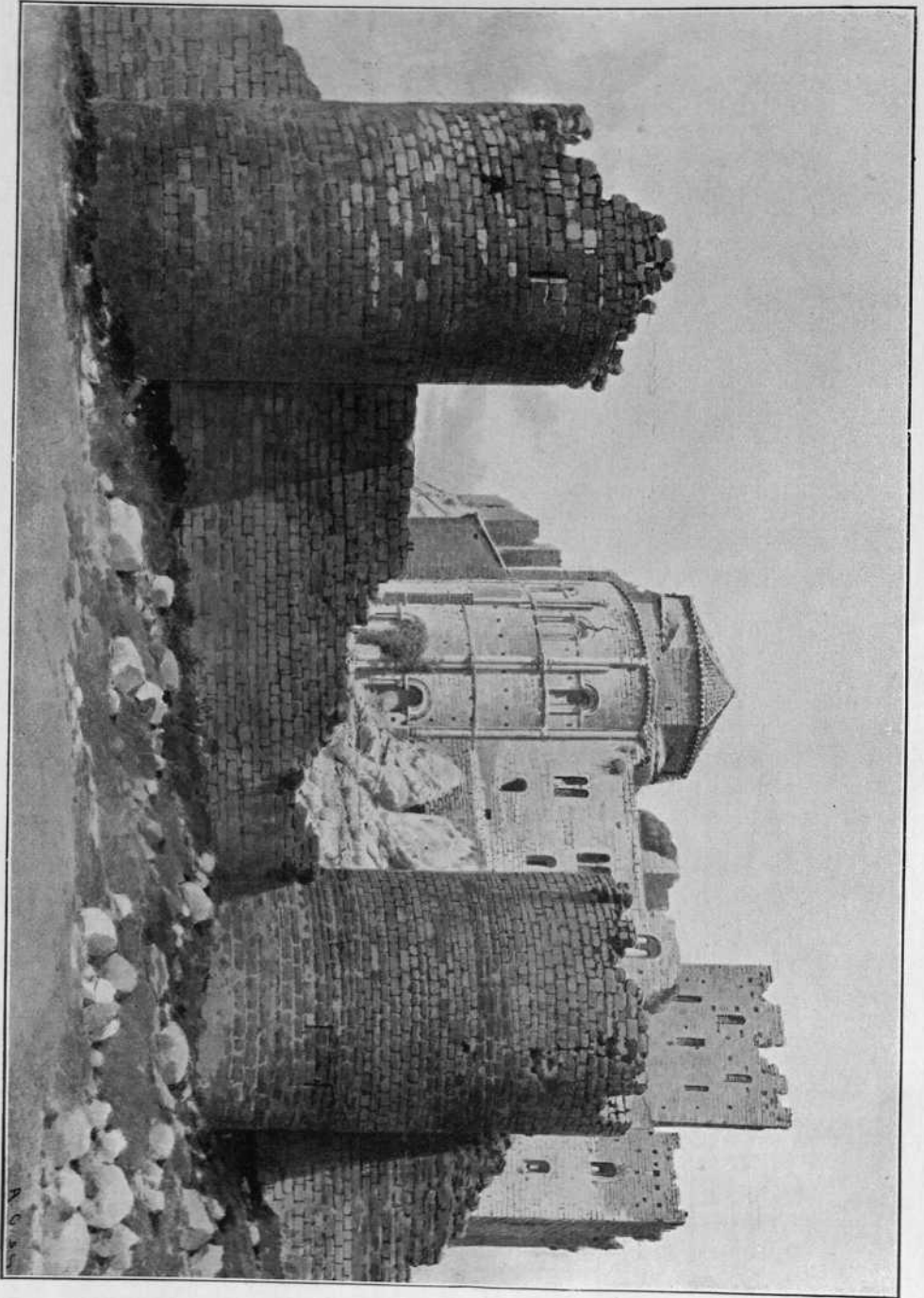
Penetremos ya en el alcázar del Rey cristiano y guerrero Sancho Ramiro de Navarra y de Aragón.

III.

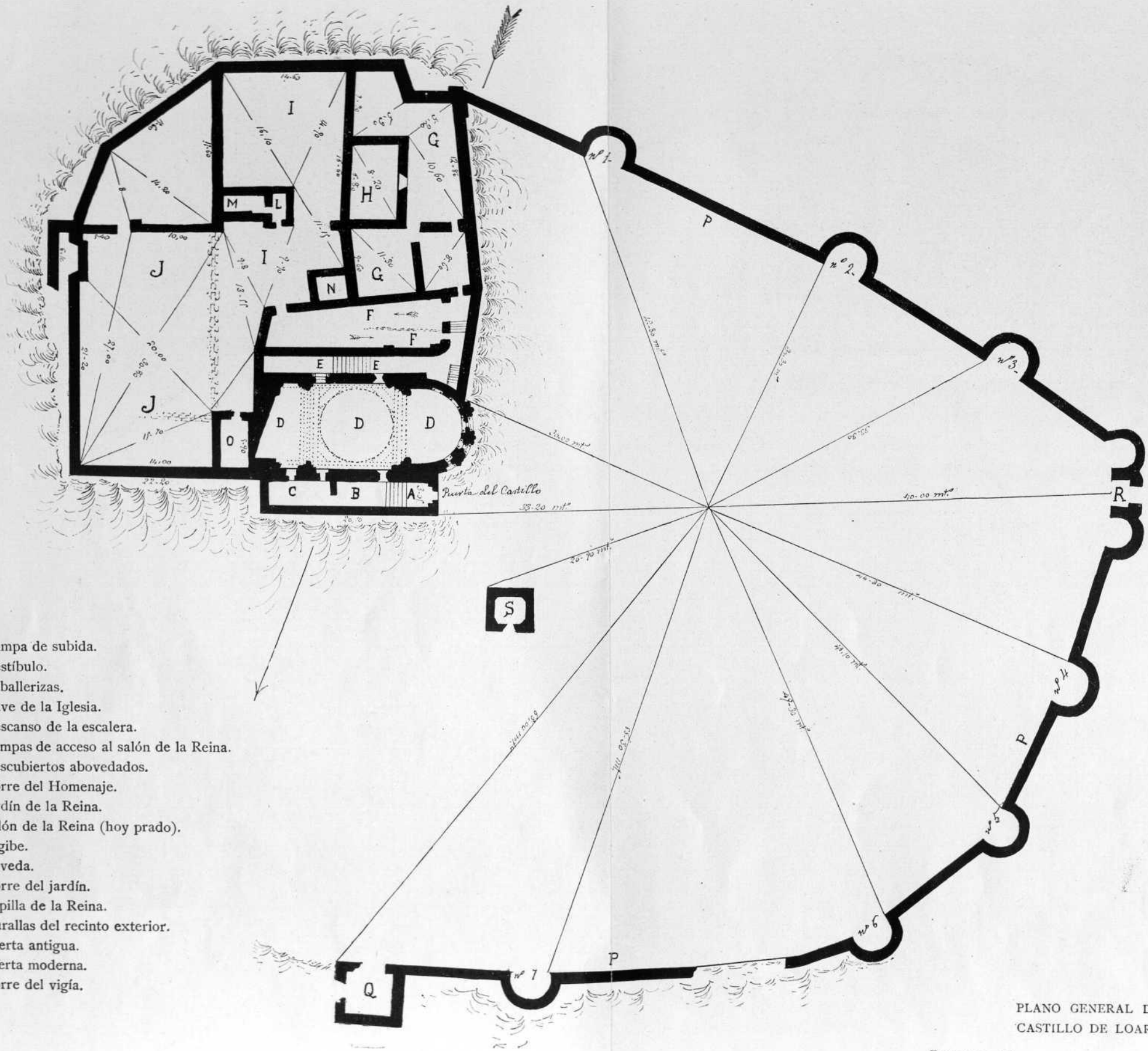
EL ÁBSIDE DE LA CAPILLA.—EL BAJO-RELIEVE DEL ATRIO.—LEYENDA INÉDITA.—SU RECONSTRUCCIÓN.—FECHA DE LA FUNDACIÓN DEL CASTILLO.—EL EPITAFIO DE TULGAS.

Si produce profunda impresión en el ánimo del viajero la fortaleza de *Loarre* con sus altísimas murallas y robustas torres del recinto exterior, mayor sorpresa le aguarda al trasponer el arco semicircular que da acceso al primer patio y ver de cerca el grandioso ábside torreado de la Iglesia, sólidamente construido con sillarejos de roja arenisca matizados de tintes azulados por la acción de los siglos.

Dos órdenes de graciosas ventanas con molduras y baquetones que modelan su archivolta, se abren en la parte baja y superior, sostenidas todas ellas por pequeñas columnas que lucen caprichosos



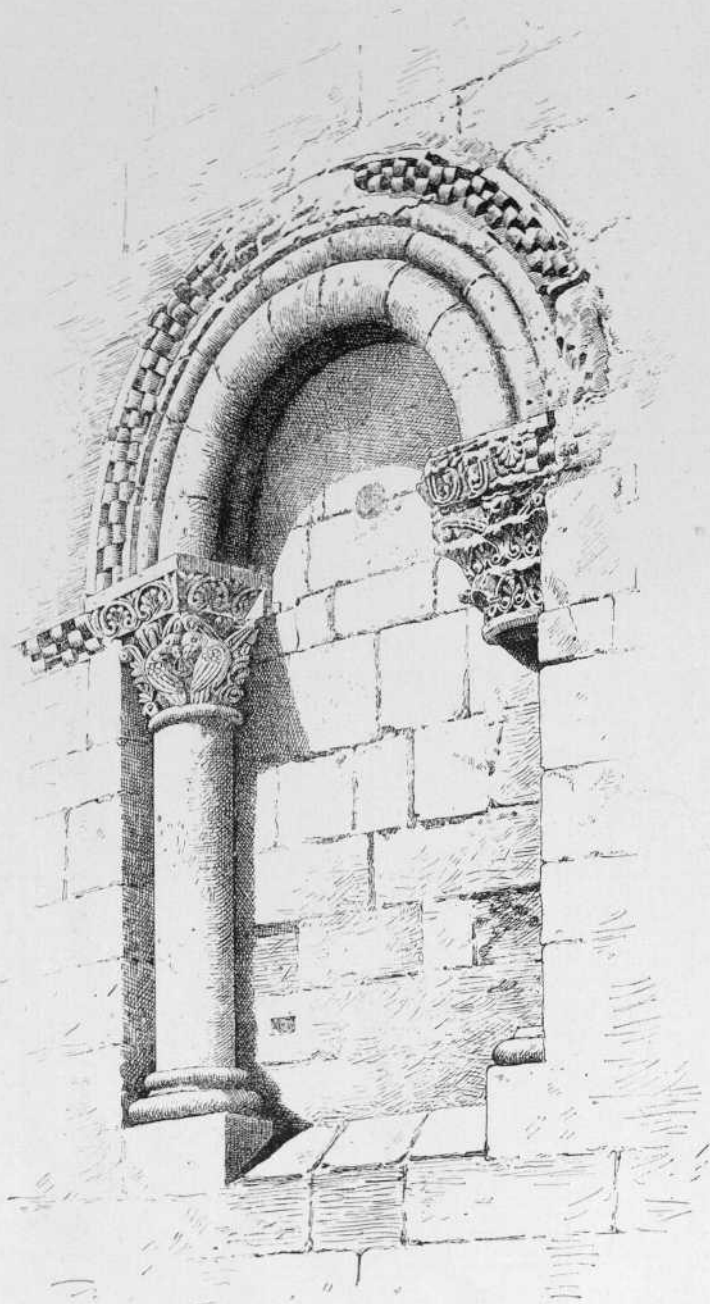
NÚM. 3. CASTILLO DE LOARRE *
MURALLAS Y ÁBSIDE DE LA IGLESIA



- A Rampa de subida.
- B Vestíbulo.
- C Caballerizas.
- D D D Nave de la Iglesia.
- E E Descanso de la escalera.
- F F Rampas de acceso al salón de la Reina.
- G G Descubiertos abovedados.
- H Torre del Homenaje.
- I I Jardín de la Reina.
- J J Salón de la Reina (hoy prado).
- L Algibe.
- M Bóveda.
- N Torre del jardín.
- O Capilla de la Reina.
- P P P Murallas del recinto exterior.
- Q Puerta antigua.
- R Puerta moderna.
- S Torre del vigía.

PLANO GENERAL DEL CASTILLO DE LOARRE

ESCALA 1 : 400



NÚM. 4. CASTILLO DE LOARRE ㄨ ㄨ
VENTANA EXTERIOR DE LA CAPILLA

capiteles muy interesantes y dignos de estudio, decorados con adornos de hojas extrañas, figuras de aves y lacerías intrincadas.

En tres zonas está dividido, horizontal y verticalmente, este cuerpo de la capilla, por medio de haces de triples columnas que suben gallardamente hasta los canecillos del tejazoz y por impostas ajedrezadas que las cruzan, quedando sin lucernas la zona central. Sobre este ábside magnífico, cuyas proporciones parece que se agrandan por hallarse emplazado sobre la roca ciclópea que le sirve de base, todavía surge otro cuerpo más elevado de forma octogonal, que corresponde á la cúpula de la iglesia de Nuestra Señora de Valverde, patrona hoy del Castillo, y con cuyo nombre también se designa á toda la fortaleza.

Contemplamos algunos momentos más el pintoresco aspecto de aquel admirable conjunto de torres defensivas sobrepuestas unas á otras, escalonadas en bello desorden sobre la cima de los peñascos, enlazadas por fuertes cortinas que lucen ventanales y ajimeces de elegante forma, todo ello decorado por un espléndido sol que vigorizaba los tonos calientes del venerable edificio, y poseídos de cierto religioso respeto penetramos, al fin, en la mansión feudal, ascendiendo por una suave rampa y salvando cinco peldaños de piedra que existen á la entrada.

Dentro del atrio se ofrece á la vista un gran arco de medio punto sostenido por recias columnas coronadas de capiteles que exornan anchas hojas retorcidas, y como digno remate de esta portada triunfal del castillo, la imagen del Salvador en el centro de un marco ovalado, algunos ángeles en actitud de orar, que apenas rozan con la punta de los pies la imposta del casetón en que se apoyan, y á su lado el *tetramorfos*, las figuras simbólicas de los cuatro evangelistas, labradas en piedra á medio relieve con aquella ingenuidad y fuerza de expresión que caracteriza la sencilla iconografía del arte románico.

Desgraciadamente para el monumento, esta parte del edificio ha sufrido una despiadada mutilación. Sin respeto al arte ni á la historia, sin escrúpulo ni miramiento alguno, fueron bárbaramente partidas por la mitad dichas imágenes, quedando ocultas bajo los materiales de una obra moderna que no tiene otro fin que doblar la altura de la estancia y construir encima una miserable habitación para usos domésticos y ordinarios. Sin embargo, aún pueden admirarse la elegante traza del soberbio arco, las hermosas columnas que le sostienen y el interesante bajo-relieve á que antes nos hemos referido.

Dichos relieves, dentro de su tosca talla que acusa los pasos

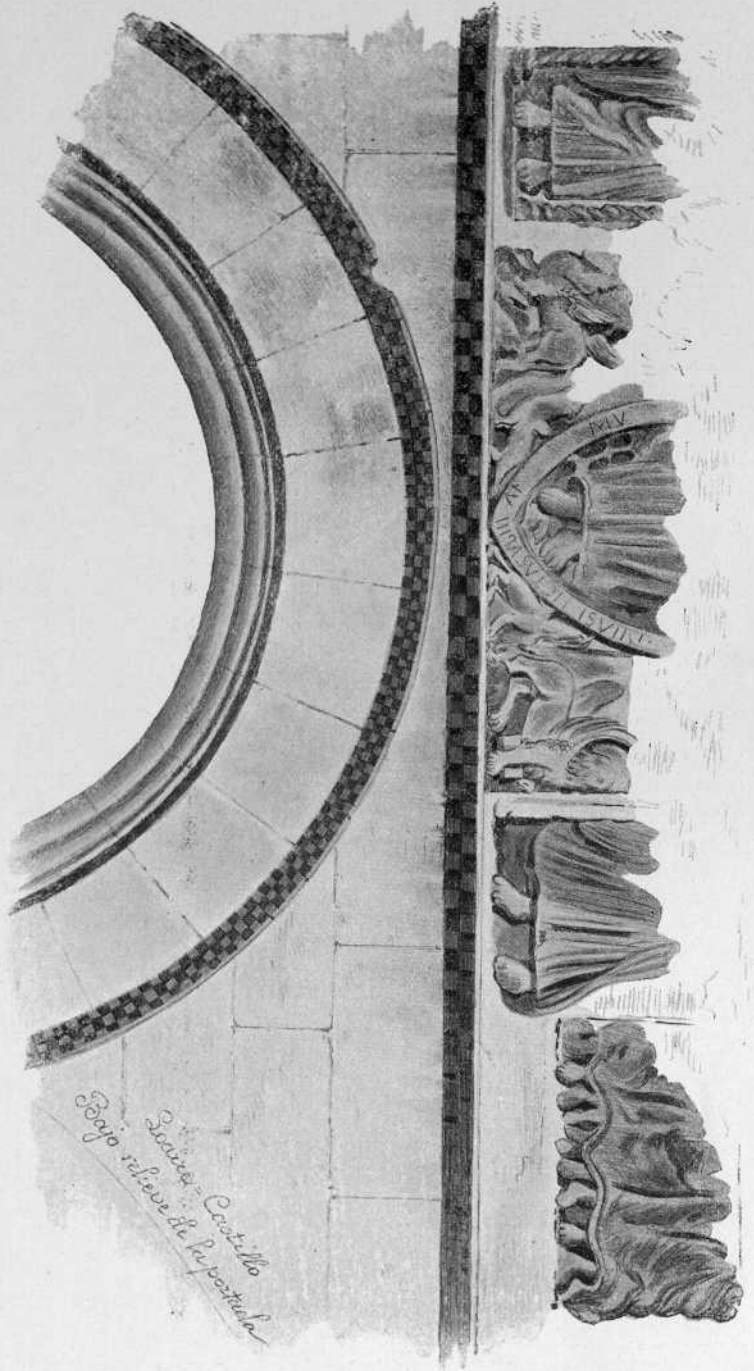
vacilantes de la infancia del arte, revisten un interés arqueológico de gran importancia. La figura de Cristo, cuya mitad superior ha desaparecido, deja adivinar lo que fué. Aparecía sentado, con la mano derecha en actitud de bendecir, alzando dos dedos y sosteniendo con la izquierda el libro del nuevo testamento: esta es la posición que indudablemente debió tener la figura principal, y que nosotros reconstruimos deduciendo lógicamente lo que ha desaparecido, del estudio detenido de lo que aún subsiste y de la comparación de este grupo escultórico con otros semejantes del mismo periodo del arte, en cuya época (y en otras más posteriores también) abundan los monumentos sincrónicos, pues la civilización obra por grados y el parecido de la labor artística resulta exacto, de una identidad asombrosa, en cada periodo y movimiento de la evolución artística. Véase nuestro dibujo núm. 5 para que pueda apreciarse la verdad de este criterio y compárese con las composiciones y estatuas muy conocidas que tanto abundan en otros monumentos, inspirados todos ellos en el mismo sentimiento que dió vida al interesante bajo-relieve de Loarre.

Junto á la estatua central de este relieve campean las figuras simbólicas de los evangelistas (el león alado de San Marcos y el toro de San Lucas), faltando los otros dos por haber sido mutilados bárbaramente, pero revistiendo la forma adoptada en todo el periodo románico y parte del gótico. Así aparecen con rara uniformidad en imafrentes, bajo-relieves de portada y frontales de retablos; tema favorito de los artistas de la época que continuaron la tradición bizantina reproduciendo el tetramorfos en mármoles, miniaturas y mosaicos, copiando todos al parecer un modelo común y único.

El extraño parecido de esta iconografía asombra: puede verse una reproducción muy exacta de la de Loarre en el templo de Santiago de Carrión y en la iglesia de Moarbes, de la provincia de Palencia; en San Quirce y Santo Domingo de Silos de la de Burgos, y en la magnífica catedral de esta última ciudad sobre el tímpano de la puerta de la sarmental (1).

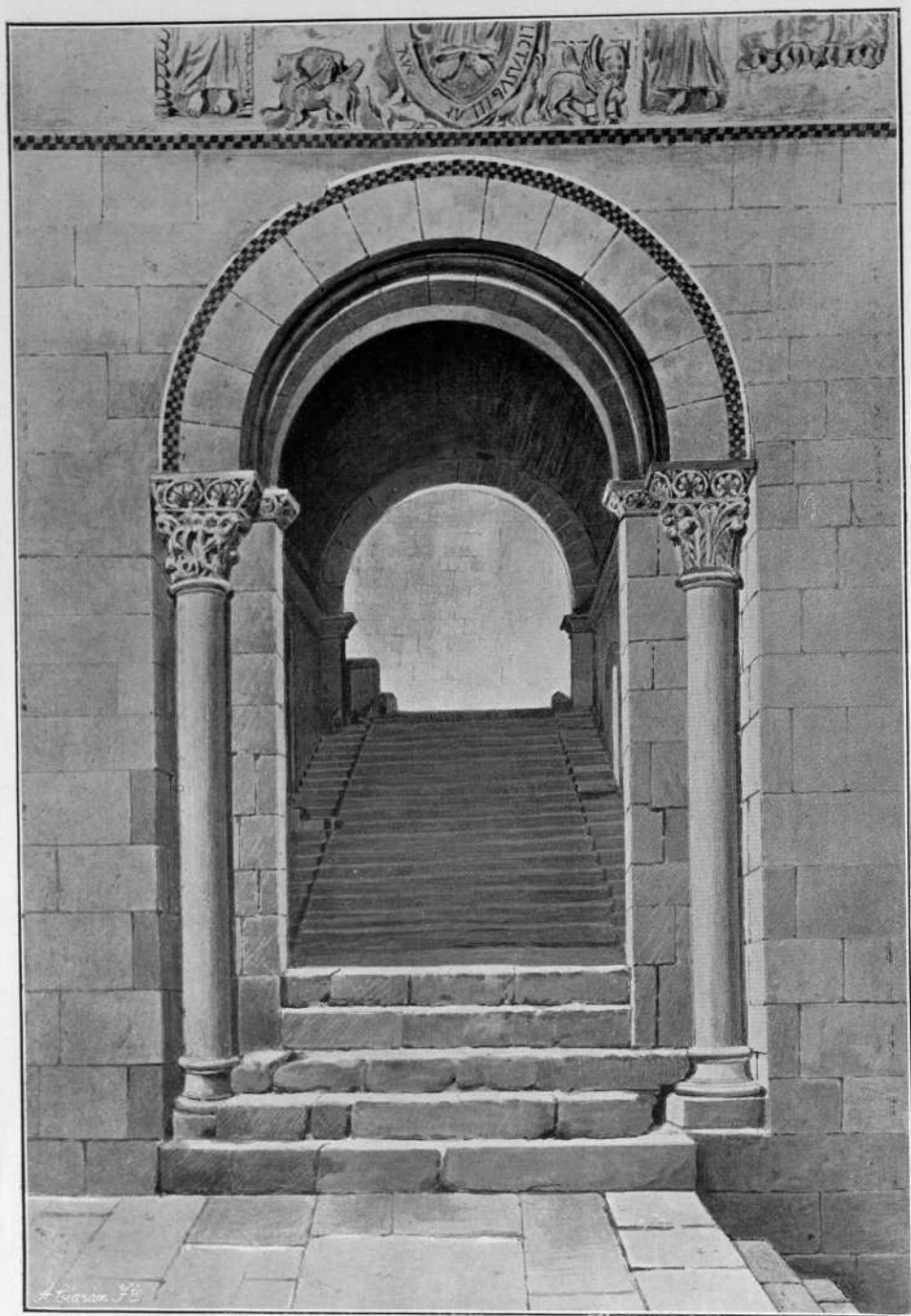
Igualmente se reproduce el mismo asunto en las viñetas iluminadas de los misales y en los devocionarios de lujo de la época, repartiendo siempre la composición por idéntico sistema de casetones separados entre sí, pero con elementos que forman un todo

(1) En el término de Villargura, cerca de Burgos, existía hace algunos años una preciosa ermita románica y sobre su puerta principal un bajo-relieve igual que el de Loarre. De aquel hermoso monumento solo quedaban dos clichés fotográficos del exterior y algunos dibujos y apuntes que conserva en su cartera el autor de estos renglones.



*Castillo de Loarre
Bajo relieve de la portada*

NÚM. 5. CASTILLO DE LOARRE
BAJO RELIEVE DE LA PORTADA



NÚM. 6. CASTILLO DE LOARRE
PORTADA Y ESCALERA PRINCIPAL

armónico que contribuyen al efecto artístico que el escultor se propuso con cierto candoroso encanto y sencillez primitiva, que atraen la mirada é interesan la atención de un modo indefinible.

Pero mayor interés encierra la leyenda aneja grabada sobre el friso ó marco ovalado que rodea la figura del Salvador, leyenda que ha pasado desapercibida para todos los historiadores que han hablado del Castillo de Loarre, y que, sin embargo, envuelve á nuestro juicio el problema, aún no bien resuelto, de la fecha en que se fundó el monumento.

Ni el Padre Fr. Ramón de Huesca, ni Jerónimo de Blancas, ni José María Cuadrado, ni ningún otro escritor de los que se ocuparon de Loarre, vieron la leyenda que hemos reproducido en nuestro dibujo, ó si la vieron no se dignaron darla importancia por estar medio destruida. Cierto es que la obscuridad del atrio en que aparece el grupo de esculturas de referencia y la altura en que está colocado dificulta no poco su exámen y estudio. Por otra parte, la inscripción aparece truncada é incompleta y ha sido preciso reconstruirla para descubrir su verdadero sentido. He aquí la forma en que aparece hoy.



Veamos ahora la reconstrucción que á nuestro juicio puede y debe hacerse.

AEDES-HAS-MUNIAS-INVICTAS-MCIII

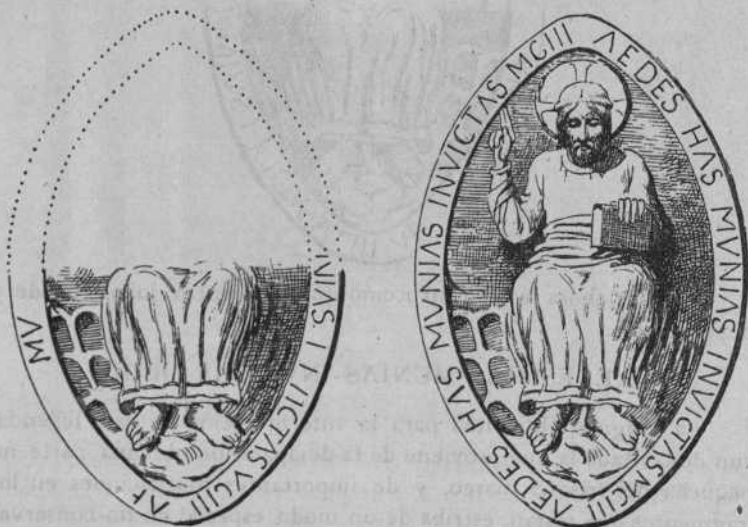
La singular dificultad para la interpretación de esta leyenda, aun descontada la que proviene de la desaparición de una parte no pequeña del friso ó marco, y de importantes mutilaciones en los fragmentos que restan, estriba de un modo especial en no conservar íntegra precisamente la raíz de ninguna palabra.

Comenzando por el elemento más probado y fácil, el sufijo TAS (t-a-s característico del participio pasado) vemos ya denunciada por él la existencia de una raíz verbal y de un sustantivo anterior, acusativo y femenino. Cual sea esta raíz verbal, destruida en el texto en su primera consonante, I I C núcleo del verbo *vi (n) cere* lo aclara

el fragmento del sufijo negativo I (N) que no se adapta en el latín de ninguna época al radical *lic* de *li* (N) *q-ere* único con que pudiera confundirse, dándonos ya pie para reconstruir sin posibilidad de error el vocablo completo INVICTAS.

Y que nombre sea el que regula la flexión del participio INVICTAS viene á demostrarlo el *resto* A F parte de AEDES que se ve en el extremo opuesto del marco. Y esta particularidad, la excesiva distancia entre estos nombres concertados, peregrina en el latín inscripcional de los tiempos medios, hace pensar en la repetición de otro sustantivo igual, esto es, en la duplicación de la leyenda, lo cual confirma plenamente la repetición simétrica de la raíz M V (N) que vive también en el verbo opuesto IVIAS (MVNIAS). Ya en este terreno la reconstrucción de la leyenda es puramente sintáctica y se obtiene intercalando el demostrativo HAS.

Para mayor claridad y mejor inteligencia de las anteriores explicaciones, reproducimos juntas las dos leyendas, la original que hemos copiado en el dibujo número 5 antes citado, y la reconstrucción bajo el criterio que dejamos expuesto, después de bien estudiado el asunto y meditar con detención una por una las palabras truncadas.



Bien merecé este minucioso exámen una inscripción que lleva en sí misma un guarismo que resuelve, á nuestro juicio, el problema aún no bien definido de la fundación del monumento. La versión castellana de esta leyenda reconstruida, es la siguiente: *Conserva inexpugnadas estas mansiones: MCIII*. Invocación natural del Rey cristiano Sancho Ramirez, que logró reunir en esta fortaleza

de Loarre, todos los elementos defensivos que el arte militar de entonces conocía, para hacer inexpugnables bajo el amparo y protección del Divino Redentor, los fuertes muros y torreones del Castillo (1).

Los números romanos indican la era vulgar ó del César, cómputo usado en el siglo XI para toda clase de inscripciones, pues hasta el año 1384 en que se publicó la famosa ley votada en las Córtes que reunió D. Juan I en el Alcázar de Segovia (2) no empezó á medirse el tiempo en Castilla tomando como punto de partida el nacimiento de Jesucristo. Por esta razón entendemos que de la era 1103 deben restarse los 38 años del cómputo del César y quedará reducida la fecha anterior al año de 1065 DE LA ERA CRISTIANA.

Si este criterio puede y debe aceptarse, como creemos, quedará resuelto el problema de la fundación del Castillo de Loarre, sobre cuyo extremo no andan muy de acuerdo los autores, pues D. José María Cuadrado la supone posterior á 1070; Fray Ramón de Huesca fija el año 1070, Madoz el 1092; Ferreras, en su Historia General de España, supone la redificación de Loarre en 1083 y Pedro de Agramón y Caldívar en un manuscrito que titula «Historia de Navarra» que se conserva en el Archivo del Monasterio de Silos, asegura «*que en el año de mil y noventa y cuatro ganó (D. Sancho Ramirez) á Naval é Puyo de Sancho, edificó á Loarre y el castillo de Marcuelo é Alquitara.*»

Existe otro dato importante ya conocido; la bula de recepción del Monasterio-Castillo fechada en 18 de Octubre de 1071 por el Pontífice Alejandro II; y si esto es cierto, como afirma en parte Fray Ramón de Huesca, que la tuvo á la vista con otros documentos del Archivo de Montearagón, es indudable que el Castillo de Loarre debió empezarse á construir algunos años antes, puesto que en 1071

(1) Para la reconstrucción de esta inscripción latina ha tenido presente el autor los acertados consejos de D. Vicente García de Diego, ilustrado catedrático del Instituto general y técnico de Pontevedra, á quien se complace en expresar su gratitud.

Así mismo debe dar público testimonio de agradecimiento al distinguido artista D. Félix Lafuente por las notas y apuntes que le facilitó del monumento, muy particularmente por dos interesantes acuarelas que aparecen en esta memoria interpretadas al blanco y negro y reproducidas en los fotograbados que llevan los números 14 y 15.

(2)..... «en cuyo loor é gracia (dice en su citada ley D. Juan I.) establecemos é ordenamos por esta nuestra ley, que desde el dia de Navidad primero que viene, que comenzará á 25 días del mes de Diciembre, del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1384 años, é de allí adelante para siempre jamás, todas las Córtes, recabdos, é testigos, é testimonios, é cualesquiera otros escritos, de cualquiera manera é condicion que sean sea allí puesto el año, é la data dellas, desde tiempo del nacimiento del Señor, segun que la Santa Yglesia lo trae.....»

la Silla Apostólica aceptaba la ofrenda del Rey Sancho, siendo de suponer, lógicamente pensando, que no ofrecería el edificio sin estar terminado, y en tal supuesto concuerda la fecha del documento pontificio y la del bajo relieve de la portada. Es decir, que en 1065 se concluía la obra decorativa del ingreso de la fortaleza y en 1071, terminadas todas las obras restantes, fueron ofrecidas á la Corte de Roma y aceptadas por el Papa Alejandro II.

Sobre una de las jambas del arco que dá paso á la escalera, á la derecha del que mira esta portada y á una altura á que fácilmente se llega con la mano, llama la atención un sillarejo que lleva grabada una inscripción latina, cuyo texto, si bien claro y sencillo, ha dado lugar á interpretaciones diversas por el nombre godo de *Tulgas*, que aparece allí escrito en caracteres incisos.

El tipo de letra de esta inscripción es del llamado MONACAL, por haberse principiado á usar en los monasterios de los siglos IX y X, verdadera degeneración de la letra latina en su segundo periodo de transformación, propia ya del siglo XII, así como la empleada en la leyenda del bajo-relieve de que hemos hablado antes pertenece al primero, pues la alteración de los trazos clásicos no es tan notoria, demostrando ambas su exacta relación con el año en que se grabaron.

He aquí el texto original en su propia letra:

IN: DEI: ROSMIRE: HIC: RE:
QUIESCIT: FASZULUS: DEI:
TULGAS: QUI: OBIIT: PRI:
DIE: KAL: DECEMBRIS: IN:
ERA: MCXXXIII
QUI: LEGERIT: ISTAS: LITERAS:
ORET: PACEM:
FECIT: IN: ESEMIRA

Que traducida al castellano quiere decir: «*En el nombre de Dios aquí descansa el siervo de Dios, Tulgas, que murió en treinta de Noviembre de 1134...*»

El que lea este epitafio pida el descanso... hizo en Esemina...»

El lenguaje del anterior epitafio no tiene sabor alguno clásico, ni puede calificarse de bárbaro el latín en que está escrito, pues realmente pertenece al *sermo plebejus*, es decir, que su estructura gramatical y su carácter no dan luz alguna acerca de la antigüedad de esta inscripción, que algunos han supuesto muy remota, por no haber leído sin duda, la fecha que aparece en la quinta línea y creyendo ver en *Tulgas* algún personaje visigodo.

Más extraño parece á nuestro juicio el lugar que ocupa la piedra que contiene esa leyenda funeraria. Ya hemos dicho que el epitafio está grabado en un sillar de la doble jamba del gran arco semi-circular que dá acceso á la hermosa escalera del Castillo y desde la primera ó segunda grada puede alcanzarse bien con la mano y leerse con facilidad; pero aquel sitio no es propio de un enterramiento y es posible que la piedra grabada haya sido recogida de algún otro punto y traída al que hoy ocupa. Verdad es que muchas veces los sepulcros se mandaban construir por humildad á los piés de las Iglesias ó en el átrio ó fuera de ellas; pero en el punto y forma en que aparece, en lugar tan visible y principal de la portada, aleja toda idea de humildad cristiana y aun la de que en semejante sitio haya existido jamás un enterramiento.

Los sepulcros se colocaban en el suelo de las iglesias ó en las Capillas subterráneas. Después se generalizó el uso de empotrar el enterramiento en el grueso del muro, haciendo avanzar sobre el paramento la parte artística ó decorativa simulando uno ó varios arcos sostenidos por una imposta, en memoria sin duda de los *MONUMENTA ARCUATA* de las catacumbas de Roma abiertas en la toba de aquellas galerías sepulcrales.

También en esta época del arte románico empezaron á utilizarse los claustros para los enterramientos; pero si en Loarre no hay claustros, había cripta é Iglesia principal y en cualquiera de esos dos puntos pudo haberse colocado el cuerpo de *Tulgas*.

Así mismo tiene el templo su atrio á cielo descubierto y era más apropiado este lugar para los que deseaban hacer alarde de humildad.

Todo cuanto sobre este particular llevamos escrito lo consignamos como razonamiento y prueba moral de que la famosa lápida no fué labrada para el sitio que hoy ocupa, sin que por eso pretendamos tener razón ni haber acertado.

IV

LA IGLESIA Y LA CÚPULA.—LOS CAPITULES.—INFLUENCIA ÁRABE.—
LOS CANÓNICOS REGULARES.

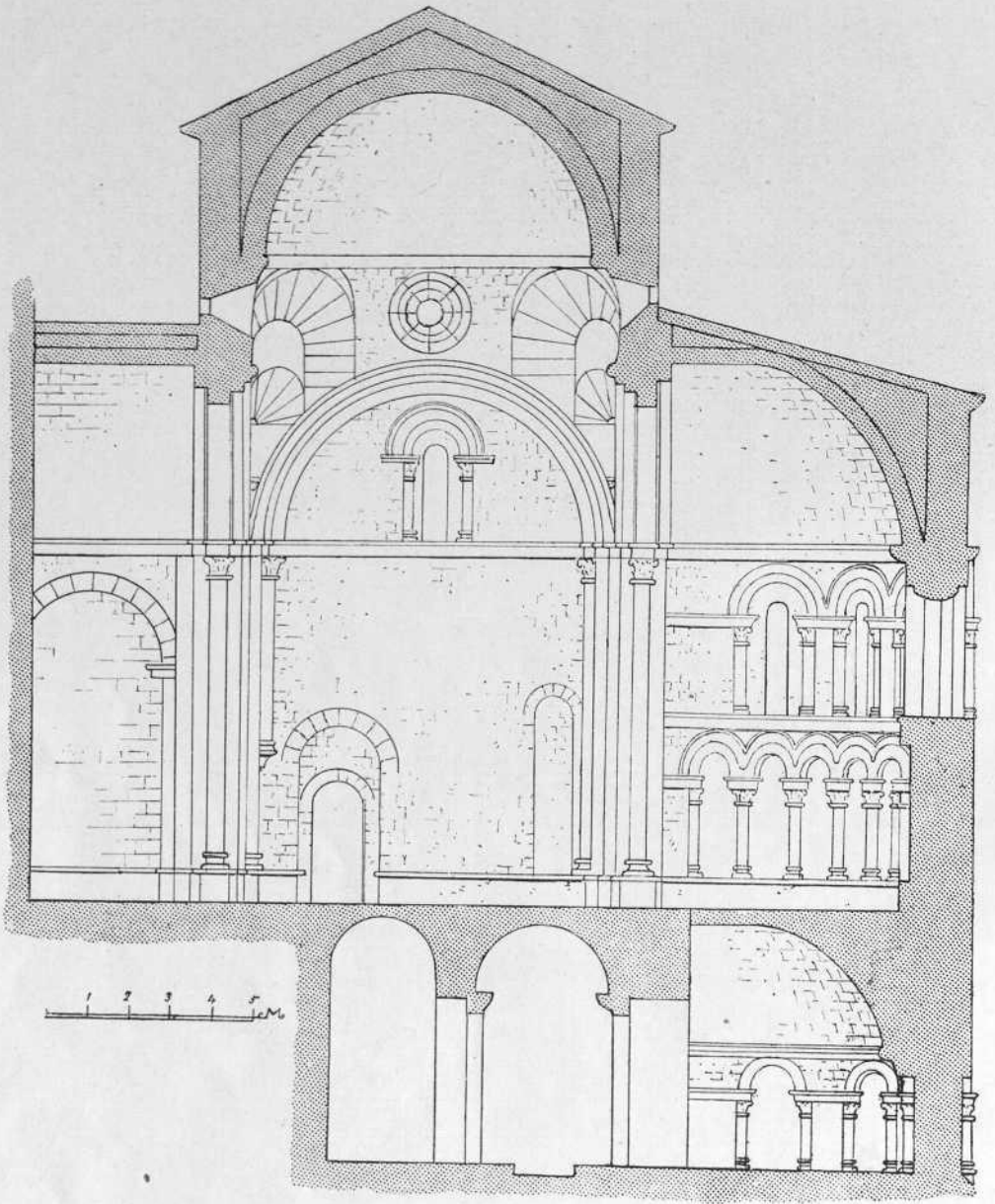
La escalera ancha y recta, que conduce á los pisos altos, es magnífica é imponente, cubierta por sombría bóveda de cañón de perfil semicircular y envuelta en una media luz que sobrecoge el ánimo. Por ella subimos poseídos de viva emoción al evocar el recuerdo de los siglos que se habían sucedido desde el reinado del Rey Sancho Ramirez y de las distintas generaciones que dejaron marcado su paso produciendo honda huella en el pavimento de piedra hasta hacer desaparecer la forma de los peldaños en muchos puntos; huella profunda y misteriosa que nos recordaba aquella otra que se observa en la calle de *Stabiés* de Pompeya y que tanto impresiona al viajero que visita la ciudad muerta de la antigüa Campania.

Treinta peldaños hay que subir para llegar al primer rellano de la escalera, pero á la mitad del trayecto una oscura y estrecha porterna, abierta en el espesor del muro de la derecha, da paso á una pequeña cripta de la que luego hablaremos.

Desde lo alto de aquel primer descanso, la escalera toma dos direcciones opuestas, y subiendo por la izquierda se llega á la iglesia ó capilla mayor del Castillo. Un distinguido arquitecto y escritor notable dice al ocuparse de este monumento (1).

«La Iglesia pertenece al estilo románico en todo su desarrollo. Es de una nave brusca y oblicuamente interrumpida por la roca; un ábside semicircular forma la cabecera y entre esta y aquella se extiende el crucero, de planta cuadrada. Bellísima y doble arquería circunda el interior de la capilla absidal; columnas adosadas á pilares escalonados sostienen los arcos torales; bellas ventanas con columnillas dan luz al crucero y al ábside, los capiteles son de figuras fantásticas y de hojas de característico entalle, las bases pertenecen al tipo ático degenerado. Una imposta ajedrezada marca el nacimiento de los cuerpos y bóvedas, siendo de medio cañón, en arco de medio punto la de la nave y de cuarto de esfera la del ábside. Sobre el crucero se levanta una cúpula semi-esférica despiezada por anillos

(1) D. Vicente Lamperez.—Estudio de los caracteres de la Arquitectura de Aragón desde la conquista de Huesca (1096) hasta el fin del reinado de D. Jaime el Conquistador (1276); premiado en los Juegos Florales de Zaragoza en Octubre de 1901.



CASTILLO DE LOARRE *∗ ∗ ∗ ∗ ∗*
 SECCIÓN LONGITUDINAL DE LA IGLESIA



NÚM. 7. CASTILLO DE LOARRE *ff ff*
CAPITEL DEL ÁBSIDE DE LA IGLESIA

concéntricos, ejemplo de altísimo interés por su estructura y elementos.

Hombre entendido en su arte y maestro en inventar recursos para obtener el fin deseado, era el arquitecto que la construyó. Sin duda, entraba en su programa dar dignidad é importancia al crucero de la Iglesia, ya que su forzado emplazamiento impidióle proyectar una grande ó triple nave. Para aquel fin ideó construir una capilla semi-esférica sobre los cuatro arcos torales; pero en lugar de implantarla directamente sobre estos, como es el caso general, pasando del cuadrado de la planta al octógono por cuatro trompas cónicas, interpuso entre la semi-esfera y los arcos torales un cuerpo. Dificultóle esto el problema del cambio de planta, pero lo venció atrevidamente, colocando en cada ángulo una doble trompa cónica superpuesta. Y no contento con llegar por este medio á la planta octogonal, constituyó los paramentos de esta linterna con una superficie esferoidal, con lo que obtuvo la planta circular deseada. No carece de barbarismos esta obra, cuales son las imperfecciones de la superficie esferoidal, y del acuerdo de esta con las trompas superiores y con los arcos torales, pero de tal modo es ingenioso el partido adoptado, que la cúpula de Loarre merece citarse como uno de los ejemplares más notables de la arquitectura europea.»

Esta hermosa iglesia ha sido objeto de algunas irreverencias por la torpe mano de un pintor que se entretuvo en llenar de groseros dibujos las enjutas y baquetones de los arquitos decorativos del ábside, pintando los fustes de las columnas y perfilando las pilastras hasta confundir las líneas arquitectónicas y hacerles perder su carácter. La bóveda del ábside también se halla pintada de un modo análogo, figurando un rompiente de gloria, el Padre eterno en lo alto, y diversas escenas alusivas á la fundación de la Iglesia á derecha é izquierda. Mas apesar de tal profanación, ejecutada en época relativamente moderna, la iglesia ofrece todos los caracteres más salientes de aquel desarrollo prodigioso que alcanzó el arte en nuestra patria durante los siglos XI y XII, así que las magnificencias de este solitario Castillo de Loarre pueden competir con las que se admiran en poblaciones como León y Ávila, Zamora, Salamanca, Sahagún, Ripoll, Lérida y Segovia, rivalizando sus primorosos relieves, capiteles y portadas con los que ostentan los templos de los pueblos citados, y con otros muchos como los de Santa Cruz de Castañeda, las Colegiatas de Santillana y Cervatos en la provincia de Santander, San Juan de Duero en Soria, y San Quirce y Santo Domingo de Silos en la de Burgos.

Es el sentimiento del arte cristiano que renace en Loarre á la par que en toda España después de las sombras y los terrores que

inspiró el siglo X creyéndose próximo el fin del mundo. Con la confianza y el amor á la vida resurgió el arte y se hizo original y bello, á la vez que simbólico y misterioso, sin salir aún de los estrechos moldes de la línea clásica y aceptando solo la ornamentación geométrica, ajedrezada, ó de lacerías, pero mezclando ya un elemento nuevo, atractivo, insinuante; la figura humana; es decir, la escultura, que avanza modestamente primero como accesorio de la arquitectura, y de un modo resuelto más tarde, aspirando á ocupar el sitio que por su categoría le corresponde en bajo-relieves, capiteles de columnas, entallados, aras y sepulcros.

Los capiteles que reproducen los dibujos números 7 y/o son indudablemente de bello efecto, de relieve acentuado como los modelos más notables de San Isidoro de León. Resultan las figuras hieráticas por lo rígidas, infantiles por la incorrección del dibujo, poco expresivas por su falta de movimiento; pero de un candor é ingenuidad que cautivan; de una sencillez que enamora y atrae. En la Iglesia de Frómista, provincia de Palencia, hemos tenido ocasión de ver varios capiteles que parecen esculpidos por la misma mano que los de Loarre. Los dos modelos de los dibujos citados son realmente del arte románico, con sus monstruos que simbolizan el pecado, los vicios, ó el espíritu infernal que trata de perder al hombre, y sus figuras extrañas de monjes, nobles y plebeyos; pertenecen en fin al nuevo arte cristiano que trata de olvidar el estilo pagano de Grecia y Roma.

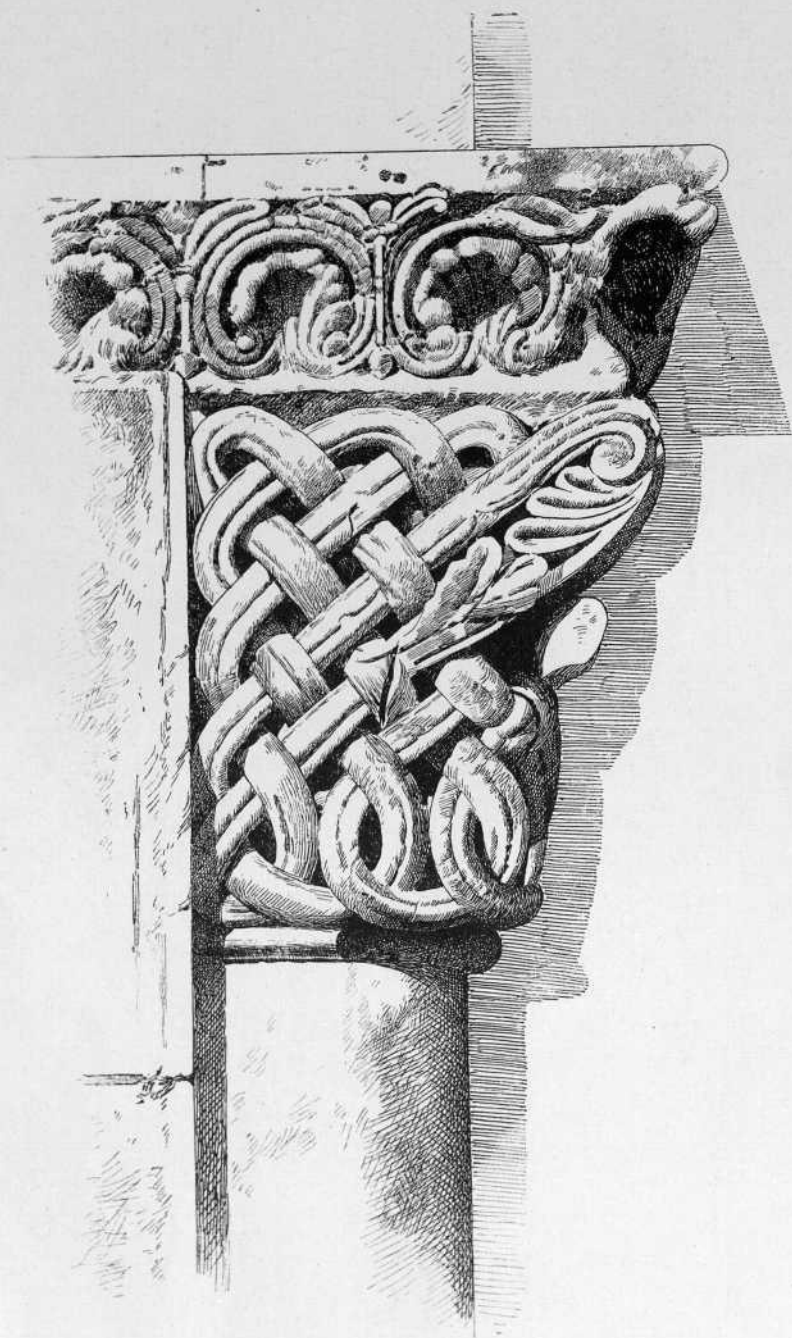
En cambio el dibujo número 3 ofrece una graciosa reproducción del arte clásico. Es un capitel corintio con sus tres órdenes de hojas de acanto, sus volutas y rosas. El escultor medioeval conservaba bien en la memoria el capitel griego, pero modificó su obra dándole carácter románico en muchos detalles, como aquellos otros artistas que andando los siglos habían de reproducir las escenas bíblicas del Nuevo Testamento, vistiendo á los Reyes Magos con gorguera rizada, ropilla de grana, sombrero chambergo y botas de ante calzadas con espuelas de oro.

Para completar la idea que puede formarse de la rica colección de capiteles en que tanto abunda el Castillo de Loarre, hemos hecho figurar en la información gráfica el dibujo número 59, que reproduce un capitel influido por la corriente artística que nació en la España Mahometana.

El espíritu investigador y analítico de nuestros días no se conforma con estudiar los estilos del arte de construir, considerándole agrupado en varias divisiones de escuelas, sino que, profundizando la materia objeto de su exámen, ha inquirido los orígenes y las influencias de otras civilizaciones que contribuyeron á formarle.



NÚM. 8. CASTILLO DE LOARRE *ff*
CAPITEL DEL ÁBSIDE DE LA IGLESIA



NÚM. 9. CASTILLO DE LOARRE
CAPITEL DEL ÁBSIDE DE LA IGLESIA



NÚM. 10. CASTILLO DE LOARRE *H*
CAPITEL DEL ÁBSIDE DE LA CAPILLA

De este modo fija hoy matices distintos, divide y subdivide tendencias y escuelas y crea clasificaciones nuevas determinando las arquitecturas intermedias. En tal sentido señaló recientemente la mezcla del arte cristiano y árabe con el nombre de mudéjar. Por rendir culto á esos estudios y como muestra de las diversas manifestaciones que existen en Loarre de la influencia árabe, reproducimos el capitel de que hablamos, que no es por cierto el más característico de los que allí se admiran, contribuyendo con los magníficos ajimeces y diversos arcos de herradura ó reentrantes, en que tanto abunda el monumento, á demostrar que no fueron ajenos á su construcción los alarifes árabes ó moros cautivos ó conversos, lo cual nada tiene de extraño, pues á fines del siglo XI, en la época en que se construía el castillo de Loarre, se acuñaba moneda con inscripciones árabes y latinas y se fabricaban joyas, armas, muebles y objetos del culto, mezclándose el arte de los invasores con el arte cristiano del pueblo invadido.

El magnífico ábside semicircular mira á Poniente, faltando en este detalle á la tradición piadosa que se observa en otras iglesias de este período, para que los fieles arrodillados ante el altar pudieran dirigir su mirada hacia Oriente, hacia la región del mundo de donde vino la luz evangélica y la redención cristiana. El extraño emplazamiento del Castillo sobre las puntiagudas rocas con las cuales se compenetra, obligó sin duda al arquitecto á variar la dirección del ábside, colocándole en sentido contrario al que la tradición tenía admitido para estos casos.

La iglesia se consagró al culto del Salvador y del apóstol San Pedro, advocación muy generalizada en aquellos lejanos tiempos, y se consideró de tanta importancia que fué erigida en Capilla Real, estableciéndose una comunidad de canónigos regulares cuyo Preósito se llamó Simeón (1). Estos canónigos eran agustinos; pues según dice D. Vicente Lafuente, D. Sancho Ramirez, en sus conatos de engrandecer las iglesias de su pequeña monarquía y en su afición á las instituciones monásticas, procuró también desde mediados del siglo XI introducir la *canónica* agustiniana en las iglesias de Pamplona, Jaca y Roda y en sus reales capillas de Loarre, Alquezar y Montearagón. (2)

Poco después aparece unido el nombre de esta fundación al del

(1) Alejandro II, á instancias del Rey, fundó este monasterio en el Castillo de Loarre con intervención de Hugo Cándido, Cardenal y legado de la Iglesia Romana, y del Abad de San Juan de la Peña, fechando la bula de recepción en 18 de Octubre de 1071 (F. R. de Huesca, obr. citada).

(2) Historia Eclesiástica de España; 2.^a edición, tomo III, pág. 328.

Monasterio de Janlo con todas sus pertenencias, según consta en una escritura otorgada por Sancho, Abad de Alquezar, y Jimeno, Abad de Janlo, en 27 de Junio de 1074, hasta que más adelante fué Loarre unido al Monasterio de Montearagón.

No terminaremos estas noticias de la iglesia del Castillo, sin indicar que el Padre Huesca afirmó que en ella estuvo depositado el cuerpo de San Demetrio, cuya versión aceptó José María Cuadrado. No nos parece verosímil esta afirmación, pues á principios del siglo XIII el cuerpo de dicho santo estaba en Tesalónica, cuyo sepulcro era muy visitado por los fieles de aquella región. Ninguna iglesia de Oriente ni mucho menos de Occidente, ha pretendido hacer creer que tuviese el cuerpo del santo mártir, pues si la ciudad de Pola, en Istria, y el Monasterio Benedictino Sigebergense afirmaron poseer el cuerpo de San Demetrio, entendían por *cuerpo* reliquias notables que guardaban con veneración. En el siglo XVI, Tesalónica aún poseía el cuerpo de dicho mártir. (1)

V.

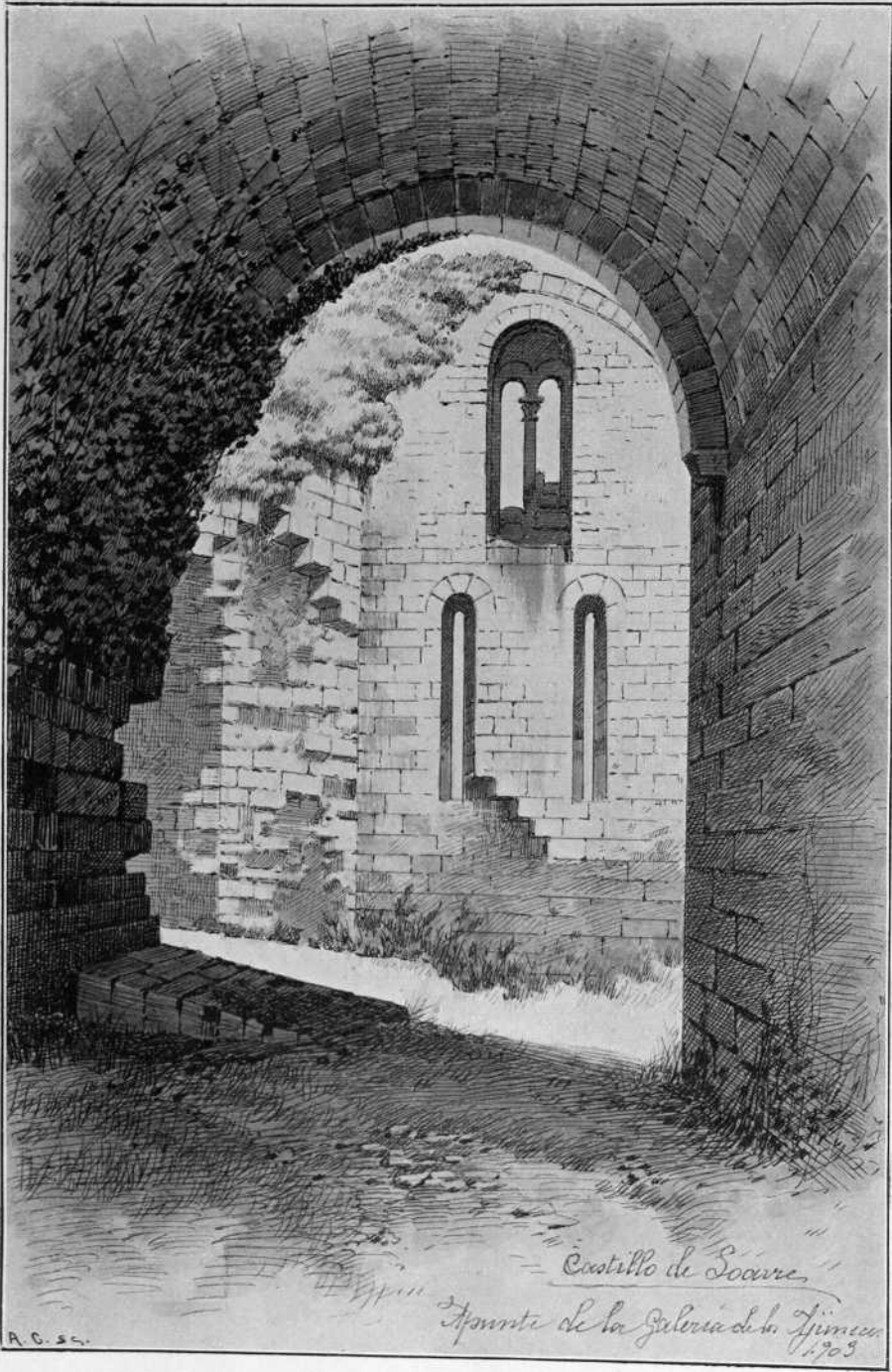
EL CASTILLO.—LA TORRE DEL HOMENAJE.—LOS SIGNOS LAPIDARIOS.

—LOS SUBTERRÁNEOS.

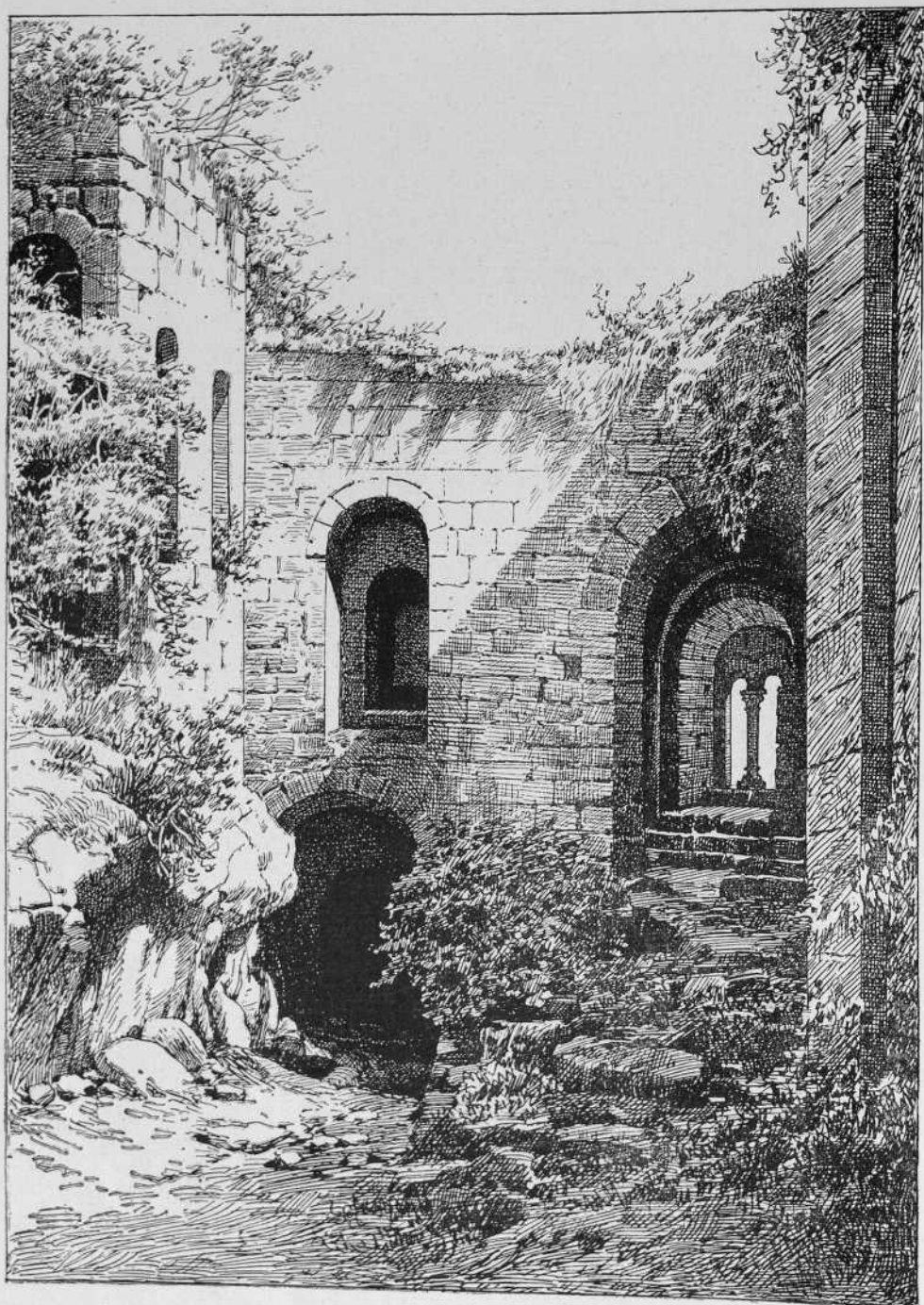
Saliendo de la capilla que acabamos de describir y bajando los nueve peldaños que la separan del primer rellano de la escalera principal, una rampa tortuosa abierta á pico en la roca y enlazada con la obra de fábrica por hermosas bóvedas de cañón, conduce á una estancia sin techumbre, donde la hiedra, la madreselva, los espinos silvestres y toda clase de plantas amantes de la soledad, crecen á sus anchas é invaden las paredes, cubriendo los resaltos de las molduras, las jambas de los arcos de medio punto y decorando algun bello ajimez con guirnaldas colgantes de hojas frescas y picudas de pintoresco efecto. Muy cerca y bajo la bóveda que cobija una ventana, cierto viajero artista pintó al óleo, sobre el mismo muro, el retrato del Conde de Rivagorza, D. Luis de la Cerda, en 27 de Agosto de 1.888, según reza la inscripción puesta al pie.

De allí en adelante se suceden sin interrupción oscuros pasadizos, escaleras ruinosas é incompletas, que descienden á lóbregas galerías ó se elevan á gran altura sin aparente objeto; terraplenes

(1) Tratan largamente los Bolandistas de esta cuestión, en la obra titulada «Acta sanctorum», Tomo 52, pág. 73 á la 87.



NÚM. 11. CASTILLO DE LOARRE
GALERÍA DE LOS AJIMECES



NÚM. 12. CASTILLO DE LOARRE 卐 卐 卐 卐
RAMPA DE SUBIDA AL JARDÍN DE LA REINA

obstruidos por la maleza, columnas que se sostienen en pié por un milagro de equilibrio, bóvedas rotas y arcos que unen entre sí torreones inmensos aspillados, algunos cubiertos casi totalmente por la hiedra trepadora.

En un departamento del recinto mas alto, en el piso superior de la fortaleza, un aljibe surte de agua fresca á los visitantes de las ruinas, como surtió en otros tiempos á los moradores del Castillo, y dominando todas estas construcciones la torre cuadrada del Homenaje, fuerte, robusta, colosal; mole inmensa cuya tosca construcción revela su remota antigüedad, que forma contraste con la obra románica de sillares pequeños labrados generalmente con esmero y cuidado.

Ya hemos dicho que siguiendo la rampa puesta á la entrada de la iglesia, el viajero se encuentra dentro de una galería tortuosa cerrada á bastante altura por una bóveda de sillería que se apoya en la roca misma, galería que parece un subterráneo alumbrado débilmente por alguna altísima y estrecha ventana de forma aspillada. En el fondo de este lóbrego camino que sube en rampa bien pronunciada y comunica con patios y escampados por medio de dos hermosos arcos de medio punto, se encuentran algunas escaleras que dan salida á otro anchuroso espacio rodeado de murallas y torres defensivas.

En medio de todas estas construcciones descuella aerea la torre del Homenaje, alta, robusta, imponente, coronada de almenas medio destruidas hoy y emplazada con tan raro acierto, que desde su altísimo adarbe se domina todo el conjunto de la fortaleza, el recinto exterior, los patios y dependencias interiores, la capilla, los bastiones y baluartes, la muralla del circuito del castillo y todas las entradas.

Supeditado el plan de este monumento á evitar toda sorpresa y dificultar el asalto, era necesario para llegar hasta la base de aquella gigantesca torre, forzar las puertas del primer recinto, burlar la vigilancia y evitar los fuegos de la torre del vigía, trasponer la entrada principal del castillo, su obscura escalera trazada estratégicamente y desde cuyo primer descanso se cruzaban los fuegos á derecha é izquierda por la galería de que hemos hablado y por el átrio de la iglesia. Pero si el enemigo lograba vencer tanta série de obstáculos, aún no podía cantar victoria, pues le esperaba el peligroso camino subterráneo de rapidísima pendiente que se acentúa más y más conforme se sube hasta la última planicie, que dá salida á los patios enseñoreados por la Torre del Homenaje. Entonces los invasores tenfan que habérselas con una nueva plaza fuerte erizada de almenas por todos lados y cerrada por el fondo con espesas murallas y bas-

tiones que era preciso rendir empleando para acercarse las *galas y mantas*, bajo cuyo amparo podían hacinar combustibles junto á la puerta y hacerles arder con las flechas de fuego.

La planta de la torre referida mide ocho metros y ochenta centímetros por su lado de fachada y seis por los costados, teniendo los muros un espesor de cerca de dos metros y una altura de veintidos.

Tiene tres pisos y aún conserva restos de escaleras interiores. Un gran arco, que á manera de gigantesco botarel une el Homenaje con las construcciones inmediatas, oculta un camino de comunicación por el cual los sitiados podían huir ó replegarse en el último recinto del Alcázar, y, según la tradición afirma, por este camino cubierto se descendía á un subterráneo que daba salida al campo.

No pudimos comprobar esta particularidad por impedirlo el hacinamiento de los escombros, pero toda la campa que rodea esta parte del Castillo se halla horadada y por diversos puntos puede descenderse, no sin grave riesgo, á los oscuros subterráneos y galerías interminables que en todas direcciones minan el terreno. En las construcciones de la edad media era frecuente este sistema, y aún recordamos que al visitar las leoneras del soberbio Castillo Real de Olite, nos aseguraban que estaba unido con el Castillo de Tafalla, distante una legua, por medio de una mina ó corredor á la manera del que dice Homero que unía el palacio de Priamo con el de Hector.

En Alcalá de Guadaira son notables los tres silos del Castillo, inexplorados aún, que algunos suponen que descendían hasta el río, salvando por este misterioso camino el inmenso desnivel de la montaña en que se asienta aquella fortaleza. Son también dignas de estudio las galerías tenebrosas del Castillo de Medina del Campo y las del bellissimo Alcázar de Coca, de la provincia de Segovia. Conocido es el dramático episodio de la fuga de D. Pedro de Luna, el Antipapa Benedicto XIII, que huyó de su fortaleza de Avignon perseguido por las tropas del rey Carlos V de Francia, desapareciendo por un camino subterráneo que le condujo al Ródano, logrando luego ganar el territorio de España, y encerrarse en su castillo de Peñíscola, desde cuyas altas plataformas todos los días bendecía al mundo y excomulgaba á sus enemigos con aquella fiera entereza y enérgico carácter de que dió tan grande y terrible ejemplo.

Los subterráneos de Loarre son imponentes, labrados con el mismo primoroso esmero que la parte exterior, con magníficas bóvedas y bellissimo arcos, extendiéndose estas minas en un grande espacio de terreno y con diversas salidas al descubierto que traen á la memoria aquellas palabras de Víctor Hugo: «En la edad media, cuando un edificio estaba completo, tenía la mitad fuera y la mitad

dentro de la tierra. Aquellas poderosas construcciones no tenían solo cimientos, sinó raíces que iban ramificándose en el suelo, formando estancias, galerías, escaleras, como la construcción superior, de modo que á las iglesias, palacios y fortalezas les llegaba la tierra hasta la cintura. Los sótanos de un edificio eran otro edificio, al cual se bajaba en vez de subir y que aplicaba sus piezas subterráneas á la mole de los pisos exteriores del monumento, como aquellos bosques y aquellas montañas, que se reflejan, boca abajo, en las aguas transparentes de un lago, debajo de los bosques y las montañas de la orilla.»

En la torre del Homenaje vigilaba día y noche un centinela cuya misión se reducía á dar la voz de alarma cuando divisaba gente de Guerra, á tocar la bocina á la hora de salida y puesta del sol, anunciando también la del medio día y la llegada de visitantes y el momento oportuno de dar comienzo á los servicios exteriores de la fortaleza. Solía elegirse para el desempeño de estas funciones á una persona de confianza, á la cual se atendía y consideraba, pues el *goaitar* era una misión de gran importancia y de la cual dependía la seguridad de los moradores de un Castillo. (1)

Detrás de esta torre principal se alza otra que domina el emplazamiento del aljibe situado en el Jardín de la Reina, convertido en prado y que en su tiempo serviría de patio de armas para instruir á la guarnición.

Separado este recinto de las dependencias más importantes del Castillo y colocado á espaldas de la Torre del Homenaje, tuvieron buen cuidado los constructores de emplazar una Torre defensiva frente al citado aljibe, cuyo importante servicio era necesario vigilar día y noche.

Por una muralla que ha desaparecido y cuyos cimientos se conservan todavía, quedaba separado este recinto de otro inmediato en donde se hallaban las habitaciones de los Reyes.

Nada queda de ellas á no ser algunas pilastras que debieron sostener la bóveda; pero en el fondo aún puede admirarse una hermosa ventana, que alcanza las proporciones de la portada de un templo, abierta en el grueso del muro y sostenida por cuatro soberbios arcos en disminución, festoneados graciosamente por las plantas trepadoras

(1) «La palabra *Goaitar*, que era sinónima de vigilar, y que evidentemente se deriva de la voz francesa *guetter*, se usaba en Navarra en esta época. Solía darse en Francia el nombre de *gaitte* á la persona que desde lo alto de la torre vigilaba, y aún á la torre misma. Creemos que este nombre se aplicó también al instrumento que tocaba, conservándose entre nosotros el nombre de *gaitar*.—D. Juan Iturralde y Suit.—Memoria del Palacio Real de Olite.—Pamplona.—1870.—»

que nacen á su lado profusamente como si quisieran ocultar con el encanto y perfume de sus flores y los matices de sus verdes hojas, los destrozos que el tiempo ha causado en este bellissimo detalle arquitectónico, que reproduce mi dibujo número 13.

*
* *

Como dato curioso del que hoy no puede prescindirse al estudiar un monumento de la Edad Media, daremos á conocer algunos signos lapidarios que hemos encontrado en el Castillo, debiendo advertir que solo tomaremos nota de los hallados en las construcciones militares de Loarre, haciendo caso omiso de los que se encuentran en la capilla y su cripta.

Grande y extraordinaria importancia han dado algunos escritores á esos signos misteriosos y extraños que aparecen en los sillares de los monumentos antiguos, considerándolos en conjunto, según afirma D. Felipe Benicio Navarro, «como un sistema del más abstracto esoterismo, que apareció en los albores de la humanidad histórica y perdura sin intervalo hasta el siglo XVI, se rompe de repente y desaparece en absoluto, sin dejar el menor rastro, al fenecer el sistema ojival» (1) Para este distinguido escritor, los signos lapidarios son todo un lenguaje desconocido, un *ideograma* misterioso que oculta fórmulas de exorcismo, sentencias de la antigua sabiduría y magia caldea como resumen de un conjuro con las potencias enemigas y suprasensibles de la naturaleza. Hace observar que se hallan estos signos en las basas y primeras hiladas de los pilares ó machones, en la parte baja de los paramentos, deduciendo de esta particularidad la prueba de su teoría.

Otros autores, sin remontar tanto la fantasía, sostienen que tales signos son marcas ó señales de los obreros con significación propia aún no bien definida, pero que con el estudio comparativo de los hallados en distintos edificios, tanto civiles como militares, tal vez se puedan llenar algunas lagunas que existen para reconstruir la fecha de muchos monumentos del periodo vulgarmente llamado gótico (2).

De parecido modo opina también D. Gregorio Cruzada Villamil, (3) asegurando que no eran signos para la colocación de los sillares en la obra, pues así lo demuestra la manera irregular en que aparecen distribuidos, lo diseminados que se hallan y la carencia de

(1) Conferencia leída en la Sociedad Española de Excursionistas, la noche del 7 de Febrero de 1899.

(2) E. de Mariategui. «El Arte en España.» T. de 1863.

(3) «El Arte en España.» Tomo de 1863, pág. 213 y siguientes.



NÚM. 13. CASTILLO DE LOARRE
MIRADOR DE LA REINA ❧ ❧ ❧ ❧

señales correlativas que se nota en grandes extensiones. Añade que para los signos de aparejo se empleaban *puntos ó ceros*, aumentando los necesarios para indicar el lado ó altura de su colocación. Algunos escritores extranjeros, como el caballero Hudeloff y M. Klotz, creen ver en este extraño lenguaje de signos las fechas de las reuniones tenidas por las corporaciones masónicas de obreros y también los escudos y monogramas de los arquitectos alemanes de cierto periodo.

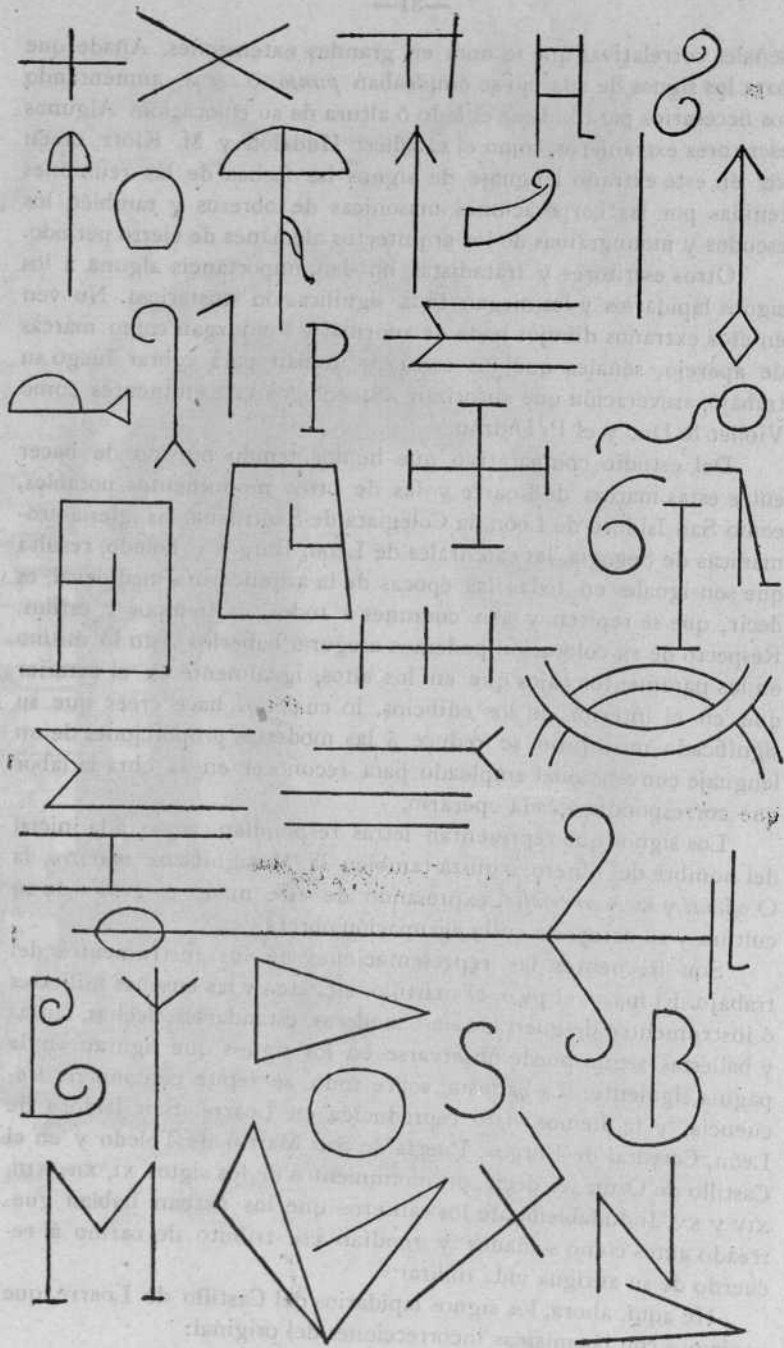
Otros escritores y tratadistas no dan importancia alguna á los signos lapidarios y les niegan toda significación misteriosa. No ven en esos extraños dibujos nada de anormal y los juzgan como marcas de aparejo, señales que los canteros usaban para cobrar luego su trabajo, aseveración que autorizan arqueólogos tan eminentes como Viollet le Duc y el P. Didrón.

Del estudio comparativo que hemos tenido ocasión de hacer entre estas marcas de Loarre y las de otros monumentos notables, como San Isidoro de León, la Colegiata de Santillana, las iglesias románicas de Segovia, las catedrales de León, Burgos y Toledo, resulta que son iguales en todas las épocas de la arquitectura medioeval, es decir, que se repiten y son comunes á todos los tiempos y estilos. Respecto de su colocación podemos asegurar haberlos visto lo mismo en los paramentos bajos que en los altos, igualmente en el exterior que en el interior de los edificios, lo cual nos hace creer que su significado misterioso se reduce á las modestas proporciones de un lenguaje convencional empleado para reconocer en la obra la labor que correspondía á cada operario.

Los signos que representan letras respondían, acaso, á la inicial del nombre del obrero, ó quizá también la M significase *maestro*, la O *oficial* y la A *aprendiz*, expresando de este modo el *grado* de su cultura y su categoría en la agrupación obrera.

Son frecuentes las representaciones de los instrumentos del trabajo. El mazo, el pico, el martillo, etc. etc., y las enseñas militares ó instrumentos de guerra, como banderas, estandartes, flechas, lanzas y ballestas, según puede observarse en los signos que figuran en la página siguiente. La ballesta, sobre todo, se repite con mucha frecuencia, y la hemos visto reproducida en Loarre, San Isidoro de León, Catedral de Burgos, Puerta de San Martín de Toledo y en el Castillo de Osma, es decir, en monumentos de los siglos XI, XII, XIII, XIV y XV. Indudablemente los canteros que los usaban habían guerdado antes como soldados y rendían ese tributo de cariño al recuerdo de su antigua vida militar.

Hé aquí, ahora, los signos lapidarios del Castillo de Loarre, que copiamos con las mismas incorrecciones del original:



Como puede verse por los signos lapidarios que quedan reproducidos, ninguna novedad particular ofrecen si les comparamos con los que abundan en otros monumentos análogos.

Solo una de las marcas, que se distingue entre todas por su mayor tamaño, resulta bastante original y extraña, recordando vagamente por la forma de sus trazos los hierros decorativos que adornaban los batientes de las puertas de lujo de los antiguos palacios y fortalezas.

Por lo demás, casi todos ellos se hallan repetidos profusamente en las construcciones románicas y ojivales y siempre se forman con los mismos elementos de líneas variadas, figuras geométricas sencillas, arcos de círculo, ángulos de todas clases, cruces griegas y latinas, triángulos agrupados y su resultante forzosa de la estrella de seis puntas, en cuya marca han visto muchos arqueólogos el *sello de Salomón*, el *hexapla hexgono*, conocido por el *macrocosmos*, emblema del Universo.

Por no alargar esta digresión, acaso demasiado enojosa, no hablamos de los que creen ver en los signos lapídeos las contraseñas y firmas de las Corporaciones obreras que de padres á hijos se transmitían los procedimientos y secretos del arte que cultivaban para evitar competencias y distinguirse entre sí las diversas escuelas de construcción; pero está ya demostrado que los signos son comunes á todos los gremios y á todas las escuelas y las marcas iguales ó parecidas, lo mismo en el Norte que en el Sur de España.

Omitimos también por igual motivo el consignar otra observación muy interesante y curiosa recogida por el sabio profesor de la Escuela de Arquitectura D. Vicente Lampérez y Romea, infatigable y erudito investigador de nuestros tesoros artísticos, de la cual se deduce que conforme aumenta la cultura y el progreso en España, ya en los últimos periodos del arte ojival, se nota la tendencia á los signos combinados, á las letras unidas, á los anagramas y cifras que revelan algo semejante á una verdadera escritura.

VI.

FISONOMÍA MORAL DE LA FORTALEZA DE LOARRE. — LA TRADICIÓN
Y LA HISTORIA.—LA ABADESA LUNA Y LOS URREAS.

La arquitectura impresiona y conmueve cuando sabe reunir ciertas y determinadas condiciones: proporción, armonía, bellezas de arte y ejecución; pero la arquitectura, sin los recuerdos de la historia, es como un cuerpo sin alma. La religión, las tradiciones, las costumbres y las leyes se reflejan bien claramente en los monumentos antiguos. Nada más expresivo que el estilo arquitectónico de un edificio para comprender el carácter de la época á que pertenece.

El Castillo de Loarre habla á la imaginación con elocuente voz de aquel periodo de luchas y combates diarios, en que era preciso vivir con las armas en la mano, vigilando siempre ante el temor de una acometida inesperada del común enemigo, prontos todos á repeler la invasión agarena, cuyo empuje habían logrado contener los cristianos al amparo de las montañas primeramente y á merced después de las fortalezas, que fueron levantando poco á poco para asegurar la reconquista de las tierras tomadas á los árabes invasores.

Revela, además, aquellos sentimientos cristianos, aquella ardorosa fé que mantuvo siempre firme, á despecho de contrariedades y derrotas, la idea de la reconstitución de la patria desmembrada, el pensamiento santo de la independencía. Por este motivo junto á las fuertes murallas donde el guerrero se defiende y donde prepara todo su arsenal de combate para herir y aniquilar al enemigo, se levanta majestuoso el templo del Señor destinado á la oración y al recogimiento y en cuyas naves el monje eleva sus preces al Cielo para el logro de la victoria apetecida, sin perjuicio muchas veces de arrojar la cogulla, embrazar el escudo y manejar la espada si el sarraceno llega al umbral de la ferrada puerta del santuario ó se deja ver por la estrecha ventana que da luz á la nave y sirve á la vez de aspillera defensiva.

La fortaleza de Loarre trae á la memoria el origen de este famoso reino de Aragón, pequeño y reducido en un principio á los límites, también pequeños, que baña el humilde río que le dió nombre, pero que ensanchándose después avanza de conquista en conquista, de victoria en victoria, extendiéndose por la península, invadiendo sus comarcas y trasponiendo al fin sus fronteras hasta



A. G. S. C.

NÚM. 14. CASTILLO DE LOARRE
DETALLE DE UN AJIMEZ *****

llegar en heroica y valiente carrera á imponer el nombre de Aragón más allá de los mares, en tierras extrañas que domina y somete á su poderío.

Estas ruinas sobre cuyos viejos muros escribo, sentado en la historiada basa de una columna que yace hundida en el polvo de ocho siglos, fueron en otro tiempo uno de los primeros jalones de la famosa Corona de Aragón, que había de abarcar las tres actuales provincias que forman este reino, las cuatro del principado Catalán, las de Valencia y Castellón y parte de Murcia; las islas Baleares, los Condados de Rosellón y Conflent, los Ducados de Atenas y Neopatria y los reinos de Nápoles y Sicilia, pues en todo el camino de la bella Italia fuimos sembrando las *barras aragoneñas*, como piezas heráldicas queregonaban nuestros triunfos.

Sancho Ramírez, el rey batallador y fervoroso cristiano, debió tener presente al fundar en 1.065 el Castillo de Loarre, aquella máxima evangélica, aquellas palabras del sermón de la montaña en elogio del hombre cuerdo que fundó su casa sobre la roca: ... «*Y cayeron las nubes, y los rios salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra la tal casa, más no fué destruida porque estaba fundada sobre piedra.*» (1).

Y en efecto, sobre la agrupación granítica que la naturaleza le ofrecía, edificó su morada, y á la voz del Rey valeroso é incansable, la piedra se redondeó en torres, los huecos se convirtieron en salas y poternas, en corredores y pasadizos, fosos y cubos, y en la peña misma quedó construído lo que había de ser bello alcázar señorial y castillo roquero, que apareció ante los asombrados ojos de los moradores de la villa como un sueño de hadas realizado.

Nuestro dibujo núm. 15 representa la vista de la puerta de la Capilla y puede observarse la fusión, el engrane de la obra del artífice con la obra de la naturaleza: Arcos y escaleras de sillería por un lado, muros de roca viva por otro, resaltos del terreno que el artista aprovechó para apoyar una columna ó voltear una bóveda, peldaños de roca alternando con otros de piedra labrada en grandes sillares, ofreciendo extraño pero bello conjunto la unión de los primores del cincel que el artista supo grabar sobre el muro, con los encantos inimitables de la naturaleza, aportando ambos como si fueran géneos rivales, sus admirables tracerías, sus bellezas de contorno y sus atrevidos accidentes, para formar el singular conjunto de esta bella y original fortaleza. Al pie de esa misma capilla existe una escalera que conduce al coro, labrada sobre la peña abrupta, luciendo al descubierto

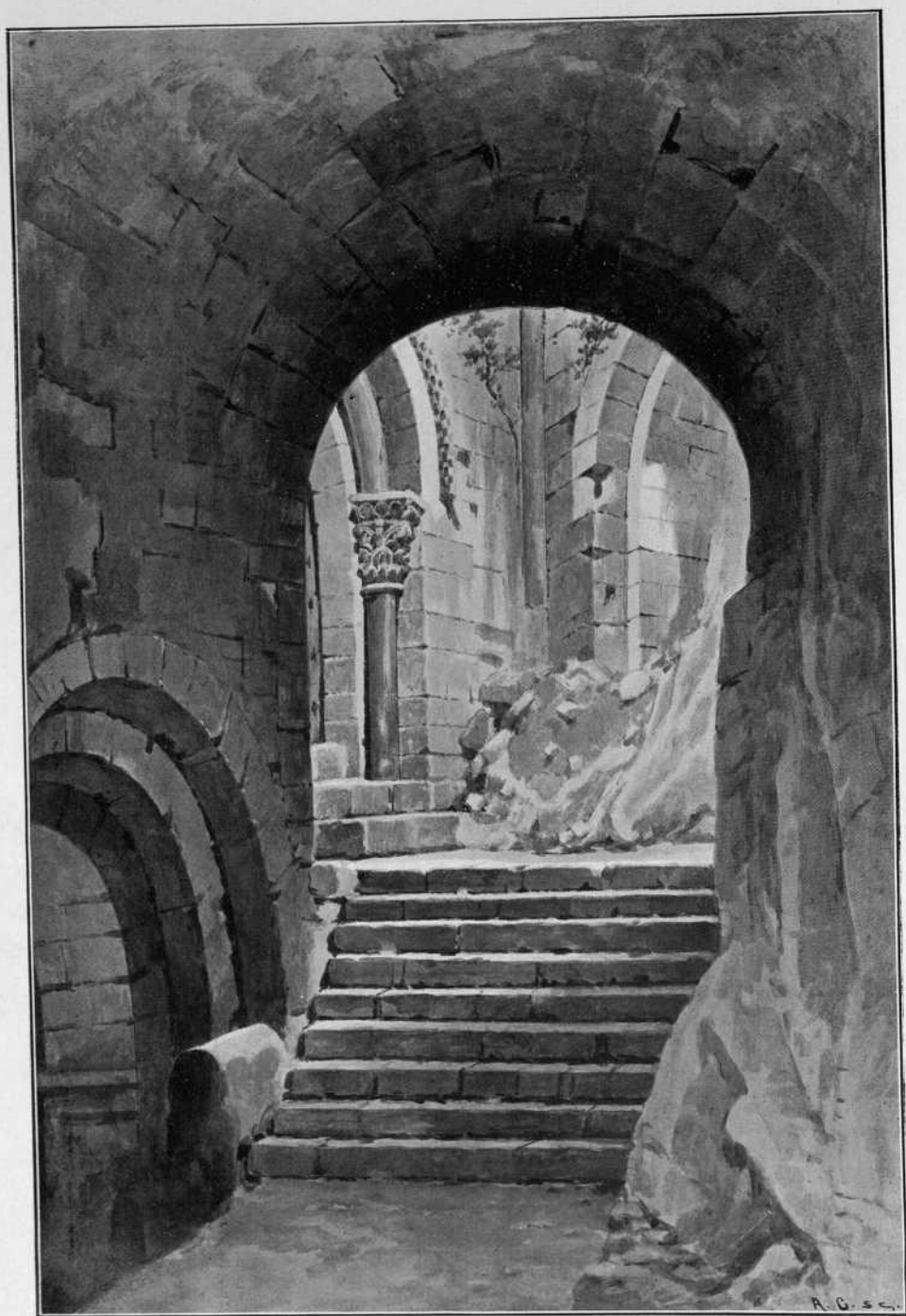
(1) San Mateo: Cap. VII versículo 24 y 25.

las asperezas de la roca y el aspecto rudo del interior de la montaña, como si fuera la bóveda de una caverna ó la pared ciclópea de un dolmen celta.

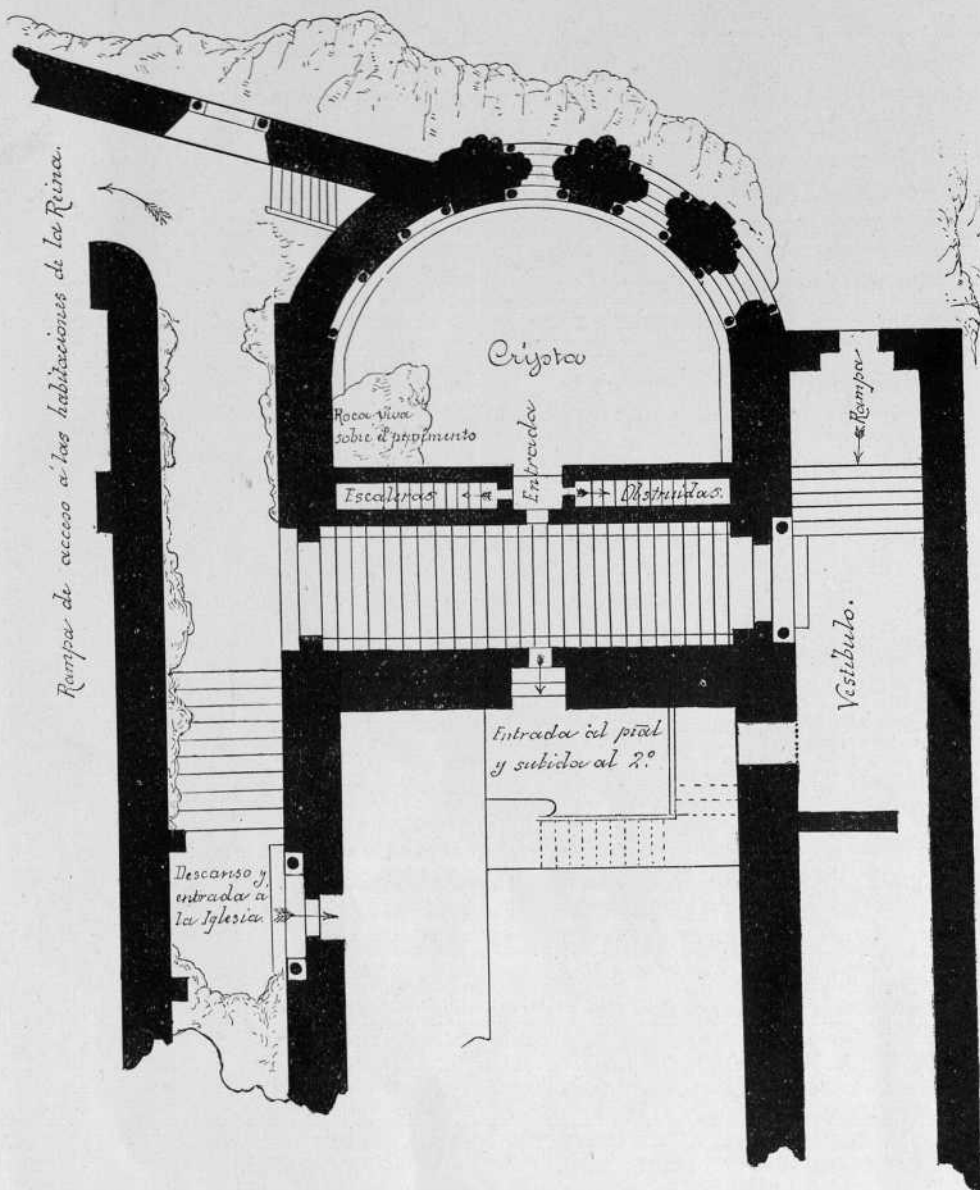
En el piso bajo del Castillo y en el centro de la escalera, hay otra capilla de planta semicircular, que es una verdadera cripta de la iglesia alta. En torno de sus redondas paredes, se abren cinco ventanas, de las cuales solo una da paso á la luz que penetra en la estancia á través de una estrecha aspillera. Todas ellas tienen pequeñas columnillas con bellos capiteles que soportan un arco de medio punto, enlazándose por una imposta corrida, tallada en ajedrez, y otra algo más elevada con el mismo dibujo de jaqueles. Esta cripta trae á la memoria la antigua *Cella memoriae* donde los primeros cristianos guardaban las reliquias de los santos mártires. Esta curiosa capilla asentada también como todo el edificio sobre la roca, deja ver la peña viva que avanza con salvaje osadía hasta un tercio del pavimento, como si la garra de un monstruo taladrara la pared circular de la cripta, ofreciendo extraño contraste la labor fina de columnas, baquetones y bóvedas con las sinuosidades de aquella áspera é informe masa de granito que rompe la armonía geométrica de la estancia.

El Castillo de Loarre se fundó como el de Marcuello y Alquezar, para asegurar la toma de Huesca y prevenir los peligros constantes de los moros, como asegura Esteban Garibay y Zurita, si bien muchos años antes de la rendición de aquella plaza, según hemos demostrado en su lugar; pero andando los tiempos y cuando los árabes se refugiaron al medio día quedando para siempre libre de invasores la tierra de Aragón, fué refugio y asilo de uno de los poderosos bandos políticos en que se dividió el país y último baluarte de aquella lucha feroz, intransigente, cruelísima, que alzando el pendón de guerra contra el infante D. Fernando de Castilla á nombre del Conde de Urgel, le disputó la corona de este reino, sembrando el terror por todas partes.

Tropas mercenarias y extranjeras, compuestas en su mayor parte de ingleses y gascones, invadieron el suelo de esta comarca, ya de antiguo perturbada por las rivalidades de Lunas y Urreas, entregándola al pillaje y á los horrores del más cruel vandalismo. Es sabido que aquella titánica lucha terminó á favor del infante don Fernando en el famoso sitio de Balaguer, donde por primera vez funcionó organizada militarmente la artillería española, que arrojaba sobre la plaza balas de hierro y metal que pesaban 22 arrobas y causaban enormes destrozos, pues los proyectiles atravesaban el adarve de uno á otro lado, é incendiaban las casas de la población imposibilitando toda resistencia. El asedio duró tres meses, cosa bien



NÚM. 15. CASTILLO DE LOARRE *ff*
PUERTA DE ENTRADA DE LA CAPILLA



ESCALA 1 : 400

CASTILLO DE LOARRE *∑ ∑ ∑ ∑ ∑*
 PLANO DE LA CRIPTA Y ESCALERA

extraña en aquella época en la que era frecuente que el sitio de una plaza fuerte se prolongara años enteros. (1)

Un caudillo del Conde de Urgel logró escapar de aquél desastre, D. Antonio de Luna, Señor del Castillo de Loarre, el más tenaz, el más intrépido, el más feroz también, y acaso, el que con sus desmanes contribuyó al desprestigio de su causa y aceleró la ruina del Conde. En aquellas horas de angustia, perseguido por todas partes, se encerró en Loarre, dispuesto á vender cara su vida cuando el ejército de don Fernando se presentara á combatirle. La expugnación del Castillo de Loarre fué decretada por el nuevo Rey de Aragón, que se mostró duro é inflexible con los vencidos de Balaguer, y si el Conde de Urgel, su rival, alcanzó el perdón de la vida por la intercesión de su esposa la Condesa, no pensaba ser generoso con Antonio de Luna, el execrable asesino del Arzobispo de Zaragoza D. García de Heredia, á quien sorprendió en una emboscada y dió muerte, mutilando luego su cadáver, por el único delito de ser partidario decidido del infante de Castilla.

De la historia se deduce que el Castillo de Loarre, última fortaleza de los rebeldes en aquella lucha intestina á que dió lugar el Compromiso de Caspe, se rindió sin combatir al llegar las tropas reales, previo un pacto honroso para sitiados y sitiadores. Algunos afirman que la resistencia se hizo débilmente, pero el pueblo que fué siempre gran novelador, cuya fantasía embellece las tradiciones con los primores del arte y los encantos de la poesía, asegura que la lucha fué sangrienta y tenaz, que Antonio de Luna con su natural fiereza y su arrojo probado mil veces, dirigía la defensa del Castillo vigilando día y noche á sus ballesteros, previniéndolo todo, multiplicando sus órdenes, manejando personalmente las máquinas de guerra, imponiéndose á los débiles y sosteniendo á los fuertes. Cuenta también ese mismo pueblo, poeta guardador de consejas y tradiciones, que el valor de los defensores llegó al heroísmo y que la sangre se derramó en tal abundancia, *que por la escalera monumental del Castillo corría*

(1) D. Fernando tenía una bombardas de cobre que tiraba pelotas de cuatro quintales, otra de metal fundida en Lérida por Alonso de Pauda y Pedro Colomer que calzaba pelotas de 22 arrobas, otra de hierro y un trabuco; diversas bombardas construídas en el mismo campo por el moro Alfarax Darhin; piezas de menor calibre como *riboquines* y *falconetes* y una *Cabrita* que arrojaba piedras de treinta y dos arrobas de peso. Los sitiados contaban con seis ó siete bombardas gruesas que tiraban balas de piedra de cinco quintales y unas treinta más pequeñas para pelotas del tamaño de una naranja. Así lo asegura el testigo D. Galcerán de Tarba en el proceso formado al último Conde de Urgel (D. José Arantegui y Sanz, =Apuntes históricos sobre la artillería española de los siglos XIV y XV).

en arroyos humeantes enrojeciendo los sillares, corroyendo las piedras y dejando marcada la huella de su paso de una manera indeleble.

De este modo explica la tradición las señales que á la entrada del Castillo se observan todavía en los peldaños desgastados de la escalera y de cuyas señales ó huellas hemos hablado en otro lugar. Por lo demás, es bien sabido que el terrible enemigo de los Urreas, más prudente que el Conde de Urgel, huyó sigilosamente de la fortaleza abandonándola, y trasponiendo luego la altura de Puchilibro que domina toda la cordillera de la sierra, buscó refugio en tierra extranjera, donde murió olvidado y proscrito según algunos autores.

Dejó, sin embargo, digno sucesor de su audacia, temeridad y entereza, en su hermana D.^a Violante, abadesa de Trarsovares, á la cual encomendó la defensa del Castillo de Loarre mientras él reclutaba gentes y sostenía con sus guerrillas la causa de Urgel. Veamos lo que dice la historia:

La terrible lucha sostenida por el incansable caudillo á favor del Conde de Urgel, había llegado á su periodo más álguido, cuando este último, desoyendo los consejos de la prudencia, se dejó cercar en Balaguer. Derrotadas las tropas inglesas que marchaban á unirse con las fuerzas sitiadas, D. Antonio de Luna se refugió en Loarre, cuyo castillo mandó cercar el Rey, encomendando la empresa á D. Pedro de Urrea, el antiguo enemigo de los Lúnas. Ya hemos visto como supo burlar aquél espíritu inquieto el asedio de la fortaleza. Quedaban dos puntos importantes que combatir, la plaza de Balaguer, que desde el mes de Agosto de aquél año (1413) resistía heroicamente el sitio, y la fortaleza de Loarre, que desde Mayo anterior estaba ya cercada con grandé empeño.

«El mismo Rey trazó la disposición del sitio», dice Gimenez Soler, á quien seguimos en este punto, (1) y destacó de sus tropas trescientos hombres para enviárseles á D. Pedro; más todo se estrelló ante la terquedad de la abadesa, que hasta el mes de Octubre no consintió escuchar los tratos que le proponía el enemigo de su familia.»

Tomada la plaza de Balaguer el día primero de Noviembre de aquél año y sometido el Conde de Urgel con todas sus gentes, resistía todavía el inexpugnable Castillo de Loarre, pues su intrépida defensora, D.^a Violante, redactó tales condiciones para rendirse, que el rey «*á pesar de su espíritu de concordia*» se vió obligado á rechazarlas por considerar que eran «*adversantes á razón é justicia*» y que tal

(1) «Lúnas y Urreas», artículos publicados en la Revista de Aragón en Septiembre, Octubre y Noviembre de 1900.



NÚM. 16. CASTILLO DE LOARRE *ff*
CAPITEL DE LA PUERTA DE LA IGLESIA

serían cuando ya se le prometía no condenarla á muerte, ni á destierro ni á tormento alguno, darle habitación en un Castillo con tres ó cuatro dueñas que la sirvieran, impetrar para ella algunas gracias del Papa, permitirle sacar de Loarre todos sus bienes, menos los libros y ornamentos de Iglesia que se llevó de Montearagón, y finalmente, conceder á sus compañeros de sitio amnistia general, excluyendo solo á D. Antón, que estaba en Francia, á D. Pedro de Embum, al Señor de Gordún, Cristóbal del Val y á D. Pedro de Lanuza »

Al finalizar aquel año tan funesto para los insurrectos y teniendo á la vista aquél formidable tren de batir que había vencido en Balaguer, se rindió D.^a Violante, entregando la fortaleza á las tropas reales, después de una resistencia de ocho meses, quedando prisionera la varonil abadesa de Trasovares y en poder de su odiado enemigo D. Pedro de Urrea. Pusiéronse en juego grandes influencias para libertarla, interviniendo el Papa Benedicto XIII, su pariente, y aún el mismo rey, más D. Pedro no quiso ceder á su prisionera de guerra, logrando después el cambio de prisión por haber sido trasladada al Castillo de Sora, bajo la custodia de Pardo de la Casta, el cual, al dar cuenta al Rey de su viaje y admirado de hallar en una religiosa tanta entereza y energía, dijo al Rey las siguientes palabras: *« á la fin, Señor, creo que ella tiene el diablo en el cuerpo. »*

De nuevo el Pontífice y muchos prelados y magnates entablaron gestiones para salvarla, y esta vez con mayor fortuna. D. Antonio de Luna, compadecido sin duda del largo cautiverio de su valerosa hermana, humilló su altivez y aceptó el sacrificio de su orgullo para libertar á la abadesa *« confesando su error é pecado, diciendo que quiere hacer todo lo que nos ordenemos con tal condición que la dita abadesa sea segura de vida, presión é mutilación de miembros. »*

Puesta en libertad D.^a Violante, se juntó en Francia con su hermano, dando fin á este interesante y dramático episodio de las luchas civiles de Aragón.

* * *

Tales son los recuerdos que evocan estas venerables ruinas, abandonadas hoy á todas las inclemencias del tiempo, olvidadas en lo alto de la sierra, perdidas para la investigación y el estudio por la falta de caminos accesibles. *En otros países, dice el Sr. Blasco Ibañez, guardan cuidadosamente las ruinas del pasado como páginas de piedra de la Historia. Las limpian, las conservan, las sostienen y fortifican y abren caminos para que todos puedan contemplarlas. Aquí, por donde ha pasado el arte romano, el bizantino, el árabe, el mu-*

*déjar, el gótico y el renacimiento, todas las artes de Europa, los yer-
bajos y matorrales cubren las ruinas en los campos, ocultándolas y
desfigurándolas, y la barbarie de las gentes las mutila en las ciu-
dades. Se piensa á todas horas en el pasado, y sin embargo, se des-
precian sus restos.*

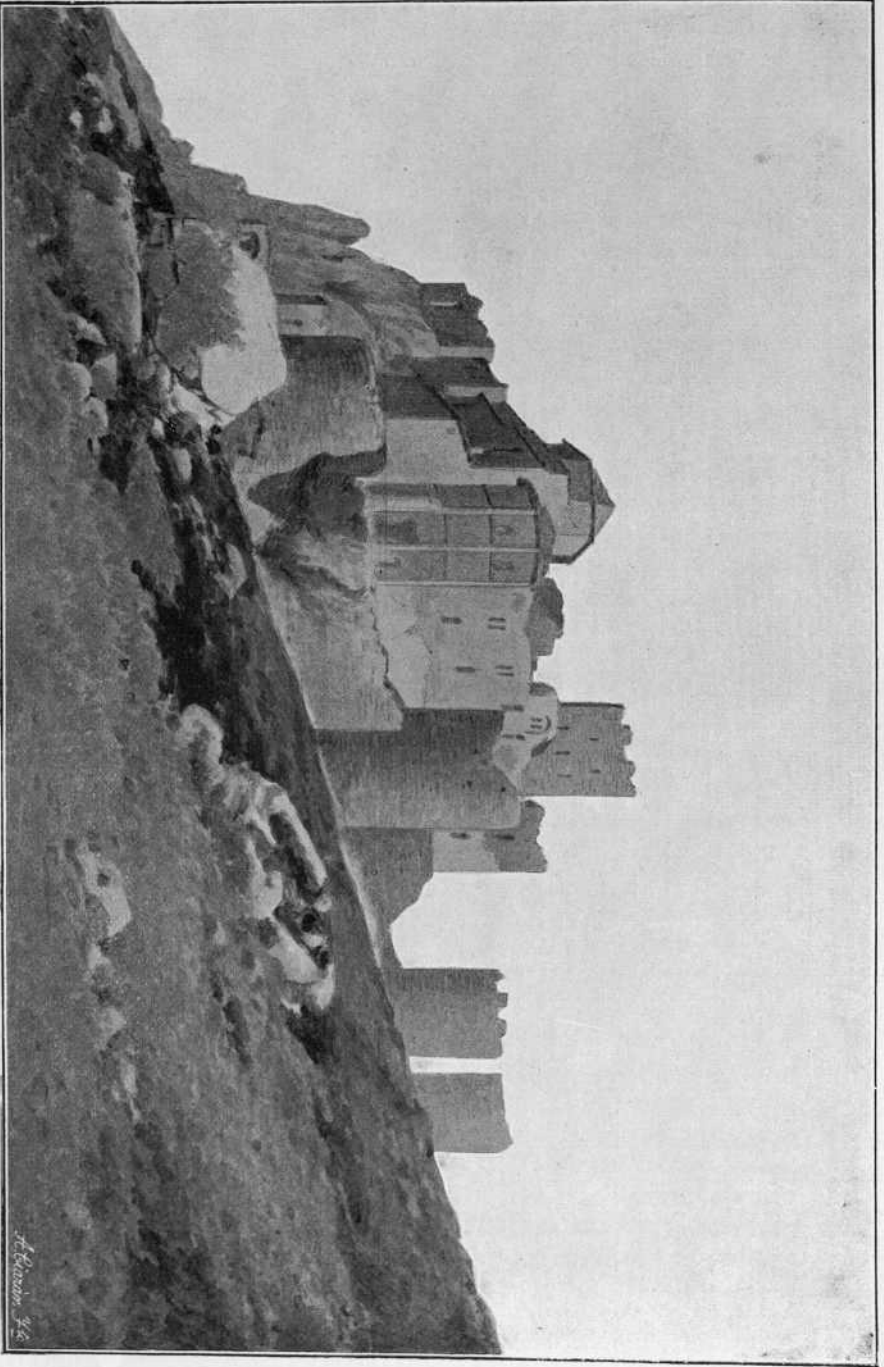
No todos olvidan estas interesantes ruinas. Tienen ellas un protector entusiasta: el Exmo. é Ilmo. Sr. D. Mariano Supervia, Obispo de Huesca, sabio prelado que cuida y atiende en cuanto alcanzan sus recursos á la conservación de la magnífica iglesia del Castillo y que completaría su obra meritoria si pidiera al Gobierno la declaración de monumento nacional, como nosotros respetuosamente se lo suplicamos, invocando el recuerdo de nuestras glorias nacionales y el respeto que merece el arte español.

Desde la altura de las murallas se domina una inmensa extensión de terreno, una llanura cuyos límites se pierden en el lejano horizonte difumándose en azuladas tintas. La vista alcanza á divisar á Huesca, Ayerbe, Plasencia, Santa Engracia, Quinzano, Esquedas, Anies, Puivolea, Montmesa, Ortila, Alcalá de Gurrea, Lupiñen y Zaragoza, la heroica capital cuyo nombre pronuncian con respeto todos los buenos españoles amigos de las glorias nacionales. (1)

Cuando desde el hermoso mirador de la Reina contemplábamos aquella extensa planicie, la villa de Loarre aparecía diminuta á nuestros pies, como un punto perdido en la espaciosa llanura rebo- sante de luz y colores. Estas ruinas recobran el día de San Demetrio extraordinaria animación, cuando el pueblo en masa conduce á la iglesia del Castillo en rica urna de plata, los restos de su santo patrono, colocándoles junto á la Virgen de Valverde, rodeándola de estandartes, cruces, gallardetes é imágenes, mientras los sencillos habitantes de la villa disfrutan de los solaces de un día de campo, llenando de vida, de cantos de alegría, de acentos de animación y ruidos de fiesta, la tranquila majestad de estas bóvedas sombrías.

Cuando declina el sol y terminan las últimas preces y los cantos religiosos dedicados al santo patrono se han extinguido por completo, el castillo de Loarre recobra de nuevo su aspecto imponente y triste, su agradable soledad, compañera apasionada de las ruinas, y entonces interesa doblemente al curioso y al artista *«por esa oculta conformidad que existe, según afirma un ilustre escritor, entre sus destruidos muros y la brevedad de nuestra existencia, pues el hombre no es otra cosa que un edificio arruinado; su amor tibio, su fé vacilante, su limitada*

(1) Zaragoza se divisa apenas entre lejanas brumas solo en días serenos y transparentes.



J. K. K. K.

NÚM. 17. VISTA GENERAL DEL
CASTILLO DE LOARRE * * * *

caridad, sus imperfectos sentimientos y su corazón juguete de mil encontrados afectos, no son en él más que otras tantas ruinas.»

El Castillo de Loarre no tiene como otros antiguos monumentos, una historia brillante y gloriosa. Los cronistas parece que le desdennan y pocos son los que se ocupan de su origen, olvidando todos la narración de sus vicisitudes. El mayor misterio le envuelve y el libro de sus anales permanece sin llenar. Acaso este mismo silencio de los historiadores, contribuye á rodearle de mayor atractivo y de más vivo interés, y la poesía y el sentimiento brotan espontáneos ante el aspecto pintoresco de sus ruinas como brotan en su recinto las plantas trepadoras, las higueras silvestres y las flores que cubren los solitarios patios de la fortaleza. Y si de los pueblos se dice que son felices los que carecen de historia, bien puede afirmarse que Loarre por su oscuro pasado y el silencio que guardan los cronistas de todas las épocas, adquiere mayor importancia, se agranda y ajiganta con la sola ostentación de sus tallados sillares, sus arcos románicos de medio punto, su famosa cúpula, sus capiteles extraños y fantásticos y la belleza incomparable que atesora en su aislado emplazamiento, allá en la altura colosal de la sierra donde asienta sus cimientos de granito.

MEMORIA FUNERARIA

en los Juegos Florales

celebrados en Sigüenza el 21 de Septiembre de 1890



EL ALCÁZAR DE SEGOVIA

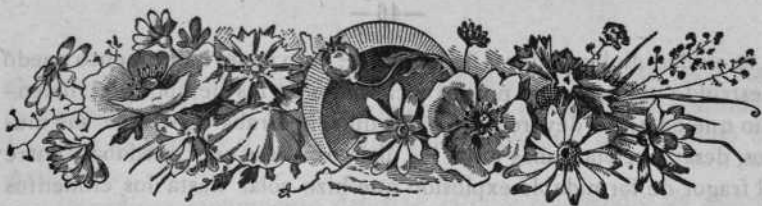
por

Isidro Gil.

MEMORIA PREMIADA

en los Juegos Florales

celebrados en Segovia el 21 de Septiembre de 1902.



El Alcázar de Segovia

I.

Una de las poblaciones más renombradas de España, por su historia brillante y sus notables monumentos, es la ilustre ciudad de Segovia.

Castilla, fundadora de nuestra nacionalidad, tuvo la honra de dar su nombre al idioma pátrio y llevar al escudo de armas de la monarquía la pieza heráldica de más brillo, unida al León rampante que decora la enseña militar de esta hidalga tierra del valor y del heroísmo, con cuyos honrosos timbres supo extender sus dominios á través de los mares y descubrir un nuevo mundo oculto hasta entonces á las miradas de la humanidad civilizada.

Llamábase Castilla por los muchos castillos que fortificaban el antiguo territorio de esta región, reconquistada á los árabes y mantenida por el esfuerzo de las nobles ciudades que bajo este nombre constituyeron un reino. Las capitales más importantes de aquella agrupación eran Burgos y Segovia, y ambas erigieron dos famosas fortalezas, dos soberbios castillos que simbolizaban su poderío.

Burgos, como *Caput Castellæ*, fundó en lo alto de un cerro que domina la ciudad, un monumento insigne cuya fama pregonan las crónicas de su tiempo, reconociéndole como suntuosa morada de reyes, cuna de esclarecidos príncipes, y baluarte poderoso que defendía

á la ciudad de los peligros de la guerra; pero aquel monumento quedó destruído para siempre por las vicisitudes de los tiempos y el incendio que en 1.736 devoró los tesoros que encerraba dentro de sus muros, desapareciendo más tarde los últimos restos que quedaban entre el fragor de formidable explosión que hizo volar hasta los cimientos el estallido de la mina que las tropas francesas colocaron en su retirada, la triste mañana del 13 de Junio de 1.813.

Mas afortunada Segovia, se enorgullece hoy, como en los pasados tiempos, con su admirable Alcázar, cuya historia, cuya belleza peregrina, cuyos primores artísticos, nunca bien ensalzados, le proclaman como el tipo ideal del blasón glorioso que avalora el escudo de España.

Del mismo modo que Roma en lo antiguo era para el mundo *la Ciudad*, Segovia es para España *el Alcázar* y éste á su vez simboliza para nosotros el Castillo heráldico de la monarquía castellana.

Dice Almirante en su «*Diccionario militar*», que en la Edad Media no habfa pueblo de alguna importancia que no contara con su torreón, atalaya ó fortaleza para la defensa de sus moradores, y en medio de los innumerables baluartes levantados en toda la nación española, ninguno sobrepuja, ni igualar puede en grandeza, en méritos, en belleza y esplendor, al castillo de Segovia, á su renombrado Alcázar, voz árabe que significa Casa real, Casa del César, según afirma Llaguno y Amfrola. (1)

Fué cuna de Reyes y príncipes, escuela de su educación y amparo de su minoría; palacio de córtes donde se congregaban las ciudades y se dictaban leyes; bajo las doradas bóvedas de sus salones se resolvieron los más árdulos problemas de la nación, después de oír las quejas y reclamaciones de los pueblos. Fué también baluarte y defensa de la ciudad en mil ocasiones diversas de su accidentada historia; fiel á sus reyes por la entereza de sus Alcaldes y guardadora del principio de autoridad, sus torres y fuertes protegieron á Segovia y evitaron las luchas intestinas y el fomento de aquellos terribles bandos que diezaban á los pueblos entregándoles al ódio y al furor de turbas crueles y sanguinarias.

Dentro de su recinto recibió embajadores de lejanas tierras y presenció alegres fiestas y suntuosos torneos, conmemorando régios enlaces ó el advenimiento al trono de algún príncipe esclarecido. Mas tarde, cuando los albores del Renacimiento iluminaron al mundo, imprimiendo á la política, á las ciencias y á las artes nuevos derroteros, cambiando la faz de las costumbres y el carácter de las

(1) Noticia de los Arquitectos y Arquitectura española: T. 1.º, pág. 245.

guerras por los nuevos descubrimientos y la perfección de las armas de combate, el Alcázar perdió su importancia militar y fué destinado á prisión de Estado y á centro de instrucción del Real Cuerpo de Artillería.

Grandioso monumento del arte, cifra y compendio de glorias militares, símbolo de nuestro antiguo esplendor, el Alcázar de Segovia parece, desde la altura en que asienta sus muros y torres, el centinela avanzado que protege á la ilustre ciudad castellana, pregonando sus timbres de nobleza esculpidos por la mano del génio en los esbeltos minaretes que hienden el espacio gallardamente.

Su fama se extiende por el mundo y figura en primera línea entre los monumentos militares de la Edad Media. Como todas las construcciones de su índole que abarcan distintos períodos de la historia, ha recogido de cada evolución artística las ideas más salientes y el sello característico de los diversos estilos que se han sucedido.

Ninguno, sin embargo, puede decirse que domina con su traza, con sus primores propios, con su decorativa especial y exclusiva; pero el siglo XV que dió el último impulso y desarrollo al arte gótico creando maravillosas tracerías, umbelas de encaje, cardinas exornadas hasta la profusión con fantásticas creaciones, torrecillas afligranadas, frondas salientes, macollas de hojarasca, airoas ojivas caireladas coronadas por delgados pináculos, bichas y gárgolas de monstruosas formas y toda la exuberante fauna y flora arquitectónicas del arte ojival terciario, puede vanagloriarse de haber impreso su huella con mayor fuerza y mas vigorosa expresión artística en el soberbio Alcázar de Segovia.

La belleza de su conjunto y los primores de detalle en que abunda, le han hecho merecedor de admiración universal y al ensalzarle sus historiadores, agotaron la fórmula de los elogios. Su importancia, por lo tanto, es indiscutible, no existiendo en España ningún otro monumento de su género que pueda comparársele.

El Castillo de Butrón y la Torre de Arteaga, en Vizcaya, el de Mos, en Pontevedra, y Guadamur, en Toledo, restaurados á espensas de sus nobles propietarios, ofrecen al curioso interesante aspecto y bellezas indudables unidas al recuerdo de pasadas glorias; pero su importancia como monumentos arquitectónicos y la relación de sus anales como edificios históricos, pertenecen á un orden más inferior.

Peñafiel, Medina del Campo, Coca, Alcalá de Guadaíra, Niebla, Narahio, Ponferrada y Loarre, entre otros mil castillos españoles que pudiéramos citar, son construcciones militares de extraordinario valor y de interesante historia; pero desgraciadamente para el arte solo existen en ruinas, bellas y pintorescas, pero ruinas al fin, de cuyo

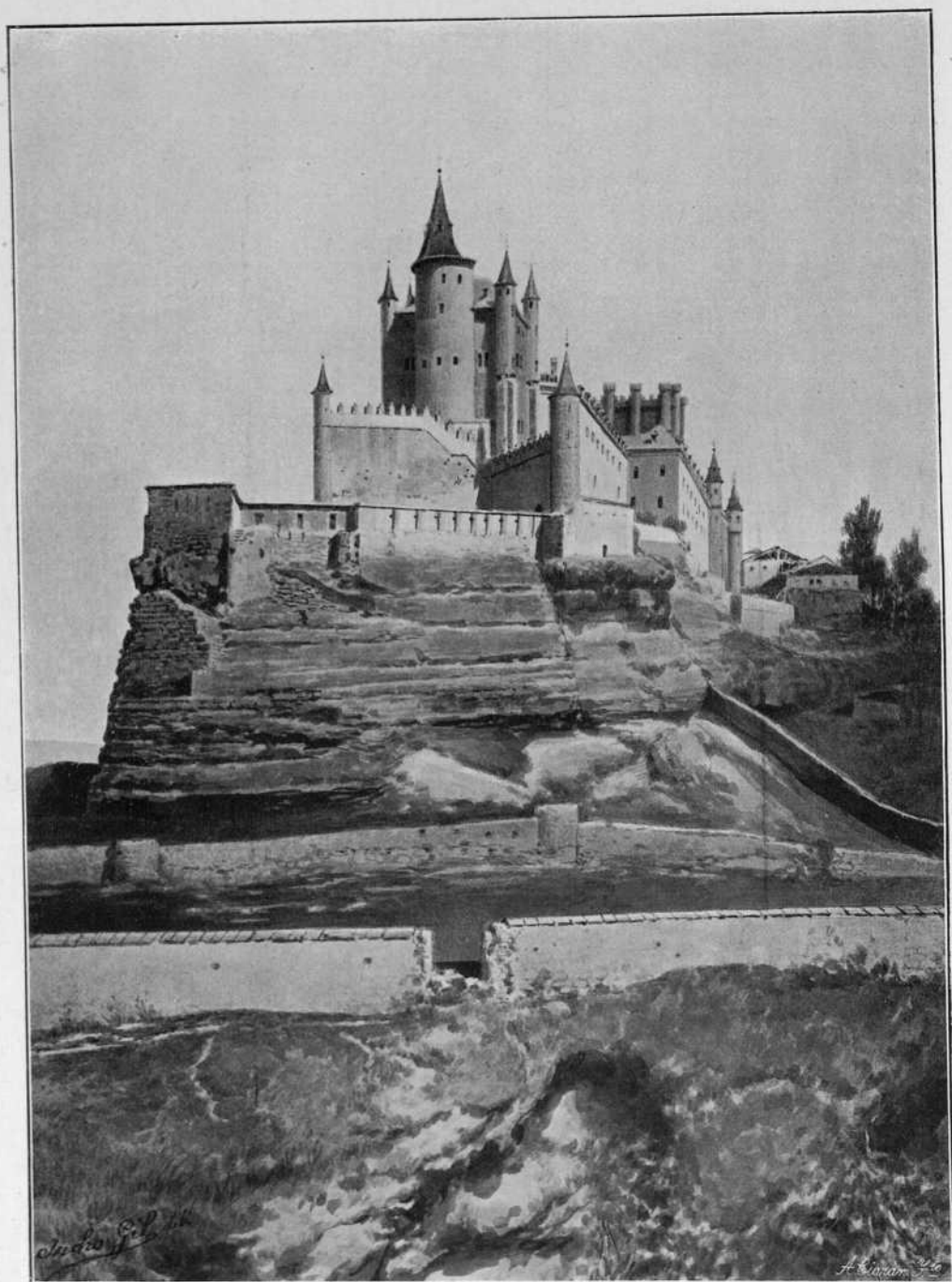
informe hacinamiento se desprende tan solo un pálido destello de la belleza que ostentaron en tiempos mejores.

Injustos casi siempre los escritores extranjeros con las cosas de España, que desconocen en absoluto ó aparentan desconocer, no han dado la importancia debida á nuestros edificios militares del periodo medioeval. Viollet-le-Duc en su famoso «Diccionario de Arquitectura» se limita á decir que en España existen muchos Castillos, pero sin citar ninguno, y sin embargo, las bellezas del Alcázar de Segovia hubieran sido dignas de ser descritas por un escritor tan sábio como afamado.

El Alcázar vencería en buena lid á los monumentos más notables de Europa, si un estudio comparativo pusiera de relieve los méritos que atesora. Pierrefonds, en Francia, posee un Castillo construído á fines del siglo XV, cerca de Compiègne, por Luis de Orleans, primer duque de Valois; hermoso tipo de Castillo-palacio muy semejante á nuestro monumento segoviano y cuya celebridad se debe en gran parte á los escritores que han pregonado sus bellezas. El de Sully, sobre el Loire, mas pequeño pero tan pintoresco como el anterior, se encuentra en las mismas circunstancias. Otro tanto puede decirse de los muy notables de Inglaterra, como el de Breton, en Cheshire, fundado en 1220; el de Raby, Durham, una de las más suntuosas residencias del Duque de Cleveland, cuyos salones asombran por su vasta extensión, no más grandes, ciertamente, que los de nuestro Alcázar castellano. Así mismo los de Bolton, Werwick y Dalkeith, sin enumerar el de Trifels, en Baviera y el de Mariemburgo y Karlstein, que son los más importantes de Alemania, han sido cantados por la poesía, elogiados por la historia y reproducidos por el arte, con toda la magia y el atractivo que el génio de la belleza y de la inspiración sabe avalorar sus obras.

Eso ha faltado al Alcázar segoviano para extender su fama en el punto y medida á que tiene perfecto derecho su indiscutible mérito, su belleza sin par y su importancia histórica; pero todas esas cualidades le aclamarán siempre entre las gentes doctas como monumento de primer orden y como una de las más notables construcciones militares de la Edad Media que existen en el mundo.

Segovia es ante todo una ciudad monumental como sus hermanas Toledo, León y Burgos; encierra en el recinto de sus murallas la huella de razas y generaciones antiguas, emblemas y trofeos preciados de la historia patria simbolizados en sus monumentos, y muy particularmente en el Alcázar, suma y compendio, como antes dijimos, de las glorias españolas, cuya esbelta figura surge sobre el emplazamiento cretáceo que bañan el tranquilo Eresma y el



EL ALCÁZAR DE SEGOVIA
VISTA GENERAL * * * *

bullicioso Clamores como el tipo de aquellos Castillos encantados que describieron con el fuego de poética inspiración los antiguos trovadores.

II.

SU GLORIOSO PASADO.

No busquemos en el Alcázar de Segovia un origen clásico, no pretendamos en nuestro entusiasmo de cronistas remontar su genealogía más allá de los confines de la Edad Media, creyendo hallar semejanzas de construcción con el *Castrum* de los romanos. Por otra parte, no es extraño hallar influencias de todas las épocas tratándose de un edificio de tan remota antigüedad; esto no le dá ni le quita importancia alguna.

Debemos considerarle siempre como construcción militar de la Edad Media, de ese periodo de la historia el más agitado y turbulento de nuestros anales, á la vez que el más obscuro y confuso, con sus guerras de conquista, sus empresas atrevidas, su Iglesia militante, sus argumentos armados, su epopeya de ocho siglos, sus bandos y discordias intestinas.

Por primera vez aparece designado este monumento con el nombre de Alcázar, en una carta de Alfonso VI fechada en Ávila el año 1155, por la cual cede al Obispo de Segovia y á su cabildo una finca del patrimonio real. En esa cesión se leen las siguientes palabras..... «*de hilo horto, quod est in Secovia subtus illud Alcázar in ripa fluvii.*»

En otro documento también de esta época, consta el nombramiento de Alcaide á favor del Mayordomo de S. M. «*Didacus Munoz in Secovia*», y oportunamente hace notar un historiador del Alcázar, que ya debía tener mucha importancia cuando el Rey nombraba para su custodia á un personaje palatino de tanta consideración. (1) Hemos de suponer, por lo tanto, que en tiempo de Alfonso VI el Alcázar existía ya y que á este monarca se debe la construcción más fundamental del monumento segoviano, para cuyo objeto aprovechó los restos de las fortalezas visigodas que existían sin duda elevadas, acaso, sobre antiguas murallas romanas, como era uso y costumbre en aquel tiempo por la imperiosa necesidad de la defensa y los apremios que el peligro de la guerra imponía en toda ocasión y lugar.

(1) Gregorio Cruzada Villamil.

Residieron en el Alcázar D.^a Urraca, Alfonso VII y Sancho III. Los primeros días del corto reinado de este monarca castellano les pasó en Segovia, ocupando su real morada, y cuando murió en Toledo en 1158, dejó la corona á su hijo, niño de tres años, que reinó con el nombre de Alfonso VIII. La tutoría del Rey promovió entre los ambiciosos Castros y Laras grandes agitaciones, dividiéndose el campo en dos bandos que se perseguían con rabioso encono poniendo en peligro la vida del Rey niño cuya posesión se disputaban, llevándole de Toledo á Soria, por ofrecer el Castillo de esta Ciudad grandes seguridades. Pero un noble soriano, Pedro Núñez, señor de Fuente Armegil, del bando de los Castros, se apoderó del Rey clandestinamente, montó á caballo y lo condujo á San Esteban de Gormaz, más el pueblo alborotóse indignado cuando lo supo y le devolvió á los Laras diciendo «*liòre vos dimos el Rey D. Alfonso, nuestro Señor, et vos libre le guardad.....*»

De Soria fué conducido Alfonso VIII á la fortaleza de Atienza, y no considerándole seguro en este punto, le trajeron al Alcázar de Segovia, cuyas fuertes defensas, cuya inexpugnable posición, ofrecían más garantías que ninguno contra las intrigas del Rey de León, D. Fernando, que alegaba mejores derechos para gobernar el reino hasta que su sobrino D. Alfonso cumpliera quince años.

He aquí como nuestro suntuoso Alcázar ofreció entonces asilo seguro y amparo firme contra las tempestades políticas al niño Rey destinado por la providencia á las más grandes empresas de la reconquista.

En el Alcázar nació la reina D.^a Berenguela, digna madre del Rey Santo, D. Fernando III, el conquistador de Córdoba y Sevilla, fundador de la insigne basílica-catedral de Burgos, verdadero poema del arte arquitectónico nacional y el más bello de los templos cristianos de España.

Bajo las doradas bóvedas del castillo segoviano, se educó San Fernando, y recibió los consejos de su ilustre madre perfeccionándose en el estudio de la gobernación del Estado y en las artes de la guerra, para conquistar más tarde el reino de Andalucía con sus aguerridas tropas, llevando en el pendón real, unidos para siempre bajo su cetro, el Castillo de oro sobre campo rojo y el León rampante sobre campo de plata, que hasta entonces simbolizaban dos reinos distintos y separados. Varios ilustres segovianos, con sus gentes de armas, ayudaron al Rey en aquella grande empresa; el Obispo Raimundo, Domingo Muñoz, Fernán Núñez, su yerno, Diego Gil y su hijo, Pedro Blanco, Ruy Pérez, Juan Pérez de Segovia, Pedro Caro y otros muchos, cuyos nombres tuvo presente en el reparto de bienes

y tierras conquistadas, no olvidando á la ciudad castellana en el apogeo de su gloria, pues en 1250 devolvió á su concejo la jurisdicción de varias aldeas antes desmembradas «.....é tove por derecho é por razón de tornar las aldeas é las villas así como eran en dias de mio abuelo et á su muerte.»

Dentro del recinto del Alcázar lanzó al aire «sus querellas» el Rey Sábio, político débil y padre infortunado, devorando las amarguras que le causaba la ambiciosa soberbia de su hijo Sancho, avivando los dolores acerbos que despertaba en su alma el recuerdo del malogrado príncipe Fernando, su hijo primogénito, muerto á manos de los moros, y el de sus nietos, los infantes de la Cerda, desposeidos injustamente de los derechos de sucesión á la Corona en Cortes reunidas y convocadas por el mismo D. Alfonso hacia el año 1276, pues en ellas se reconoció ante los procuradores de la nación y los magnates allí reunidos solemnemente, las pretensiones al trono del que los historiadores habían de apellidar D. Sancho IV el Bravo.

En este periodo de la crónica del Alcázar, hay un momento en que la historia se confunde con la leyenda, pero leyenda bella é interesante que conviene repetir y consignar en estos apuntes y recuerdos.

El Rey D. Alfonso había erigido en la torre más alta del Alcázar su observatorio de astrólogo. La rojiza luz de que se valía para anotar sus cálculos astronómicos cerníase entre las nieblas de la noche con fatídica claridad, poniendo espanto en el alma de los moradores de la villa, dando pávulo á misteriosas consejas y á terribles narraciones que se repetían en voz baja con acentos de terror. El pueblo que no podía comprender los misterios de la ciencia, las vigiliass del sabio y los afanes del explorador de la bóveda celeste, le suponía inspirado por poderes tenebrosos ocultos en la eterna sombra, y uniendo lo ficticio con lo real, atribuyó al Rey la soberbia de Satán, poniendo en boca de D. Alfonso estas palabras:«que á consultarle el Criador, de otra suerte fabricara el Universo.»

Ocurrió entonces, en 1258, el hundimiento de una parte del Alcázar, estando el Rey sábio reunido en Consejo con varios prelados y ricos hombres, quedando muerto el deán de la Iglesia de Burgos y malparados muchos de los concurrentes á la ilustre asamblea, y este hecho tan natural que explica, acaso, la verdadera antigüedad del monumento y la reconstrucción que debió hacerse en aquella época, dió origen á una tradición que, acogida por la fantasía popular y repetida por la mayoría de los historiadores, aparece en crónicas, libros y romances como castigo que Dios impuso al Rey D. Alfonso

para abatir y humillar su soberbia y castigar á la vez la blasfemia proferida. (1)

Dícese que un rayo destruyó la techumbre de la cámara real y llegó á quemar las tocas de la Reina D^a Violante, dejando ileso al Rey, el cual arrepentido de su culpa hizo pública confesión y penitencia llamando á un fraile franciscano que le predijo lo sucedido. Acogida como cierta la tradición por muchos historiadores de todos los tiempos como Fr. Alonso de Espina, en su *Fortalicio de la Fé*; D. Rodrigo Sánchez, Obispo de Palencia, en su *Historia de España*; Diego Rodríguez de Almeida, arcipreste del Val de Santibáñez, en su *Historias Eclesiásticas*; el maestro Pedro Sánchez de Acre, *Historia moral y filosófica*; Gerónimo de Zurita, en los *Anales de Aragón*; el padre Mariana, en su *Historia de España*; Pisa, en su *Historia de Toledo*; Higuera, Gomara, Colmenares y otros varios, no faltaron sin embargo escritores, como Somorrostro y Burriel que rechazaron la tradición y declararon falso cuanto se había escrito acerca de este episodio.

Diego de Colmenares dice á este propósito, (2) tomándolo de un antiguo manuscrito. «*Murmuraban que el rey se había dejado decir en secreto y en público, que si asistiera á la creación del mundo, algunas cosas se hicieran diferentes. En Burgos, Pedro Martínez de Pampliega, ayo del infante D. Manuel, su hermano, por divina revelación le había avisado aplacase con penitencia á Dios, que ofendido de tan grande impiedad, le amenazaba con pérdida del reino y vida; y que despreciando la amonestación, había porfiado en el desatino.*»

«*Estando, pues, en nuestra ciudad (1262) quiso Dios, detenido siempre en el castigo, reducirle con nuevos avisos. Llegó al Alcázar, donde el Rey se hospedaba, un religioso franciscano, varón de santa vida: algunos dicen que era Fr. Antonio, nombrado de Segovia, por natural de nuestra ciudad, de cuya santidad escriben las historias franciscanas.*»

«*Este, pues, con modestia religiosa, habló al rey en esta substancia: No hubiera, Señor, venido de mi claustro á vuestros reales piés con menos impulso y motivos que Dios, á quien tenéis ofendido con presunciones inconsideradas; pues habiéndoos criado aventajado en*

(1) El padre Florez, copiando del Cronicón de Cardaña, se expresa así: «Era de MCCXVI años fundióse el palacio de Segovia con el Rey D. Alfonso é con muchos de sus ricos omes e con obispos, e murió hi e maestre Martín de Talabera, deán de Burgos; fueron feridos otros obispos e ricos omes, é fincó el rey sano, e esto fué el día de Sant. Vitores á ora de yantar, cinco días por andar del mes de Agosto.»

(2) Historia de Segovia.

bienes temporales de tantos reinos, y espirituales de tan alto entendimiento, usando mal de tantos favores, os reveléis contra vuestro criador, presumiendo que sus obras pudieran ser más perfectas con vuestra asistencia. No imitéis al más bello de los angeles, hoy por su soberbia el peor de los demonios. Enmendad en vos mismo, pues ahora podéis y os importa tanto lo que presumiades enmendar en la fábrica del mundo, perfectísima en fin de la perfección divina. Reconoced culpa tan sacrilega y con penitencia inclinad la misericordia de Dios al perdón y no irriteis su inmenso poder al castigo, pues sabéis que no es este el aviso primero y podría ser el último. El rey se alteró demasiado y respondió airado; y el religioso cumplida su embajada, aunque no su deseo, volvió á su convento. Aquella misma noche, cayó sobre el Alcázar tan terrible tempestad de agua, truenos y relámpagos tan pavorosos, que el más animoso vió la muerte.»

«Un rayo, en la misma pieza en que los reyes estaban, rajó las techumbres, que son bóvedas de fortísima cantería, y arrasando el tocado de la reina, consumió otras cosas de la cuadra. No alcanzaba el rey esta tempestad con su astrologia y saber porque la causaba su ignorancia.»

«Despavoridos ambos, salieron voceando; el rey instaba le trajesen aquel religioso. Venció el temor á la obediencia y ninguno se atrevía al peligro; en fin, uno de la guardia, en un buen caballo, llegó á San Francisco y trajo al religioso instado de su guardián. La tempestad y pavor crecían, hasta que comenzando el rey á confesar su culpa, con el arrepentimiento menguaba la tempestad milagrosamente y al siguiente día abjuró en público la blasfemia.»

Entonces y como recuerdo de este hecho, el Rey mandó colocar un cordón franciscano como remate del elegante friso que recorría las paredes de la sala, decorando con tracería gótica bien dorada y letras de igual carácter esculpidas sobre fondo azul, la regia estancia donde ocurrió el suceso. En la cornisa exterior de la sala del Pabellón, aparecía la hendidura que el fuego del cielo produjo y allí permaneció á la vista de todos hasta el año 1590 en que fué emparrada la cubierta. (1)

Sancho IV visitó también el Alcázar para oponerse á los proyectos de su cuñada D.^a Blanca, que deseaba casar á su hija doña Isabel con el Rey de Aragón, enemigo de Castilla, cuyo enlace convenía evitar á su política.

(1) Algunos autores, á quienes seguimos en este punto, colocan en la Sala llamada del Pabellón, la leyenda del rayo, como afirman Colmenares y Cuadrado; pero otros suponen que la del cordón fué el teatro de los sucesos referidos.

Fernando IV y su ilustre madre D.^a María de Molina eligieron el Castillo palacio de Segovia para convalecer de la horrible peste que diezmoó estos reinos en 1302 y de cuya enfermedad fueron atacados en Avila. Muerto *el Rey emplazado*, comenzó una era de turbulencias que dividió á Castilla en dos parcialidades. D.^a Constanza, la reina viuda, el infante D. Juan, tío del Rey y D. Juan Muñoz de Lara por una parte, y de la otra D.^a María de Molina y el infante D. Pedro. El Alcázar le mandaba D. Juan Manuel, tutor del Rey, espíritu cultivado é inquieto, que parecía gozar en la lucha, como el géniu de la guerra y la discordia.

Desarrolláronse en la ciudad terribles escenas entre los opuestos bandos: hubo muertes violentas, incendio de templos, robos, luchas encarnizadas por las calles, crueles venganzas, llegando hasta los mayores extremos el alboroto, la confusión y el desorden, pero al fin renació la calma cuando D. Alfonso XI, á principios del año 1328 entró en el Alcázar como juez severo, dispuesto á corregir tantos desmanes, después de haber hecho matar en Toro al infante D. Juan.

Este monarca ratificó los privilegios de la Iglesia de Segovia en 1331, y habiendo confiado sus hijos D. Enrique de Trastamara y D. Fadrique, gran maestre de Santiago, habidos en D.^a Leonor de Guzmán, á las seguridades que ofrecía el Alcázar, pasó á visitarlos en el año de 1334.

En el Alcázar preparó la gloriosa campaña de Algeciras, aquella campaña en que por primera vez habían de sentir las huestes cristianas los terribles efectos de la pólvora y que la crónica de aquel tiempo describe gráficamente de este modo... *«E tiraban muchas pellas de fierro que las lanzaban con truenos de que los cristianos habian muy grande espánto, ca en cualquier miembro de home que diese llevábalo á cercén, como si lo cortasen con cuchiello, e quanto quitera que home fuese ferido della, luego era muerto, e non habia cerugia que le pudiese aprovechar, lo uno porque venia ardiendo como fuego, e lo otro porque los polvos con que la lanzadan eran de tal natura que cualquier llaga que ficiese luego era el home muerto, e venia tan recia que pasaba un home con todas sus armas.»*

Tanto en el asedio de Algeciras como en la batalla del Salado, cuatro años antes, los segovianos, leales siempre á su Rey y esforzados campeones de abolengo, ayudaron á D. Alfonso con lucida hueste de combatientes aguerridos.

El Rey D. Pedro apenas dejó huella de su paso por el Alcázar, á cuya suntuosa morada vino con ocasión de las bodas de su hermano bastardo D. Tello, celebradas con toda suntuosidad en Segovia; más para que la memoria de este Rey se una siempre á sus odios perso-

nales y al sobrenombre de cruel con que la historia le apellida, no hemos de olvidar que D.^a Juana de Lara, mujer de D. Tello, fué muerta más tarde por orden del monarca, y que en el Alcázar decretó la prisión de la reina D.^a Blanca, su esposa, confiándola al Obispo de la ciudad con encargo de que fuese conducida al castillo de Arévalo.

Cuando D. Enrique de Trastamara, ayudado por numerosas huestes de Aragón y tropas mercenarias extranjeras, llegó á disputarle el trono de Castilla proclamándose Rey en Abril de 1366, secundado por ciudades tan importantes como Burgos y Toledo, no tardó Segovia en unirse á la causa del bastardo enviando embajadores á la imperial ciudad para rendirle en su nombre pleito homenaje. Empeñado el de Trastamara en la arriesgada empresa de arrebatarse á su hermano D. Pedro el trono de Castilla, confió sus hijos á la lealtad de los segovianos, disponiendo que les custodiaran en el famoso Alcázar, á donde fueron conducidos y guardados.

A esta época pertenece la tradición que va unida á la sala del Trono. Dícese que estando asomada á una ventana de las que miran al profundo valle del Eresma el ama que criaba al infante D. Pedro, cayóse el niño desde aquélla altura formidable, arrojándose tras él, desesperada, la infeliz mujer que tuvo tan atroz descuido y espantada ante la tremenda responsabilidad de su falta. Motivos existen para pensar que este suceso no es rigurosamente histórico, pero hay que reconocer que en el coro de la catedral se construyó entonces un sepulcro, grabándose en la caja mortuoria el siguiente epitafio: *«Aquí yace el infante D. Pedro, hijo del rey D. Enrique II. Era MCCCCIII. Año 1366.»*

Fué trasladado después á la capilla de Santa Catalina y agradecido el Rey por los honores que la ciudad tributó á la memoria del infante, cuidó de fundar cuatro capellanías dotándolas con *«ochomil maravedis de la moneda usual, que facen diez dineros de la moneda blanca»*, creando dos porteros ó guardas del sepulcro, y al mencionar en este privilegio, que lleva la fecha de 26 de Enero de 1367, á sus hijos D. Juan, D.^a Leonor y D.^a Juana les llama *infantes* y solo *mio fijo* cuando cita á D. Pedro, circunstancia que hace presumir que acaso fuese hijo bastardo.

También suponen los autores que no era un niño como la tradición indica el desgraciado D. Pedro, porque en el privilegio de referencia se manla *«que rueguen á Dios por las ánimas de dicho rey mio padre, e de nuestra madre que Dios perdone e del dicho don Pedro mio fijo...»*

Durante la estancia de D. Enrique en el verano de 1377, Se-

govia obsequió al Rey con festejos públicos para solaz, y divertimento, y honra de Felipe, Duque de Borgoña, hermano del Rey de Francia, su aliado y amigo, que acompañado de lujosa comitiva pasaba en peregrinación á Santiago de Compostela.

D. Juan I reunió Cortes generales del reino en Segovia en los años 1383, 1386 y 1389, promulgando en las primeras la ley que dispuso el cómputo del tiempo por los años del nacimiento de N. S. Jesucristo. Se invocaba en ella la importancia que tuvo para el linaje humano la fecha en que vino al mundo el Redentor y la necesidad de recordar constantemente tan inmenso beneficio, por cuyas razones se mandó que desde el día de Navidad de 1384 habría de consignarse la fecha de todo documento, ley, escritura, etc., á partir del año en que nació el Salvador del mundo, declarando nulas todas las escrituras en que así no conste *«e mandamos que no valan, ni hagan fé, bien así como si en ellas, ni año ni tiempo alguno se hobiese puesto.»* D. Juan I pasó en el Alcázar el verano de 1390, instituyendo en la catedral el día del apóstol Santiago, la orden militar del «Espíritu Santo», y murió un mes después en Alcalá.

Toda la crónica del Alcázar ofrece igual aspecto, idéntica relación y enlace con los sucesos notables de la historia de España. El monumento segoviano hay que considerarle como testigo de mayor excepción por su severa grandeza y muda elocuencia, de la marcha de los acontecimientos de esta tierra de Castilla, ocupada constantemente, al par que la de Aragón, en reconstituir nuestra nacionalidad cada vez más extensa, cada vez más firme y segura, merced al esfuerzo y valor de las armas cristianas.

Enrique III, el doliente, hizo su entrada solemne en Segovia el año 1391, jurando en la puerta de San Martín respetar los privilegios de la nobleza, y una vez cumplida esta ceremonia, fué conducido bajo palio por la clerecía al templo catedral y luego al Alcázar, del cual tomó posesión, nombrando Alcaide de la fortaleza á su mayordomo D. Juan Hurtado de Mendoza.

El Rey *doliente* gustaba respirar el puro ambiente de los bosques de Balsain y hallaba consuelo y alivio á los achaques de su débil naturaleza entregándose á los placeres de la caza. Con frecuencia visitó la ciudad y moró en el Alcázar, dictando en él la famosa ley que permitía á las mujeres casarse dentro del primer año de su viudez.

Encerrada en el Alcázar la reina viuda D.^a Catalina de Lancaster con su hijo D. Juan, príncipe que apenas contaba dos años, oyó los leales consejos del infante D. Fernando, el de Antequera, y compartió con él la gobernación del Estado, después de muchas



ALCÁZAR DE SEGOVIA
VISTA DEL FOSO 88

vacilaciones, dudas y temores, nacidos de su naturaleza recelosa y de su espíritu apocado y tímido.

D. Juan II, que residía largas temporadas en el monumento segoviano y de cuyas bellezas, como Rey artista, era entusiasta admirador, contribuyó con sus dones y real protección al mayor enaltecimiento y grandeza del palacio castillo. De 1410 á 1412 hizo construir el soberbio artesonado de la Sala de la Galera, la más rica y más admirable de las techumbres que tanta fama dieron al Alcázar, y elevó sobre la fachada Este la colosal torre que lleva su nombre, de imponente aspecto y airosa traza, espléndidamente dotada de profusos adornos y enlucida de alto á bajo con arabescos de yesería, influencia oriental que le presta nuevos encantos, si ya no lo fueran en grado superior las doce torrecillas de su coronamiento con su escamado remate y su línea de matacanes y almenas, blasonadas éstas con los escudos de Castilla y León.

También mandó pintar este monarca la batalla de Higuera, ganada por él á los moros el año 1431, cuyo lienzo, que á principios del siglo XVII aún se conservaba en el Alcázar, mandó copiar Felipe II con muy buen acierto, destinándole al monasterio del Escorial, donde puede admirarse y servir de estudio para el conocimiento de la marcha y orden de un ejército en batalla, de las insignias militares y la indumentaria guerrera del siglo xv y las armas y pertrechos claramente reproducidos en esta obra de arte, que hoy constituye un documento arqueológico de mucho interés é importancia, por haber sido destruida la pintura original en el incendio de 1862. Al frente de las tropas segovianas se distingue el comendador Pedro Ibañez, señor de la Torre de las Vegas. (1)

Por esta época celebráronse en el Alcázar grandes fiestas y saraos, muy particularmente un lujoso torneo en honor del caballero alemán Micer Roberto, Sr. de Balse, y toda la numerosa comitiva que acompañaba á dicho magnate, cuya fiesta describe Colmenares de este modo: «...Mandó el Rey poner la tela en lo bajo del alcázar, á la parte del norte, en la ribera del río Eresma, que estaba más llano que ahora y sin la cerca que hoy es huerta del Rey. Fabricáronse dos cadalsos; uno para el Rey, príncipe y señores; otro para la reina y sus damas, y á los extremos de las telas dos tiendas para los justadores. El día de la justa concurrió innumerable gente de ambas Castillas. Los reyes ocuparon sus asientos; entró en la tela el alemán, apadrinado del Condestable D. Alvaro y de D. Rodrigo Alfonso Pimentel, Conde de Benavente y padre del contrario, él se pre-

(1) La Ilustración Española y Americana reprodujo en el año 1871 parte de esta pintura histórica (f.º 493 de dicho. t.)

sentó apadrinado del Conde de Ledesma y del Adelantado D. Pedro Manrique.»

«Después del paseo y cortesías, entró cada uno en su tienda, de donde salieron armados, y habida licencia de las personas reales, volviendo á sus puestos, tomaron lanzas y corrieron dos sin encontrarse, porque el caballo del alemán corría tan levantada la cabeza, que casi le cubría todo. Envió el castellano á requerirle «mudase de caballo ó no le culpase la fealdad del encuentro». Respondió, «que hiciese lo que pudiese que él no había de mudar de caballo». Con esto á la tercera lanza el Pimentel la hizo astillas en la testa del caballo, sin que el alemán le encontrase; con lo que los dos volvieron á sus tiendas á desarmarse.

«Prosiguieron aquel día y los siguientes sus armas los demás caballeros alemanes y castellanos, valientes y ejercitados entonces con el manejo de caballo y lanza, como después del arcabuz; pues conceden los extranjeros que esto les ha dado con tantas victorias el señoría de tantas provincias. Acabada la justa, el Rey, príncipe y señoras, festejaron á los extranjeros, enviando el Rey al Sr. de Balse cuatro hermosos caballos de brida y dos piezas de brocado, una carmesí, otra azul. No lo recibió diciendo... «le perdonase, porque antes de partir de su tierra había jurado no recibir cosa alguna de príncipe alguno del mundo. Mas suplicaba á su alteza permitiese que él y los 20 caballeros que de su parte habían justado trajesen en la divisa el collar de la escama. Admitió el Rey la respuesta y por complacer al forastero, mandó que cuantos menestrales de oro y plata había en nuestra ciudad, acudiesen con presteza á labrar dos collares de oro y veinte de plata, que acabados al cuarto día, los llevó el maestre del Rey, partió con su gente á la frontera de Granada, deseoso de hallarse en alguna ocasión.»

Enrique IV hijo y sucesor de D. Juan II, heredó de su padre la predilección que sentía por el alcázar, en el cual había vivido desde la edad de cuatro años y donde recibió la instrucción propia de un príncipe destinado á regir una nación importante. Ya demostró su amor al castillo-palacio mandando construir el techo artesonado de las Piñas aun antes de que muriera su padre el Rey D. Juan.

Su advenimiento al trono le dió ocasión para organizar espléndidas fiestas y con tal motivo puso en libertad á los condes de Alba y Treviño, presos en la torre desde el año 1448. Mandó hacer en 1456 la rica labor de Alfarfía que decoraba la sala del Pabellón, encomendando la obra al moro Xa-del Alcalde y en 1458 se acabó la techumbre del Tocador de la Reina. También dispuso que en la cuarta habitación del ala norte del Alcázar, llamada sala de los Reyes, con-

tigua á la anterior, se esculpieran las estatuas de sus progenitores, continuando aquella colección iniciada por Alfonso X, que colocó las primeras hasta su padre, y D. Enrique las siguientes hasta la suya.

Amigo este monarca del lujo y de las joyas, es sabido, según dice el cronista Palencia, que tenía 12000 marcos de plata y 200 de oro, todo en piezas de vagillas y servicio de mesa, sin contar joyas de adorno, collares, cintos, ajorcas y apretadores en que era excesivo el oro y la pedrería. Por estas aficiones se complacía, sin duda, en dotar al Alcázar de cuantos primores decorativos pudo soñar la fantasía de los artistas de aquella época, que rendían fervoroso culto á la profusión de exornos y á la exuberancia de elementos orientales, haciendo mezclar con talento el oro y el color para formar cascadas chispeantes de luz con reflejos metálicos de sorprendente efecto.

Bellos ejemplos de esta corriente de las ideas en el arte, sin citar otros modelos que los edificios militares de la época semejantes por su carácter y destino al Alcázar, ofrecen al estudio de los aficionados la *sala rica* del castillo de Escalona, en la provincia de Toledo, tipo admirable de la fusión del arte gótico en su tercer periodo con la tradición árabe, conservada en España por los artífices mudéjares; así como los restos que se conservan de lo que fué el castillo-palacio de Coca, muy cerca de Segovia, espléndida morada señorial, construida de ladrillos con tan sábia combinación colocados, que forman estrías, acanalados, dientes de sierra, grecas onduladas, fajas, arquerías, relieves fantásticos y todo cuanto la imaginación más soñadora pudo crear para dar vida y elevar por los aires murallas y cubos, torres y minaretes que constituyen un castillo encantado, un verdadero palacio de hadas.

Aumentada de modo notable la importancia del Alcázar de Segovia bajo el reinado de Enrique IV, pudo recibir en él en 1463 al enviado de Luis XI rey de Francia, D. Juan de Rohan, almirante de aquella nación, agasajándole de tal manera con festejos suntuosos y espléndidos preparados en su honor, que el galante marino, después de haber bailado con la reina en los amplios salones, *«juró de no danzar más en su vida con mujer alguna.»*

La honda división del reino entre los partidarios de la Beltraneja y los secuaces de la infanta Isabel, vino en aumento con la rebelión de los magnates contra el débil monarca, representando en los campos de Ávila aquella ridícula farsa para destituirle. La efigie de D. Enrique, revestida de las insignias reales, fué despojada de la corona, del estoque real y del cetro en medio de los más insultantes clamores, proclamando al joven príncipe, hermano del rey, al grito de

¡Castilla por D. Alfonso! Los efectos de esta algarada llegaron también á Segovia y ensangrentaron sus calles y plazas hasta hacerse dueños de ella los rebeldes.

Fiel, sin embargo, el Alcázar mandado por su Alcaide Pedro Manjaraz, sirvió de refugio á D. Enrique, que penetró en él, casi solo, acompañado de cinco criados, burlando la vigilancia de los partidarios de su hermano D. Alfonso. Allí consiguió que los nobles capitularan y concertaran bases de inteligencia, precursoras de aquellas otras que estipuló con el marqués de Villena para mengua del monarca y oprobio de Castilla, que invadida en toda su extensión por las tropas *derramadas*, la convirtieron en campo de los mayores crímenes y del desorden más espantoso, viéndose obligados los pueblos á crear las *Hermandades* para defenderse por sí mismas del merodeo y pillaje de las tropas, mal avenidas con la paz forzosa, y de los desmanes de la nobleza entregada á represalias y venganzas personales.

En 1472 recibió el Rey en el alcázar, con gran pompa y aparato solemne, al legado del nuevo Papa Sixto IV, el Cardenal español Rodrigo Borja, que luego había de ceñir la tiara con el nombre de Alejandro VI. Dos años después murió D. Enrique, cuando según expresión de un ilustre historiador (1) «*la degradación del trono, la impureza de la privanza, la insolencia de los grandes, la relajación del clero, el estrago de la moral pública, el encono de los bandos y el desbordamiento de las pasiones, habtan llegado á su más alto grado*», siendo aclamada y elevada al trono de San Fernando la infanta Isabel la Católica, para hacer de España, sumida entonces en el mayor envilecimiento y en la más terrible anarquía, la nación más grande y poderosa del mundo.

En el Alcázar de Segovia supo la muerte de su hermano, y avisado D. Fernando por diversos correos, por hallarse á la sazón en Zaragoza, llegó pronto al lado de su esposa. La proclamación de la reina fué solemnísimá y los anales segovianos describen con lujo de detalles las fiestas celebradas con tan fausto motivo el 13 de Diciembre de 1474.

Reuniéronse los nobles lujosamente vestidos y todo el pueblo, agrupado por oficios y gremios, en la plaza mayor, partiendo de allí en dirección al Alcázar, precedidos de músicas y buen golpe de tropas armadas. La reina sobre un palafren, que dos corregidores llevaban del diestro, fué recibida bajo palio y cuatro reyes de armas rodeaban á D. Gutiérrez de Cárdenas, maestro-sala de palacio, que llevaba el

(1) D. Modesto Lafuente. «Historia general de España».

estoque real levantado. Luego dejó el caballo Isabel y subiendo á un *Teatro* preparado al efecto, ocupó el trono en medio de la alegría de la multitud y de las demostraciones cariñosas del pueblo segoviano, hasta que *los farautes*, cumpliendo su deber, impusieron silencio y los heraldos proclamaron á la nueva soberana con la fórmula usada, «*Castilla, Castilla, por el Rey D. Fernando y la Reina D.^a Isabel.*»

En igual forma pasó después la lucida comitiva á la catedral, donde el obispo y cabildo recibieron á la reina con la solemnidad prescrita, cantándose el *Te Deum laudamus*, y una vez terminadas las preces y cánticos religiosos fué conducida la egregia soberana al Alcázar, en cuyo puente levadizo la esperaba el alcaide Andrés Cabrera, haciendo entrega pública de la fortaleza con el ceremonial de costumbre, y el fiel súbdito recibió para sí y sus descendientes el título de marqués de Moya y el señalado favor de que la copa de oro en que bebían los reyes el día de Santa Lucía, les fuese entregada todos los años.

En el mismo Alcázar establecieron los Reyes Católicos, en 2 de Enero de 1475, que ambos usáran el título de soberanos en despachos y escrituras, poniendo en primer lugar á D. Fernando, y que en sellos, escudos y estandartes, precedieran las armas de Castilla á las de Aragón, por ser el gobierno y el reino herencia de Isabel.

Al año siguiente llegó de Tordesillas D.^a Isabel á tiempo de apaciguar con su prudencia y tacto, un gran tumulto capitaneado por Alfonso Maldonado, que se apoderó de una parte del Alcázar y tenía sitiadas en la torre del Homenaje á la infanta y á los partidarios del Alcaide.

En el periodo de las comunidades, Segovia, como la mayor parte de las ciudades importantes de Castilla, se mostró partidaria de los rebeldes; pero el Alcázar, fiel á las tradiciones de su historia, sostuvo sobre la torre del Homenaje el pendón real, sin que los doce mil comuneros que cercaban sus murallas pudiesen franquearlas, defendidas con tesón por Diego Cabrera ayudado con sus gentes por Rodrigo Luna, que se hizo fuerte en la torre de la catedral. Dentro del mismo templo se libraron sangrientos combates con objeto de tomar la torre y abrir brecha en su base; pero sin conseguirlo, apesar del furioso empeño de los sitiadores, hasta que los heroicos defensores puestos en inteligencia con el Alcaide Cabrera, salieron en secreto de la torre protegidos por las sombras de la noche y se refugiaron en el Alcázar.

Seis meses duró el asedio, que terminó al fin «con el drama sangriento de Villalar y la triste jornada del 24 de Abril de 1521 en que fueron ajusticiados Padilla, Bravo y Maldonado.»

En Junio de 1525 visitó el Alcázar Carlos de Gante y en 1548, también en el mes de Junio, el príncipe D. Felipe, su hijo, fué recibido con grandes agasajos y pruebas de adhesión acompañado de sus hermanas D.^a María y D.^a Juana.

En el año 1566 descubrió el rey D. Felipe II la conspiración fraguada en los Estados de Flandes por los partidarios del príncipe don Carlos. Al castigar á los autores de aquella trama política, se desplegaron energías terribles rayanas en la crueldad, y el severo monarca, recordando las condiciones del Alcázar de Segovia, dispuso que dentro de sus muros fuese encarcelado Montigny, hermano del conde de Horn, jefe de los rebeldes y enviado de la infanta gobernadora de Flandes con las demandas de los descontentos; pero temerosos los nobles flamencos y españoles comprometidos en la intriga que descubriese los secretos de la conspiración abortada, decidieron salvarle aun á costa de los mayores sacrificios y arrojando toda suerte de peligros.

Fingiéndose peregrinos que marchaban á Santiago de Compostela, se presentaron en el Alcázar algunos emisarios solicitando visitar á D. Bernardino de Cáceres, preso por riña suscitada dentro del real palacio, y para atenuar los rigores de la prisión obsequiaronle con cánticos y alegres músicas, y prévia la venia de los guardianes que custodiaban á Montigny, hicieronle partícipe del sarao musical cantando en flamenco alusivas coplas, avisos prudentes acerca del plan que habían trazado y de las armas y objetos que dentro de los instrumentos músicos llevaban escondidos para facilitar la evasión. Convinieron todos en volver al siguiente día para entregarse al placer de tan alegre é inocente expansión, que agradaba á los detenidos y entretenía honestamente á los custodios del Alcázar, á cuyo efecto dejaron dentro de la prisión los instrumentos, que encerraban sierras, limas, dagas y escalas de seda. Pero el Alcaide Gerónimo de Villafañe, recelando alguna cosa por un secreto instinto y cierta alarma que le produjo el encuentro en las inmediaciones de la fortaleza de unos caballos que guiaba un criado desconocido, redobló la vigilancia, hizo algunas pesquisas y halló dentro de un pan, destinado á la mesa de Montigny, un billete escrito en flamenco que descubrió la clave del enigma y el plan de la evasión.

Felipe II que no perdonaba nunca las faltas de cierta índole, fué inexorable con los culpables. Las prisiones se multiplicaron: Montigny fué llevado al castillo de Simancas, donde le ahorcaron; Pedro de Medina, despensero del Alcázar, sufrió igual pena colgado de una almena de la torre de D. Juan II; el panadero fué azotado públicamente, y Antonio de Vandomes, secretario de Montigny,

conducido al castillo de la Mota de Medina del Campo, pereció en la prisión por orden del implacable monarca.

En la sala de los Reyes del Alcázar, contrajo matrimonio con D.^a Ana de Austria el Rey D. Felipe II, el día 14 de Septiembre de 1570, ante lucida corte, en la cual figuraban, según rezan las crónicas, sus altezas Rodulfo, Ernesto, Alberto y Wenceslao, sobrinos del Rey; el arzobispo de Rosano, nuncio apostólico, Cardenales de Sevilla y Sigüenza, el obispo de Segovia, el Condestable de Castilla, el Almirante Melgar, el Duque del Infantado, el de Escalona, Medinaceli y Féria, de Osuna, Nájera y Pastrana; los marqueses de Villana, de Aguilar, Dénia, Sarriá y Mondéjar y otros muchos personajes.

Hubo con tal motivo grandes cabalgatas, en las que se presentaron más de 80 ginetes lujosamente ataviados que recorrieron la ciudad á la luz de hachas de cera blanca y al son de alegres músicas, y el pueblo segoviano disfrutó además de fuegos de artificio y luminarias, no pudiendo celebrarse una corrida de toros, ya dispuesta y ordenada al uso de aquellos tiempos, por haberse opuesto á ello el nuevo Papa, recientemente promulgado en Roma.

El Rey encomendó á Gaspar Vega la reconstrucción y arreglo de algunas partes del Alcázar que amenazaban ruina, muy particularmente las dependencias del mediodía, cornisamentos, chapiteles y corredores del patio. Entonces, desgraciadamente, se despojó al monumento de su verdadero carácter arquitectónico en muchos puntos importantes de la antigua fábrica y obedeciendo á las corrientes del neo-clasicismo que imperaban con gran fuerza, se tapiaron los arcos románicos, se hicieron desaparecer las ojivas de puertas y ventanas, y en manos de Francisco Mora, discípulo del severo Herrera, pereció para siempre el antiguo patio de honor del Alcázar, siendo sustituido por el que actualmente existe, obra del renacimiento en su tercer período, más propio del monasterio escorialense que de un monumento medioeval.

En esta época se repintaron los artesonados de las salas y se doraron de nuevo, completándose la colección de estatuas de los Reyes de España, á cuyo efecto se mandaron modelar las de los Reyes Católicos y la de D.^a Juana, colocándose en los cuatro ángulos la de D. Ramón de Borgoña, D. Enrique de Lorena, el conde Fernán-González y el Cid Campeador, con sus correspondientes inscripciones al pié, redactadas por el cronista Esteban de Garibay y pintadas por Hernando de Avila, continuadas al fallecimiento de éste, por Baltasar Ordoñez y Juan Lagarto.

En el archivo se conservaban cuentas de los escultores Aragón,

Juan de Rivera y Agustín Ruiz, que trabajaron y labraron varias estatuas, cobrando á razón de 30 ducados por cada estatua. (1)

Una peste terrible que invadió á Castilla el año 1599, devastó pueblos y villas, y al siguiente año, habiendo desaparecido todo peligro, celebráronse grandes fiestas en el Alcázar, y en la ciudad, con asistencia del Rey D. Felipe III y de su esposa D.^a Margarita de Austria. Este mismo monarca decretó en el Alcázar el año 1.609 la expulsión de los moriscos, á virtud de las resoluciones del Consejo de Guerra que dictó el fallo, y cuyas tristes consecuencias habían de sentirse bien pronto empobreciendo á la Nación, causando numerosas víctimas y grandes males irremediables para la patria.

Durante la guerra de sucesión, Felipe V recobró la fortaleza que el último Alcaide, príncipe de Albano, descendiente de Cabrera, había entregado al partido austriaco en 1.700. Sirvió entonces de prisión de Estado y gimieron en la torre de D. Juan II muchos ilustres personajes, como D. Francisco de Guzmán, Marqués de Ayamonte, desde 1.645 hasta 1.648, el Duque de Medinakeli, en 1.710, y el famoso aventurero Barón de Riperdá, de quien dice don José María Cuadrado que «fué protestante, católico, protestante otra vez, mahometano luego, y haciendo al fin de todas las religiones una caprichosa mezcla, sin haberse podido fijar en ningún país de Europa, ni en Marruecos donde gozó de gran privanza, murió pobre en Tetuan en 1.737.» (2)

(1) En el Museo Nacional de pintura y escultura se conserva un libro con copias iluminadas de esta colección de estatuas. Dice Garibay en el tomo IX de sus manuscritos: «Estos mismos letreros que están en el Alcázar de Segovia, puse en los reales manos de S. M., en Madrid, en 10 de Febrero de 1595, y el día siguiente 12, me los devolvió con Francisco de Mora, su arquitecto, después de anochecer, enviando á decir que estaban buenos, y que les hiciese escribir en sus tablas á Hernando de Avila, su pintor, para los poner en dicha sala. S. M. vió en 26 de Febrero, después de medio día, 1595, los dos letreros primeros de los Reyes don Pelayo y D. Favila, su hijo, escritos en sus tablas por Hernando de Avila, su pintor, de la manera que los demás han de estar y los aprobó por buenos; y mandó que como ellos estaban se continuasen los cincuenta y cuatro restantes. Violos muy despacio, de cerca y de lejos, presente el príncipe nuestro Sor. y la Sora. Infanta Doña Isabel, sus hijos.» etc. etc. etc.

(2) D. Gregorio Cruzada Villamil, publicó el año 1.862, en la revista ilustrada «El Arte en España» la siguiente lista de los Alcaldes del Alcázar de Segovia: Didacus Munioz, mayordomo del Rey. año 1.175: D. Juan Hurtado de Mendoza, 1.399: D. Ruiz Diaz, 1.439: D. Juan Pacheco, 1.441: D. Pedro Girón, 1.445: don Pedro de Manchuras, 1.456: D. Juan Daza, 1.467: D. Andrés Cabrera, 1.470: don Fernando Cabrera y Bobadilla, 1 520: D. Fernández de Cabrera y Bobadilla, 1.599: D. Luis Gerónimo, 1608: D. Francisco Fernández Cabrera y Bobadilla, 1.657: don Enrique de Benavides y Bazán, como marido de Francisca de Castro Cabrera y Bobadilla, condesa de Chinchón, 1.680: Julio Saizli Fernández Cabrera, príncipe

Bien puede asegurarse que la historia del Alcázar de Segovia, como fortaleza, como monumento defensivo, como tipo de la antigua arquitectura militar, había terminado al advenimiento de la Casa de Austria al trono español. Refundidas ya bajo el cetro de Isabel y Fernandó las distintas comarcas españolas, formando un conjunto de regiones, unido, compacto, con una sola aspiración que constituía la verdadera nacionalidad, fuerte y robusta, decayó el poder de la nobleza y acabó de perder su influencia con la prohibición de construir castillos y la destrucción de los más importantes decretada por el soberano á fin de evitar que se convirtieran en «cuevas de bandidos», según gráfica expresión de un notable historiador. (1) La creación de los ejércitos permanentes, el adelanto de las artes de la guerra con el desarrollo cada vez mayor del uso de la pólvora, la nueva política impuesta por la marcha de los sucesos y la paz interior nacida como consecuencia de nuestro poderío y de las aspiraciones que despertó el descubrimiento de América, acabaron con la importancia de los castillos y el Alcázar segoviano, como todos los demás que aún subsistían en pie dominando con sus baluartes ciudades y villas, fueron relegados al olvido ó se destinaron á prisiones políticas, depósitos de armamentos ú otros usos de orden secundario ajenos por completo á la necesidad social que les dió vida y fomentó su desarrollo.

Pero eran tales los merecimientos de este monumento, tan grande su valor arquitectónico, tan notable su belleza y tan interesante su historia, que aún le reservaba el destino una nueva faz y un aspecto distinto bajo el cual había de cumplir importante misión

de Albano, 1683: El Marqués de Almonacid, interino. 1.707: El Cardenal de Molina, en nombre del Infante D. Felipe, hasta 1.738: El Infante D. Felipe, por sí, desde 1.738 hasta 1.740: El Infante D. Luis, desde 1.761.

Tenientes Alcaldes: Diego Villaseñor, 1.448: Diego del Castillo, 1.507: Melchor Cambrón, 1.514: Diego Cabrera Bobadilla, 1.520: Cristóbal del Sello, 1.522: Diego F. Cabrera Bobadilla, 1.556: Gerónimo Villafañe, 1.568: Alonso Moreno, 1.570: Pedro Samaniego, 1.572: Blanco Bermudez, 1.577: Juan Bermudez, 1.598: Blasco Bermudez Contreras, 1.621: Sebastián Martínez, 1.707: Antonio González Calvo, 1.713: Pedro Gómez Sarriá, 1.716: Lorenzo Miguel de Serantes, 1.727 y el Coronel D. Horacio Cocentino, 1.763. Desde esta época en adelante los Administradores del Conde de Chinchón.

(1) Los Reyes Católicos se arrogaron la propiedad de muchos castillos á virtud de compensaciones equitativas, y entraron en posesión de las numerosas fortalezas que pertenecían á las órdenes militares por la adjudicación de sus maestrazgos á la corona. Muchos otros se mandaron destruir y solo en Galicia desaparecieron 66 á virtud de esta medida, de 1481 á 1486. (Ordenamiento Real, lib. IV, t. VII, ley VIII.)

educadora, no extraña por completo á su condición de edificio militar.

El Rey Carlos III, á quien deben las artes españolas muy grande protección, pensó en utilizar el Alcázar creando el Colegio de Cadetes del Real Cuerpo de Artillería y el 16 de Marzo de 1764 se inauguraron los estudios, pronunciando el discurso de apertura el P. Jesuita Antonio Exísmeno.

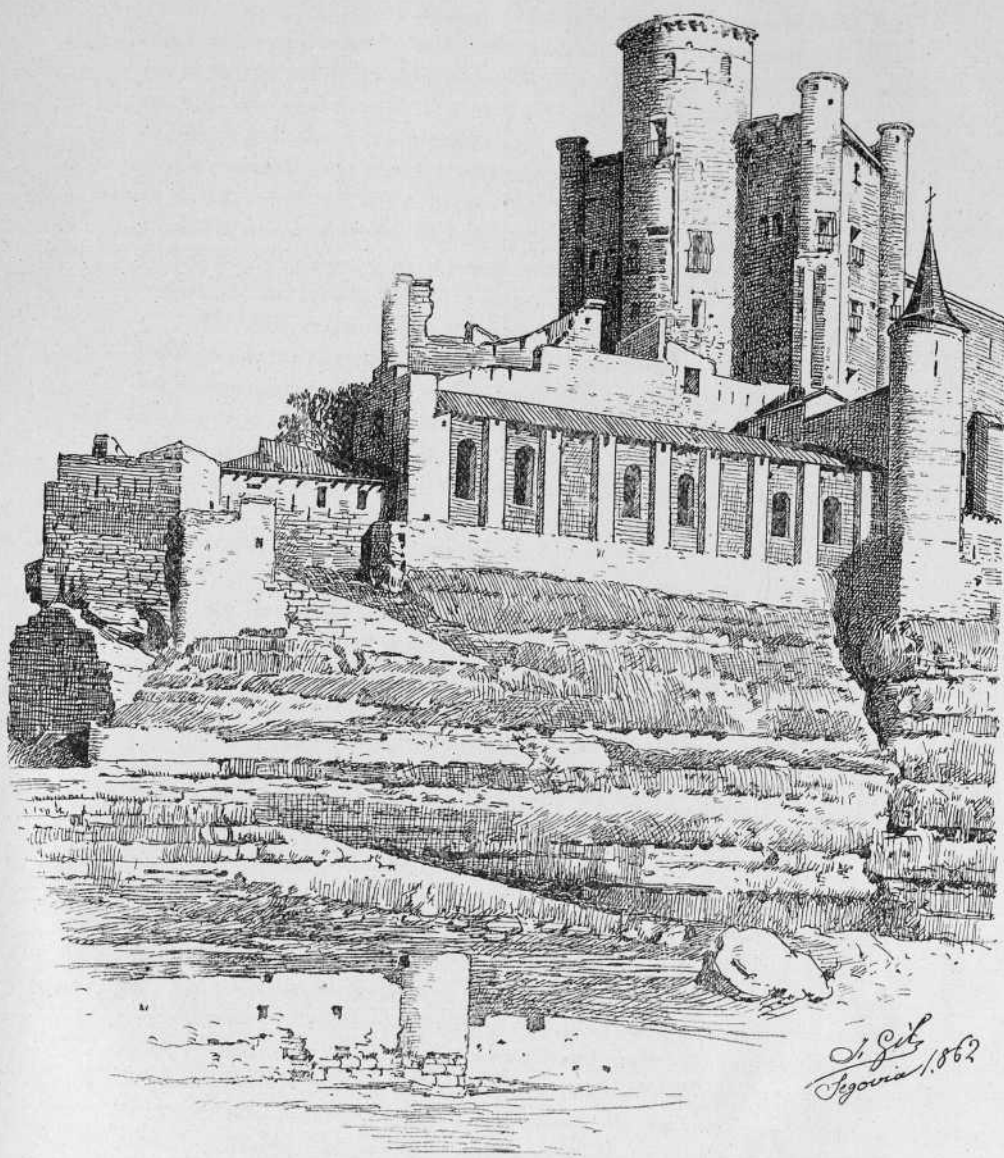
Las tropas francesas le ocuparon en 1808, destinándole á depósito de prisioneros y hospital de enfermos. El Colegio fué trasladado á Sevilla y luego á Mallorca. En 1823 se estableció el Colegio General Militar, y cuando el caudillo carlista Zariátegui ocupó la ciudad de Segovia en 4 de Agosto de 1837, se refugiaron en el Alcázar muchas personas principales, logrando los cadetes y fuerzas allí reunidas una honrosa capitulación. Este fué el último episodio de carácter militar que debe anotarse en su larga y vieja historia.

Desde 1840 á 1862, el Alcázar volvió á ser Colegio de Artillería hasta la triste mañana del 6 de Marzo de este último año, en que se declaró el formidable incendio que destruyó cuantas maravillas encerraba, reduciendo á cenizas los ricos artesonados de las régias cámaras, las alfargias, atauriques y laceados de sus elegantes frisos, dejando en pie tan solo los muros exteriores que por su gran espesor pudieron resistir los terribles efectos del voraz incendio.

La torre del Homenaje perdió todas las cubiertas y la torrecilla avanzada que domina la confluencia de los dos rios, perdió también su montera empizarrada. Los cuatro minaretes de los ángulos de aquel importante cuerpo y el torreón redondo del centro que mira al Oeste, quedaron sin chapiteles, dejando al descubierto, como en los tiempos de su fundación, los canecillos del coronamiento.

Las llamas que dieron comienzo á su obra destructora al mediodía del 6 cebándose en la techumbre de los departamentos de occidente continuaron aumentando durante la tarde y noche y siguiente día, impulsadas por un viento huracanado que ayudaba la horrible labor del terrible elemento, envolviendo todo el edificio en densísimo humo que enegrecía las paredes, agrietándose las torres calcinadas por el fuego, destruyéndose algunas y fomentando el estrago que amenazaba con la total desaparición de aquel insigne monumento. He aquí, ahora, cómo describe la catástrofe un testigo presencial, D. José Losañez, que publicó por aquellos días una reseña del incendio.

«Ya debían haber trascurrido algunas horas desde que el fuego comenzara á devorar el interior del colegio, cuando á las once de la mañana se levantó un viento Sur de los más fuertes y violentos que



ALCÁZAR DE SEGOVIA *****
LA TORRE DEL HOMENAJE, DES-
PUÉS DEL INCENDIO DE 1862

en esta población suelen reinar, lo cual precipitó el desarrollo é hizo tomar un incremento rápido al voraz elemento. Al mediodía dejáronse ya ver señales inequívocas del incendio, y á la una de la tarde, cuando las campanas de la catedral y parroquias dieron la señal de rebato, ya el fuego se manifestaba sobre los empizarrados. Autoridades eclesiásticas, artistas, empleados, militares y operarios llenaban la plaza, los patios, las avenidas del alcázar de los antiguos reyes de Castilla, ansiando todos impedir su ruina: entretanto las llamas, impulsadas por el viento, iban precipitadamente apoderándose de toda la techumbre que cubría los ricos salones del Norte.

En vano se quitaron las aguas á las fuentes de la población para que todas llegasen al lugar del incendio; en vano funcionaron las bombas, se intentaron córtes, se acudió á cuantos medios sugiere la experiencia en tales casos. Apenas se ideaba una maniobra para salvar una parte del edificio, la densidad del humo hacia retirarse medio asfisiados á los que la ejecutaban, ó la violencia de una súbita llamarada ponia su vida en inminente riesgo. Tan pronto, como en último recurso, se intentaba extraer los objetos preciosos amovibles que los salones contenían, una atmósfera sofocante, una densa humedad, una llama devoradora, una terrible y apremiante voz que anunciaba el peligro, hacia huir á los auxiliares abandonando las bombas, dejando no pocos en el fuego las prendas de su abrigo, y recibiendo algunos sobre su cuerpo maderos encendidos.

Aquellos fueron los instantes de mayor angustia y confusión. Los que saltan cargados con escritorios y colchones los arrojaban al paso, para huir más presurosos del peligro, y llegaron á obstruir la salida en términos de quedar interceptadas y expuestas á perecer más de ciento cincuenta personas. Desembarazóse por fin el paso; salió la atribulada muchedumbre, obligada ya en su retaguardia por las llamas y medio sofocada por una atmósfera abrasadora. Pero habíanse separado y permanecían en el edificio algunos individuos, ó más celosos ó menos prudentes que los otros, y viéronse cortados por todas partes por el fuego. Cretaseles ya víctimas de su arrojo, cuando se les ve aparecer atribulados, pero serenos, sobre el empizarrado de la galería árabe que precede al torreón principal y cae sobre el foso. Destacábanse aquellas figuras humanas en un fondo de fuego y piedras que se abrasaban. Eran un oficial de artillería, un artista y cinco ó seis particulares. Pedían auxilio y nadie podía prestarle; clamaban al cielo, y el cielo parecía ensordecido á sus clamores; ni escalas, ni cuerdas, ni maderas, nada se encontraba á mano que pudiese facilitar su descenso al puente levadizo. Y aquellos hombres, con el fuego á sus espaldas y el juego á sus pies, no abrigan nin-

guna esperanza de salvación, pareciendo imposible que ui un momento pudieran sostenerse sobre tan resbaladizo apoyo: media hora duró tan angustiosa agonía. Por fin llega uno con larga escalera de mano, y bajando por ella al foso, logran salvar su vida con general asombro. Un instante después ardía ya la galería árabe.

Era la una cuando el fuego se dejó ver. A las dos y media ya no tenía en que cebarse en el exterior: se había encerrado en el interior, donde todo lo devoraba. Por la noche presentaba el edificio el aspecto de un inmenso volcán, con tantos cráteres como ventanas y torreones, iluminando y cubriendo de humo el espacio, y dejando ver sus resplandores á una inmensa distancia. Aunque no hubo de deplorarse desgracia alguna personal, nada pudo salvarse del edificio más que sus espesísimos muros y torreones: y de las riquezas que encerraba, únicamente pudieron sacarse las alhajas de la capilla, los fondos del colegio y algunos muebles. Pecesieron los ricos artesonados y arabescos de las salas, las estatuas de los héroes, de los reyes y de los condes de Castilla, la riquísima biblioteca, compuesta toda de obras selectas en número de más de doce mil volúmenes, el solio suntuoso con sus adornos y sitiales, de un valor y mérito inapreciables, las máquinas primorosas, aparatos y modelos que servían para las clases de artillería y fortificación, y el armamento del colegio.»

III

ESTADO ACTUAL DEL ALCÁZAR.—LO QUE PUDIERA SER SU PORVENIR SEGÚN EL AUTOR DE ESTE ESCRITO.

El mismo día del incendio, la ciudad de Segovia, sobreponiéndose al inmenso dolor que la produjo la destrucción del Alcázar, acordó representada por su ilustre Ayuntamiento, subvencionar con 400.000 reales la restauración, y en Diciembre de 1867 se elevó una instancia al Estado para que secundando esta iniciativa y los esfuerzos de la Diputación provincial que ofreció también sus recursos, prestara su valioso apoyo á la empresa regeneradora y salvara de la ruina y el abandono el histórico monumento.

Encargados del proyecto de restauración los Sres. Arquitectos D. Antonio Bermejo y Arteaga y D. Joaquín Odriozola y Grimaud, fué aprobado en 27 de Diciembre de 1881. Se nombró una Junta formada de D. Juan Rivas Orozco, presidente de la Comisión provincial de monumentos; D. Joaquín Odriozola, Arquitecto municipal; D. José de Urquiza y de la Garma, Ingeniero, y D. Antonio Ber-

mejo y Arteaga, Director de las obras, las cuales dieron comienzo el 20 de Marzo de 1882, á los diez años y catorce días de ocurrido el fatal incendio destructor.

La torre de D. Juan II presentaba aspecto de inminente ruina, principalmente en sus fachadas del Norte y del Este, obligando á empezar por el derribo de varios trozos tomando antes las precauciones naturales de cimbrar las bóvedas, colocar apeos, y todos los recursos técnicos que en tales casos se emplean, después de lo cual se reconstruyó con severa exactitud en todas sus partes, haciendo nuevas tres torrecillas de los costados y varios cubos, con la restauración completa de los admirables doseletes que decoran las fachadas, encanto de los ojos y recreo del espíritu, haciendo desaparecer con muy buen acierto el reloj que apoyado en la segunda imposta cubría una de las ventanas enrejadas debajo del precioso garitón central.

De las cuatro torres que unían la cortina del lado Este sosteniendo la galería de los moros, dos quedaron destruidas, otra perdió la cubierta empizarrada. El remate octogonal de las dependencias del lado Norte desapareció en el hundimiento, para reaparecer después al avanzar las obras de restauración con el mismo aspecto que antes tenía. Lástima grande que en el proyecto, tan sábiamente estudiado por los ilustrados arquitectos Sres. Bermejo y Odriozola, no figurase la modificación de *los balcones* que afean esta parte del edificio, abiertos bajo el influjo pernicioso de Gaspar Vega y Francisco Mora, explicable en el siglo XVI, en el apogeo y desarrollo del gusto clásico que llamaba bárbaro al arte gótico, pero imposible de admitir en el último tercio del siglo XIX, cuando las corrientes generales de cultura han dado paso á nuevas ideas de un renacimiento ilustrado, cuyos preceptos obligan á respetar el carácter primitivo de los monumentos, como le respetaron los mismos restauradores en el propio Alcázar suprimiendo los balcones de la Torre del homenaje, sustituidos hoy con aplauso de los amantes del arte por los airosos agimeces que dan luz á la estancia.

Estos agimeces son reproducción de los que el incendio dejó al descubierto en algunas antiguas fábricas del Alcázar, que aun estando muy deteriorados daban idea exacta de lo que fueron un día. Acaso la Torre del Homenaje fué la parte más destruida del monumento. Quedó sin pisos, cubiertas y chapiteles, y uno de sus ángulos, completamente hendido, amenazaba inminente ruina, que fué preciso atajar demoliendo algunos trozos, reconstruyendo todo el lienzo del mediodía y tres de las cuatro torrecillas que flanquean la torre.

Al hacer esta restauración y devolver su primitivo carácter á esta parte preferente del histórico edificio, tuvieron el buen gusto de

suprimir, como ya antes hemos indicado, los balcones en mal hora abiertos en épocas decadentes, dejando solo, por razones que ignoramos, los que aparecen en las torrecillas que rodean la torre de D. Juan II. Los dos esbeltos minarettes que como avanzadas de la fortaleza el uno mira al río Clamores y el otro vigila el punto de confluencia de éste con el Eresma, habíanse unido por medio de construcciones accesorias obedeciendo á las necesidades del servicio y comodidad del colegio de artillería, y destruidas todas estas obras con ocasión de la restauración emprendida, se han sustituido por un muro defensivo coronado de almenas que da vuelta á la plataforma uniéndose por la parte Norte á las construcciones de la sala inmediata á la del Cordón. Mas robusta la construcción del lado Norte, no sufrió tanto su estabilidad y la restauración se hizo relativamente menos costosa.

En el interior se llevaron á cabo obras importantes que afectaban á la seguridad del edificio, como recogida de aguas, recomposición de algunos pasos subterráneos, macizado de huecos y cavernas de la roca que convenía hacer desaparecer para dar á la construcción garantías de mayor solidez y seguridad, y otras, en fin, de carácter más artístico que en lo posible han devuelto á las antiguas estancias su primitivo aspecto, susceptible de nuevas obras supletorias de mayor lujo y suntuosidad que acaso algún día pudieran emprenderse para llegar á recordar los primores de las antiguas tracerías en frisos y cornisamentos, y las maravillas que para asombro de propios y extraños colgaban de los ricos artesonados, cuajados de exornos mudéjares y matizados de vivos colores, en los que abundaban los golpes de oro acertadamente distribuidos para mayor encanto de los ojos.

Las llamas destructoras, fuerza bruta y avasalladora de la naturaleza, que con sus estragos devastaron el antiguo Alcázar, reduciendo á la nada tanta belleza peregrina, se detuvieron sin embargo ante el patio de Mora, lo único, acaso, que todos los artistas del mundo hubieran visto desaparecer sin pena del histórico monumento. Con muy buen acierto, dícese, que el ilustrado director de la restauración propuso restablecer esta parte dándola el carácter primitivo reconstruyendo el patio de honor y la escalera principal bajo un modelo gótico que armonizara con las líneas generales del Alcázar; pero motivos y razones de orden económico, sin duda, impidieron llevar á la práctica tan plausible idea. De todas suertes bien merece aplausos sin cuento la obra colosal de la restauración que ha logrado resurgir para gloria del arte español, un monumento histórico que pregona los timbres nobiliarios de esta tierra castellana, tan heróica, tan sufrida, tan leal, tan virtuosa y humilde.

En esta restauración se han respetado los pocos restos que se salvaron de las antiguas decoraciones. En una sala se conserva la archivolta de una portada de gusto mudéjar y trozos de un gran friso muy interesante. En la del Cordón otro pequeño trozo, también decorado muy graciosamente con letras ornamentales, hojarasca y vástagos que se entrelazan, viéndose en su parte inferior el cordón de la orden franciscana. Las techumbres de estas salas, palidísimo reflejo de los méritos y bellezas que en otros tiempos ostentaron, cumplen su misión decorativa para conservar la armonía del conjunto.

Ya no existe la gran perspectiva régia de aquellas salas con arabescos ornatos, menudos dibujos, rosas, recuadros y artísticas labores de aquel estilo hispano-oriental que los artistas mudéjares supieron ennoblecer con las galas de su fantasía. Ya solo se alcanza á divisar alguna pequeña faja detrás del hacinamiento de papeles, carpetas y expedientes que el Archivo general militar ha depositado allí por Real Decreto ineludible. Los estantes de madera, repartidos en todas las estancias y las escalerillas de hierro que dan acceso á los andenes altos, cortan la visual, rompen la perspectiva, estorban á la mirada, y es preciso poner en tortura la imaginación para reconstruir en la mente algo de lo que fueron estos salones históricos, en cuyos ámbitos aún flotan vagas sombras de ilustres personajes, reyes, príncipes, embajadores, prelados y magnates que parecen protestar del actual destino del Alcázar.

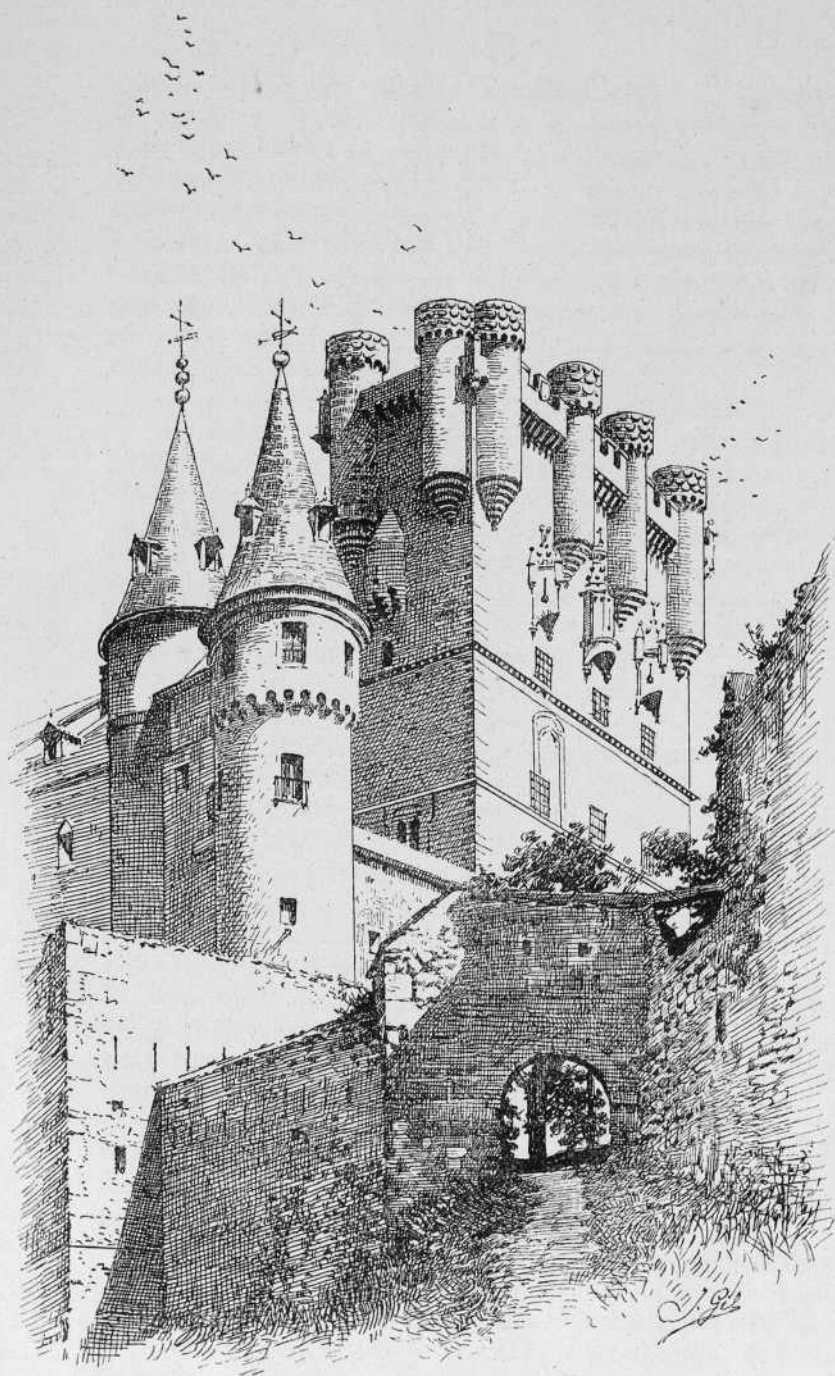
A la memoria vienen sin poderlo evitar, aquellas palabras del autor de *El génio del Cristianismo...* «la principal hermosura de toda obra arquitectónica, es su relación con las instituciones y las costumbres del pueblo que la ha construido, efecto del poderoso encanto de los recuerdos que se enlazan con la historia de la patria. Un monumento no es digno de veneración, sino en cuanto está impreso en sus bóvedas enegrecidas por los siglos, una larga historia del pasado»... Cierta que el Alcázar de Segovia evoca esas memorias legendarias cuando se contempla su maravillosa traza exterior y su airoso perfil recortado en torreones, minaretes, chapiteles y flechas sobre el azul del cielo; pero penetrando en las cámaras regias la decoración cambia, la perspectiva varía radicalmente, y la balumba de papeles empolvados, de carpetas hacinadas en los estantes de madera que escalan las altas paredes y suben hasta la techumbre, borran toda idea poética, alejan todo sentimiento del corazón, y el viajero contempla impasibe aquél espectáculo creyéndose dentro de un almacén vulgar ó en los polvorientos depósitos de papel sellado de una dependencia judicial.

Para olvidar estas imágenes ó desvanecer tan prosáicas impresiones, forzoso le será al visitante contemplar de nuevo la torre de D. Juan II hasta donde no llega por fortuna la invasión oficinesca.

Dá acceso al interior de la torre una pequeña puertecita, de arco ojival, surmontado por el escudo de Castilla y León. Dentro ya del primer recinto abovedado se halla una cámara estrecha, alumbrada apenas por una ventana socavada en el espesor del muro y cruzada de fuertes barrotes de hierro. Una trampa de madera oculta la escalera que desciende al calabozo; recinto lóbrego que infunde miedo, como *la Hoya* del Castillo de Bellver, verdadero sepulcro, cuyo destino primitivo se adivina con terror. En el segundo piso una ojiva que arranca del suelo, cerrada con barrotes de hierro, dá paso á la luz exterior á través del enorme espesor del muro y de la enrejada ventana que se abre en la fachada que dá al foso. Igual ó semejante disposición ofrece el último piso alumbrado por tres ventanas aspilleras con arranque de arcos redondos en el interior. La escalera empotrada en la pared, á veces en forma de husillo ó caracol, á veces recta ó de escuadra, conduce hasta la plataforma, cuyo pavimento inclinado hacia la fachada Este, permite que las aguas desciendan á ser recogidas en los canales de piedra y plomo hábilmete dispuestos que las arrojan á la profundidad de la cava, cuya sima formidable é imponente desde el rastrillo, inspira terror contemplada desde aquella altura.

Los salientes maticanes que avanzan gallardamente sobre el paramento, dejan entre éste y el voladizo una ancha ladronera que permitía defender el foso y la entrada del Alcázar cuando éste lucía su puente levadizo, del cual sólo se conservan los estribos en que se apoyaba y el arco botarel, tiznado de verde por la humedad, que en lo más profundo de la honda cava unía la parte exterior con la roca en que se asienta el Alcázar.

Esta torre es una de sus bellezas más salientes y la que más carácter de época conserva, construcción de planta rectangular que ofrece á la altura de su primer plano una serie de ventanas cuadradas, abierta alguna de ellas sobre un marco de relieve, alto y esbelto, que remata en arco conopial inscripto dentro del mencionado marco, que forma un arrabá, y otras de igual hechura sobre la imposta del piso superior, defendidas éstas por graciosos y esbeltos garitones angulares, con saeteras, bellamente ornadas con torrecillas, almenas y arquitos, ostentando la del centro, sobre un cono truncado con frondas de hojarasca, el león simbólico que sostiene entre sus garras el escudo real, cuyo motivo decora también las almenas del voladizo con su línea de maticanes interrumpida por cuatro torreones en los



ALCÁZAR DE SEGOVIA
TORRE DE D. JUAN II

costados más anchos y dos en los más estrechos, suspendidos todos airoosamente en la forma usual y conocida con el gráfico nombre de *nidos de golondrina*. La corona de estos torreones, apoyada en pequeños matacanes figurados, no tiene almenas, pero se halla exornada con tres hileras de escamas y los paramentos todos de esta elegante torre enlucidos de alto á bajo con tracería de relieve formando círculos enlazados á la manera de los atauriques árabes, cuyo detalle le presta un sello de suntuosidad y elegancia muy propio de la época en que se elevó la construcción y del rey artista, poeta y músico, cuyo nombre lleva y perpetúa.

¿Cual es ahora el destino de esta obra monumental?

Necesidades del servicio ú otras causas que desconocemos, impulsaron al Gobierno á crear por R. D. de 22 de Junio de 1898 un *Archivo general militar*, que fué instalado en el histórico Alcázar objeto de estas notas, dependiendo directamente del ministerio de la guerra, á cuyo frente se hallan varios Jefes y Oficiales del Cuerpo auxiliar de oficinas militares, de modo que en la actualidad este personal, á la vez que llena la misión especial que le está encomendada, cuida y vigila por la conservación del monumento.

Compónese dicho personal de un Archivero 1.º, Coronel; un Archivero 2.º, Teniente Coronel; dos Oficiales 1.ºs, Capitanes; cuatro Oficiales 2.ºs, Primeros Tenientes; seis escribientes, un Sargento conserje y seis soldados ordenanzas, cuyo núcleo se aumentó recientemente con motivo de las pérdidas de nuestras colonias y haber llevado al Archivo toda la documentación de ultramar, instalándose en las Oficinas provisionalmente un Comandante, un Capitán, seis Primeros Tenientes, siete Segundos, cinco escribientes y seis ordenanzas. Se han refundido en el Archivo general militar, los Archivos dependientes del ministerio de la guerra que antes existían en Alcalá de Henares, Aranjuez, Segovia y Guadalajara, custodiándose en él toda la documentación que merece conservarse y no sea de frecuente uso y consulta de los diferentes archivos de la Administración central del ramo de guerra, Capitanías generales, Comandancias exentas, Gobiernos militares de provincias y plazas, recibándose, además, todos los documentos de los cuerpos activos del ejército y reservas, sirviendo el Archivo á su vez cuantos pedidos de estos documentos se le hacen.

He ahí en breves palabras expuesta, la modesta, la humilde misión, que el Gobierno ha señalado al monumento insigne de fama universal, al soberbio Castillo roquero, fuerte y robusto; al Palacio de los antiguos reyes Castellanos, á la histórica construcción llena de recuerdos gloriosos, á la maravillosa obra del arte militar, cantada

por cronistas y poetas y reproducida por los artistas nacionales y extranjeros con los tonos más simpáticos de su paleta, al Alcázar de Segovia, en fin, orgullo de la ciudad castellana y de España toda.

* * *

Nosotros creemos que debiera ser otro su destino. Entendemos que desprendiéndose tantas enseñanzas de su glorioso pasado, aún debiera perpetuarse, ampliándola, su misión educadora, y que las vastas salas llenas de recuerdos de otros tiempos y otros hombres, cuyos usos, trajes y costumbres han desaparecido por completo, como desapareció el medio social que les dió vida, debieran convertirse en un *Museo del Arte de la Guerra*, dispuesto y organizado de tal modo y manera, que todo cuanto se relaciona con la historia de las armas desde sus primeros tiempos, se exhibiese en el Alcázar coleccionando máquinas, trajes, pertrechos, utensilios, libros de táctica, cartas geográficas de carácter militar, planos estratégicos, estampas y grabados de uniformes, retratos de caudillos, generales, guerrilleros, y todo cuanto pueda dar idea de los tiempos antiguos y del espíritu de conquista de otras edades, ordenado científicamente para el estudio progresivo de la marcha de la humanidad en este orden de ideas, hasta llegar al perfeccionamiento moderno y á los adelantos del arte militar de nuestros días.

Esta sería, á nuestro juicio, una misión noble y digna para el Alcázar. ¡Qué hermoso espectáculo ofrecería, y qué adecuado para un edificio histórico-militar, la reunión de los elementos de guerra de otros tiempos bajo las bóvedas del monumento segoviano!

Desde la primitiva *honda* cuyo uso se pierde en la más remota antigüedad, confinando, acaso, con la edad de piedra y el empleo de las hachas y puntas de lanza de sílex, podría ordenarse metódicamente la exhibición de una inacabable serie de armas ofensivas y defensivas, reconstruyendo los modelos perdidos con sujeción á las descripciones que figuran en los antiguos documentos. *El arco*, quizá más antiguo que la honda para arrojar flechas y el *carcax* para llevarlas, cuya aparición como máquina de guerra hizo variar la lucha primitiva y dió la primera idea del poder de la inteligencia y de sus recursos para hacer á un ejército superior á otro, aún siendo menor el número de combatientes. Las distintas clases que se emplearon, muy principalmente los que se conocen mejor del periodo medioeval, que lanzaban flechas de punta de hierro á 220 metros de distancia, en cuyo ejercicio se hicieron temibles los antiguos arqueros capaces de arrojar 12 flechas por minuto, clavándolas antes sobre el terreno

con cierto orden para ir las tomando más fácilmente con un rápido movimiento al tender el arco; flechas que aún siendo difícil atravesar con ellas la lóriga escamada ó la dalmática de mallas aceradas, mataba á los caballos y obligó á cambiar de táctica según afirma el Sr. Barado siguiendo la opinión de Mr. Lecombe.

A su lado figurarían los *cuadriellos*, dardos grandes de sección cuadrangular que según los escritores militares atravesaban á un caballero armado y al dar en tierra se hundía profundamente en ella; el *viratón*, saeta muy delgada y de punta agudísima; las *ballestas*, cuyo invento fué saludado con admiración como un adelanto prodigioso, demostrando después la experiencia el valor extraordinario de esta arma ofensiva que luchó en competencia, durante muchos años, con las primeras armas de fuego. Tan terribles eran sus efectos que el 2.º concilio de Letrán, celebrado en 1139, prohibió su uso por ser demasiado mortífera. No por eso dejó de propagarse y los modelos se multiplicaron, siendo las más comunes las de *nuez*, *torno* y *estribera*, que se armaban con *gancho*, *cranequin*, *armatoste*, y *gafa*, y se tiraban con ellas *bodoques*, *pasadores*, *viras*, *viratones* y *virotos*.

Allí habrían de reunirse lanzas de *ferro valadi* ó *de fierro acorado para omes de á pie*, como decían los antiguos cronistas; *bacinetes* y *cascos* forrados de piel, *morriones con barbote* y *sin él*; *paveses* y *medios paveses*; *gatas*, *mantas* y *cappas* para proteger los trabajos de los sitiadores cuando operaban bajo los tiros del enemigo. *Bastidas* ó castillos portátiles para acercarse á la muralla y combatir de cerca y al nivel del enemigo y escalar la muralla. Las *Mazas de Armas*, aquél terrible elemento que inventó Fortún de Lizana y empleó por vez primera en la batalla de Alcoraz, frente á la plaza de Huesca, por la cual D. Pedro, rey de Aragón y sucesor de Sancho Ramirez, le apellidó *Fortún Maza de Lizana* para honra suya y perpetuidad de su invento.

En este *Museo del Arte de la guerra*, que nosotros colocaríamos en el Alcázar de Segovia en sustitución de los legajos de papeles que hoy guarda, haríamos figurar en lugar preferente como su importancia reclama, todo el historial de las antiguas máquinas; los *Engenios* del infante D. Juan Manuel, empezando por los precedentes conocidos de más remoto origen hasta el descubrimiento de la pólvora y su empleo y aplicación en la tormentaria primitiva, viniendo luego á los descubrimientos contemporáneos y á la exhibición de los tipos más acabados de la artillería moderna.

¡Y qué escala gradual tan interesante podría ofrecer esta sección del *ideal museo* que soñamos al trazar rápidamente estas líneas sobre el papel!

Desde el Ariete, que los romanos llamaban también Buzón y desmoronaba lentamente un trozo de muralla con penoso trabajo y grandes peligros, hasta los cañones de hoy, que destrozan, incendian y siembran la muerte y el espanto en el campo enemigo con la rapidez de la avalancha que todo lo arrasa y la velocidad del rayo que produce instantáneamente la desolación y la muerte.

Figuraría en esta sección como precedente, la *Falátrica* de Aniano Marcelino, flecha de fuego con un tubo cargado de estopas preparadas que ardían al partir del arco; el *Funevol* ó *Fundivalo*, máquina balística que arrojaba bolaños ó pelotas de enorme peso; el *Trabuco* que despedía piedras de gran tamaño; la *Algarrada* máquina más pequeña dispuesta para arrojar dardos y piedras á grandes distancias; el *Al-majanec* de los árabes ó *Manganel* de los cristianos, que tiraba también dardos y flechas; los *Truenos*, aparato balístico que lanzaba pelotas á las que se aplicaba una materia inflamada que servía para ver el tiro y rectificarle cuando se usaba de noche, y, en fin, toda la série de artificios ingeniosos, vagamente descritos por los escritores de la época, pero de los cuales aún puede formarse clara idea, como la formó para describir el *Funebol* Diego Monfor y Sors en su «historia de los Condes de Urgel» asegurando que una máquina de estas arrojó en el sitio de Balaguer piedras de ocho quintales, y que se hallaba montada con tanta maestría que hacía mil tiros de día y quinientos de noche. El alcance de estas máquinas era de 700 metros, según el General Dufour en su memoria de la antigua artillería de la Edad Media. (1)

Después de estos precedentes daría comienzo la colección de las armas de fuego que desde bien entrado el siglo XIV, empezaron á usarse una vez conocida la fuerza expansiva de la pólvora, cuya primera noticia nos dá Zurita en el VII libro de sus «*Anales de Aragón*» narrando acontecimientos del año 1331.

Invento extraordinario y elemento colosal de combate que acabó con la rudeza de la antigua táctica, en que á veces se daban las órdenes y se hacían las señales á toque de campana como en un monasterio, terminando también para siempre aquellos desafíos colectivos, en masa, para pelear un ejército contra otro en campal batalla, señalando de antemano sitio y día para pelear. (2).

(1) D. Juan Manuel, nieto del Rey Santo, escribió el libro de los Engennos, describiendo estas máquinas; pero desgraciadamente se perdió la obra y según el Sr. Almirante quedó envuelto en sombras este punto por las encontradas opiniones de los autores y las incompletas noticias que los cronistas de la época nos han trasmitido.

(2) Memorias de la Real Academia de la Historia.

Pondríanse en orden cronológico dando comienzo por los primeros cañones destinados á batir las plazas fuertes; las famosas *Lombardas*, así llamadas en Castilla y *Bombardas* en Aragón (1), construidas de barretas largas de hierro de dos pulgadas de ancho y sujetas con aros ó ceños, también de hierro, en número de 30 las más y de 10 las menos, que arrojaban pesos enormes al principio, cediendo después en peso para ganar en celeridad. Dice un cronista que dos bombardas dispararon 140 tiros contra el Castillo de Harrabal y que los proyectiles, según afirma Zurita, «*pasaban el adarbe de parte á parte.*» (2)

Seguirían después otras piezas como los *ribadoquines*, *cerbatanas*, *pasavolantes*, *búzanos* y *falconetes*, todas de menor calibre, algunas de las cuales se llevaban á campaña fácilmente.

Por no hacer interminable esta materia, en la cual entramos ligeramente, como de paso, dejando mucho por decir, y al fin de esbozar tan solo nuestro pensamiento, omitimos más citas y nuevas notas, pues claramente se comprende que desde el siglo xv fué rapidísimo el adelanto en la industria de la guerra y bien pronto se llegó á las armas de fuego portátiles, de mano, al arcabuz de *mecha* y *horquilla* y al de *rueda* después, más ligero y manejable, origen de las futuras y sábias combinaciones que crearon el fusil en todos sus variados sistemas.

Harto comprendemos las inmensas dificultades de realizar tanta empresa, no solo bajo el aspecto económico en una nación empobrecida como la nuestra, sinó también bajo otros puntos de vista no menos importantes, porque la labor que exige un proyecto de estas proporciones es propia de los Gobiernos y fuera acaso más llevadera si el Alcázar de Segovia estuviera emplazado en cualquiera de los áridos montículos que rodean la Villa y Corte de Madrid; pero justo será reconocer que la reunión de tan valiosos é interesantes objetos, unidos á las joyas históricas y artísticas de carácter militar que la arqueología señala como notables y ocupan hoy un lugar preferente y distinguido en diversos centros, traídos á Segovia para conservarlos dentro del *Museo del arte de la guerra* que sueña el autor de estas líneas, serían dignos del soberbio y espléndido *estuche* que les destinamos.

Queda trazada á grandes rasgos por mi torpe pluma, con toques y manchas de ligero estudio artístico, como hoja arrancada del album

(1) Arantegui: Apuntes históricos sobre la Artillería española de los siglos xiv y xv.

(2) Pulgar: Cron. p. III. ep. 51.

de apuntes de un dibujante impresionista, la historia de lo que fué, lo que es, y acaso pueda ser en lo futuro, el insigne Alcázar de Segovia, bello entre los más bellos Castillos roqueros, suma y compendio de nuestras glorias pasadas y admirable monumento nacional del arte y de la historia pátria.



ÍNDICE.

Página

EL CASTILLO DE LOARRE.

I. —El viaje.—La villa de Loarre.—Subida al Castillo.....	5
II. —El recinto exterior y las puertas.	10
III.—El ábside de la Capilla.—El bajo-relieve del Atrio.— Leyenda inédita.—Su reconstrucción.—Fecha de la fundación del Castillo.—El epitafio de Tulgas	14
IV.—La Iglesia y la Cúpula.—Los capiteles.—Influencia árabe.—Los canónigos regulares	22
V. —El Castillo.—La torre del homenaje.—Los signos lapidarios.—Los subterráneos	26
VI.—Fisonomía moral de la fortaleza de Loarre.—La tradición y la historia.—La Abadesa Luna y los Urreas.....	34

EL ALCÁZAR DE SEGOVIA

I. —	45
II.—Su glorioso pasado	49
III.—Estado actual del Alcázar.—Lo que pudiera ser su porvenir según el autor de este escrito.....	68

150 E. Dedicatorias
C32-

INDICE

Índice

EL CASTILLO DE LOARRE.

- I.—El viaje.—La villa de Loarre.—Sede de la villa de Loarre..... 7
II.—El recinto exterior y las portadas..... 10
III.—El ábside de la Capilla.—El bajo-relieve del Ábside.—La
yenda árabe.—Su decoración.—Relieve de la lun-
dación del Castillo.—El espacio de los torres..... 14
IV.—La Iglesia y la Capilla.—Los capiteles.—Indicaciones de arte
—Las esculturas románicas..... 22
V.—El Castillo.—La torre del homenaje.—Las torres laterales
—Los subterráneos..... 26
VI.—Economía rural de la fortaleza de Loarre.—La tradición y
la historia.—La Abadía Luna y los Turcos..... 34

EL ALCAZAR DE BAGOYA

- I.—..... 45
II.—Su glorioso pasado..... 49
III.—Estado actual del Alcazar.—Lo que quedará en su memoria
según el autor de esta obra..... 68

